

BOLETIN

ASOCIACION ESPAÑOLA
DE AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA



JUNIO 1985. N.º 21

Director:

Elías Alvaro Bobadilla

Consejo de Redacción:

Teógenes Ortego Frías
María Angeles Alonso Sánchez
Encarnación Ruano Ruiz
M.ª Rosario Lucas Pellicer
Juan Guerra Romero

Edita: Asociación Española de Amigos
de la Arqueología - Alcalá, 108
Correspondencia: Apartado 12.403
Dep. Legal: M. 24361-1974
ISSN: 0210-4741
Imprime: GRAFOFFSET, S. L.
Pol. «Los Angeles», Getafe (Madrid)

JUNTA DIRECTIVA

Presidenta de Honor:

S. M. la Reina Doña Sofía

Vicepresidente de Honor:

Laura de la Torre, Vda. de Caprotti

Presidente:

Emeterio Cuadrado Díaz

Vicepresidentes:

Teógenes Ortego Frías
M.ª Rosario Lucas Pellicer

Secretario:

Manuel Santonja Alonso

Vicesecretarios

Salvador Rovira Llorens
Ignacio Montero Ruiz

Tesorero:

Manuel Castelo Fernández

Vicetesorera:

Encarnación Ruano Ruiz

Bibliotecaria:

Mercedes Prada Junquera

Actos culturales:

María Angeles Alonso Sánchez
María Sanz Nájera
Manuel Bendala Galán

Relaciones sociales:

Mercedes Prada Junquera
Juan Guerra Romero

Viajes culturales:

Antonio Higuera Martínez
Gonzalo Muñoz Carballo

Trabajos de campo:

Salvador Rovira Llorens

Sumario

Editorial	3
Emeterio Cuadrado. Doctor Honoris Causa de la Universidad de Murcia	4
Tranca de los Diablos: Rostros que contemplan desde lo alto	5
<i>Alicia Fernández Distel.</i>	
Joyas del Luristán, en una colección particular española	9
<i>Margarita Bru.</i>	
La Coraza Metálica en la Europa protohistórica	13
<i>William S. Kurtz.</i>	
Colección de terracotas griegas y púnicas	24
<i>María Pilar San Nicolás Pedraz.</i>	
Una nueva Aportación al estudio de las estelas y escritura prerromana del Suroeste peninsular	30
<i>Luis Berrocal Rangel.</i>	
Hallazgo de una escultura zoomorfa, en Tarancón (Cuenca). El León de «Los Hornillos»	34
<i>Félix-Manuel Martínez Fronce.</i>	
Aspectos mágicos de la Antigüedad. III. La Magia en las Tabellae defixionum hispanas	35
<i>Ana María Vázquez Hoys.</i>	
Necrópolis de «El Cigarralejo». Mula (Murcia). Estudio Osteológico y Paleopatológico (primera parte).	46
<i>Manuel Santonja Alonso.</i>	
La Arqueología en la Filatelia. Juegos Olímpicos Antiguos	58
<i>Elías Alvaro Bobadilla.</i>	
Excursiones	61
<i>Teógenes Ortego Frías.</i>	



Homenaje de la Asociación a su Presidente

EL pasado 18 de junio celebramos el merecido homenaje social a nuestro querido Presidente, don Emeterio Cuadrado Díaz, con motivo de su investidura de Doctor Honoris Causa por la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia.

Quisimos dedicarle esta fecha, a propuesta de la Junta Directiva, por dos razones principales: en primer lugar, porque ese día nos reuníamos en la última cena del curso 1984-85, magnífica ocasión para que estuviesen presentes cuantos asociados no pudieron acompañarle en el día de su investidura; en segundo lugar, porque al culminar un curso más, no sólo le ofrecíamos nuestro afecto y consideración personal, sino también los logros de esta Asociación, después de una andadura de quince años, conseguidos en buena parte por su sabia y prudente dirección, que nos ha permitido estar presentes en el ámbito arqueológico nacional e internacional, con importantes trabajos de investigación, artículos y comunicaciones en Congresos, Simposios y Mesas Redondas, publicaciones, y, finalmente,

con nuestro Boletín y viajes de estudios.

El título de Doctor Honoris Causa viene a reconocer a don Emeterio, desde la vertiente académica y universitaria, de forma oficial, algo que todos conocíamos y admirábamos en él desde hace mucho tiempo: su generosa dedicación a la investigación y ciencia arqueológica, sus logros, sus proyectos. No queremos esbozar siquiera aquí su currículum científico, ni tampoco destacar algunos de sus magníficos trabajos. No es necesario. Nos consta que ha recibido, con esa generosidad y sencillez que le caracteriza, títulos y homenajes, como si toda su inmensa labor de investigación no tuviese importancia. Asoma en su modo de ser el alma de panocha, de murciano de bien, y pensamos que es así como se siente a gusto.

Nuestra felicitación para don Emeterio Cuadrado, animándole a que prosiga su obra. Nuestra felicitación por esta primera investidura de Doctor Honoris Causa, a la que, estamos seguros, seguirán algunas más. ¡Es aún muy joven!

Emeterio Cuadrado

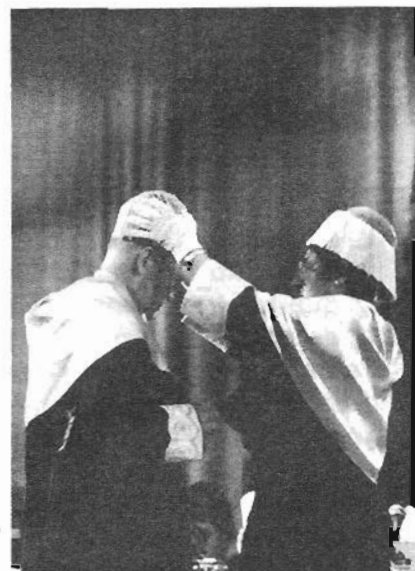
Doctor Honoris Causa de la Universidad de Murcia

Tal como ya adelantamos en nuestro anterior Boletín, el día 9 del pasado mes de mayo tuvo lugar la investidura del Doctor Honoris Causa, por la Universidad de Murcia, a don Emeterio Cuadrado Díaz. Junto a él, don José María Jover Zamora, catedrático de Historia Contemporánea, recibió igual distinción.

El Claustro pleno, las primeras autoridades académicas, civiles y militares, profesores y estudiantes, y un

gran número de miembros de nuestra Asociación, fuimos testigos del solemne acto.

La Doctora doña Ana María Muñoz Amilibia, madrina del doctorando señor Cuadrado Díaz, destacó las cualidades humanas y profesionales de éste, así como el valor de su gran obra: «El Cigarralejo», donde lleva trabajando Emeterio Cuadrado cuarenta años, en el transcurso de los cuales ha efectuado, con la abnegada



colaboración de su esposa doña Rosario Isasa, la excavación de una impresionante necrópolis, con más de 500 tumbas descubiertas. Toda una vida dedicada a un yacimiento: será muy difícil ya poder separar Emeterio Cuadrado Díaz, «El Cigarralejo» y Mula.

Tras la investidura, cerró el acto el excelentísimo señor Rector Magnífico de la Universidad de Murcia, don Antonio Soler Andrés, quien felicitó a los nuevos Doctores Honoris Causa, en nombre propio y en representación del Claustro.

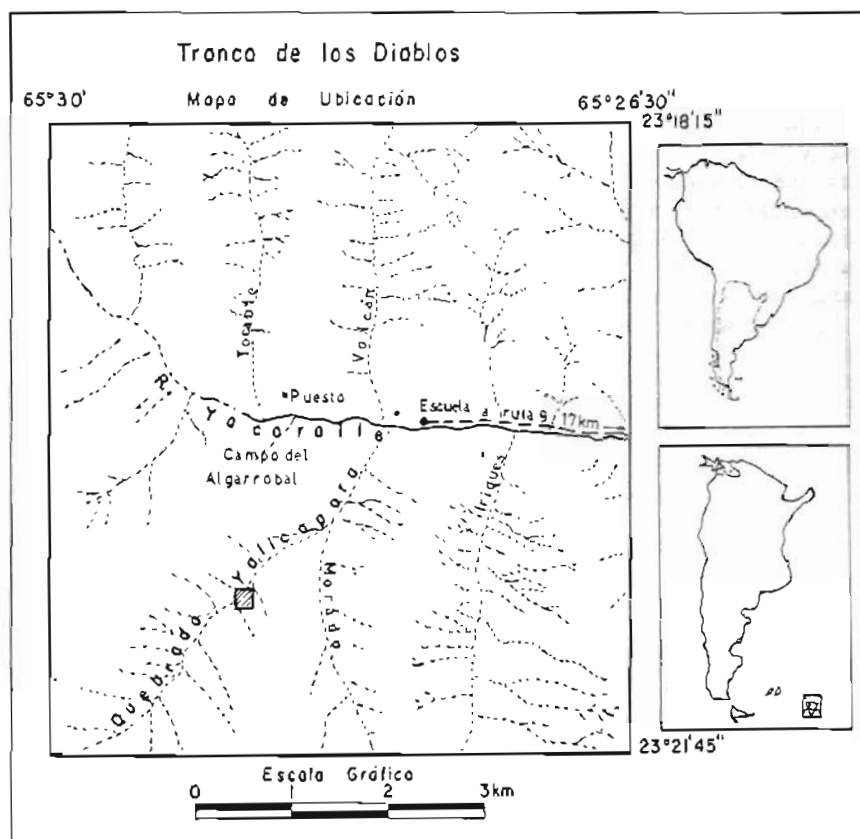
TRANCA DE LOS DIABLOS: ROSTROS QUE CONTEMPLAN DESDE LO ALTO

Alicia FERNANDEZ DISTEL

Los prehistoriadores dedicados al área andina de Argentina, calculan que los comienzos del arte rupestre son, en este área, fechables unos 4000 años a. C.; aunque este es un punto difícil de determinar con exactitud. Aparentemente, la pintura sobre la roca fue anterior al grabado de la misma, y en este orden, el arte de tipo abstracto (puntos, zigzags, arrastres, impresiones de manos, etc.) es anterior a la representación naturalista de camélidos (llamas, vicuñas y guanacos) y figuras humanas.

Con cada nuevo descubrimiento de un sitio con arte rupestre se renueva el interés de los arqueólogos por catalogarlo: cultural y cronológicamente. Este hecho se intensifica porque el arte rupestre brinda muchos datos sobre la vida cotidiana del aborígen, datos que en general son muy pobres a partir de las excavaciones. El ejemplo más llamativo, y extraído de nuestra Qda. de Humahuaca, es el de la Cultura Humahuaca que decora su cerámica con líneas negras muy simples, más raramente blancas, pero que en contraposición tiene sitios con arte rupestre riquísimos en motivos: sólo a través del arte rupestre se pudieron confirmar varios hechos relativos a la vida de los Humahuacas, como su vestimenta, instrumental de metal, ganadería, marcas del ganado, enfrentamientos con los españoles, etc.

El arte rupreste del Noroeste de Argentina, comienza en épocas precerá-



micas, se continúa durante los períodos agro-alfareros, e incluso aparece en época de la conquista española. En sitios muy alejados de la Puna (altiplano) se continúa grabando la piedra con motivos de marcas de ganado, letras iniciales, diablos, cruces cristianas, etc.

Uno de los mayores enigmas es el de los pigmentos empleados para pintar la roca, los que demostraron ser fuertes y adherentes. Los colores que hallamos con mayor frecuencia son el rojo (en todas sus gamas), el negro y

el blanco; más raros son el verde o el amarillo. Incluso se ha logrado serial la aparición de los colores en la cadena del tiempo: el más antiguo parece ser el rojo, seguido del blanco; algo más reciente el negro. Verde y amarillo carecen de antigüedad.

También es un enigma la altura en que están realizados algunos dibujos. En algunas cuevas y paredones se ubican en sitios inaccesibles, que nos hacen pensar, o bien que el nivel del suelo varió, o en el uso de andamios. Sin embargo, los factores altura y lejanía,

fueron perfectamente dominados por el artista primitivo, y en general los dibujos más altos son más grandes, de trazos anchos, fácilmente visibles desde más bajo.

En el Noroeste de Argentina, el buen estado de las pinturas y petroglifos es correlativo con el grado de aislamiento en que se encuentran. Cuando más alejados estén de rutas para el tránsito automotor, más seguridad hay de que no hayan llegado visitantes irresponsables, que arranquen un trozo del friso prehistórico o sobreescriban nombres, fechas, iniciales,...

Por otro lado, se les hace muy difícil a las autoridades nacionales y provinciales proteger estos yacimientos de arte, pues su ubicación queda fuera del radio de los pueblos, y muchas veces están en sitios tan solitarios que ni siquiera hay viviendas campesinas en las cercanías. La gran prisa de los arqueólogos frente a este problema, es registrar lo antes posible todas estas muestras de arte rupestre.

Las técnicas de registro más expeditivas son la del calco sobre papel transparente y la fotografía. Ya con más tiempo de su parte, planeará el arqueólogo exploraciones del área periférica a las pinturas, y excavaciones al pie de los paredones o en las ruinas más cercanas que detecte.

En plena Qda. de Humahuaca, y en su sector más conocido, donde ya de-



Paredón de Tranca de los Diablos.

sesperaban los prehistoriadores de encontrar algún resto nuevo, se produjo nuestro hallazgo. Desde hace más de diez años venimos persiguiendo todas las manifestaciones culturales que se localicen en el borde oeste de la Quebrada de Humahuaca, donde se observa el tránsito entre la región de quebrada y la de Puna. Es en este «borde oriental de la Puna» donde nos aparecieron las mejores cuevas, con muchos cultivos precerámicos. Si es dado comparar, el «borde oriental de la Puna» argentina es algo así

como el Tamaulipas, de Méjico, con igual importancia para los arqueólogos.

En el invierno de 1983, cuando al fin habían secado los aluviones, y el precario camino carretero que nos acercaba al sitio estaba transitable, pudimos llegar. El dato se lo debemos al Intendente de Tilcara, señor Washington Arroyo, quien entraba con camión hasta cerca del lugar donde se ubican las pinturas, para construir una pequeña escuelita de campo.

Recorridos 17 km todo a lo largo de los aluviones del torrentoso (en verano) río de Yacoraite, siempre en dirección oeste, alcanzamos la escuelita, la que lamentablemente seguía en construcción, utilizando los niños una ruina, que amenazaba ser llevada por el río el próximo verano. En la escuelita de Volcán de Yacoraite, conocimos a sus encargados, la familia Velázquez, a quienes debemos todo lo que en lo sucesivo descubriéramos.

La escuela vieja y la nueva están construidas sobre las ruinas de un extenso «antigal», que es el nombre que se les da en la zona a los poblados indígenas abandonados, con una antigüedad de 700 a 500 años. La gran necesidad de proveerse de agua potable, hace que el poblador actual, lo mismo que haría el prehispánico, se acerque a las vertientes, y de esto resulta la sobreocupación de los sitios.

Justo donde están las pinturas, la quebrada es tan angosta, que a ellos



Uno de los rostros de Tranca de los Diablos.

les basta atravesar algunas ramas espinosas a la altura de la senda para evitar que el ganado pase de una propiedad a otra. A estos sitios de extremo angostamiento llaman «Angosto» o «Tranca». También los indígenas conocían y veneraban tales sitios angostos, y casi es una regla general que en estos angostamientos haya arte rupestre.

Un desnivel de más de 1000 m y un trayecto de 5 km, por una playa muy pedregosa y angosta, no nos permitieron acercarnos, lógicamente, en vehículo automotor. La altura absoluta sobre el nivel del mar es de 3.640 m.

GEOLOGIA DEL SITIO Y OTROS DATOS GEOGRAFICOS Y METRICOS

«Tranca de los Diablos», más conocido por el nombre de la escuela cercana «Volcán de Yacoraite», queda a 23° 21' Lat. Sur y 65° 29' Log. Oeste. En este punto y todo a lo largo del borde oriental de la puna, recuadrando al valle de Humahuaca, aparecen las formaciones geológicas Lecho, Yacoraite y Pírgua, mesozoicas (cretácico), con areniscas rosadas, calizas y areniscas rojas, respectivamente.

En el sitio de las pinturas se da el tránsito entre la estratificación de las areniscas calcáreas blancuzcas y las areniscas rosadas. Las pinturas más llamativas se hallan en un paredón de arenisca calcárea. Su altura sobre el nivel del Arroyo es de 12 m y su altura total 3640 m s.n. mar. Las pinturas se orientan hacia el norte.

El paredón principal tiene 4,50 de base por 2 m de ancho, ubicado en fuerte pendiente y muy sobresalido; sólo en su parte más baja es accesible. La pendiente es de 51°.

Además de este paredón principal, que tiene pintados 13 rostros, todos en rojo carmín y con abundante cabellera, hay un bloque desprendido también con pinturas, el refugio del que antes hablamos con pinturas más borrosas del mismo estilo y finalmente una roca sobre el camino que, por abajo, tiene pintada una llama.

Cada uno de los rostros, que tienen una base de 27 a 30 cm, y una altura de 12 a 20, coinciden en tener 21 «pelos» cada uno. Hay variaciones en el

tipo de gesto del rostro, y muy interesantes son los chorreados de pintura. Las llamas están realizadas en un estilo totalmente distinto al generalizado en petroglifos y pictografías de la Provincia de Jujuy: aparecen con sus cuatro patas vistas en un mismo plano sin perspectiva, las dos orejas y la cola.

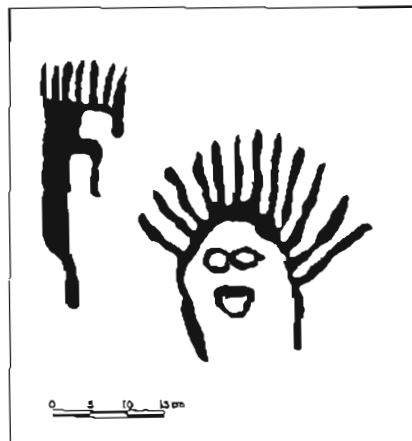
En un sentido muy laxo podría decirse que los rostros pintados son asociables al estilo más antiguo de Quichagua (Cochinoca) y a la única pintura de León Huasi, en el área de Huachichocana. En estos dos lugares se realizaron excavaciones y se constató que la asociación inmediata del estilo en cuestión era con una cerámica lisa (¿pre-humahuaca?) y con un precerámico.

De más está aclarar que, si hablamos de «diablos», es en un sentido muy genérico y en total relación con el impacto de temor que producen estas presencias en el nativo actual.

Los petroglifos, con el esquematismo en la realización de los camélidos, tan conocidos en el Norte Argentino, son más fáciles de inscribir junto a otras manifestaciones parietales de la zona. Uno de los motivos indicadores es el del «asta» o «bucráneo» con tan fuerte aparición en El Gólgota (Qda. del Toro, Salta) y en tantos petroglifos de la Qda. de Humahuaca.

PETROGLIFOS

Sobre la senda angostísima por la cual se accede a la «Tranca de los Dia-



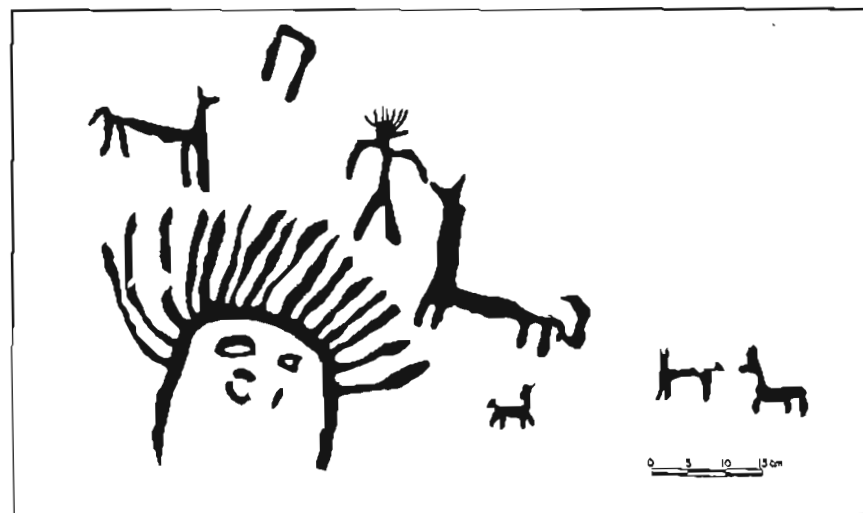
Pinturas del grupo A-1, en rojo carmín.

blos», pero aún en la formación de areniscas rojas, encontramos una roca con petroglifos, los que seguramente tienen la misma edad que las pinturas. Lo único que se observa en común con éstas es el motivo del camélido.

CULTURA Y DATAION

Mientras esperamos los fechados de C 14, podemos afirmar, con parcial seguridad, que estas pinturas pertenecen a la Cultura Humahuaca, cultura radicada en esta quebrada entre el 1100 y el 1500 d. C. Al menos la cerámica recogida en el refugio posee los estilos propios de los de la Cultura Humahuaca.

De todos modos, Tranca de los Diablos es único en cuanto a sus motivos y no ofrece muchos puntos de



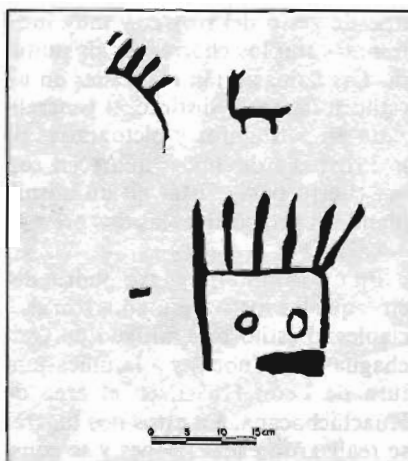
Pinturas del grupo A-1, en rojo carmín.

comparación con otros yacimientos conocidos en el área andina.

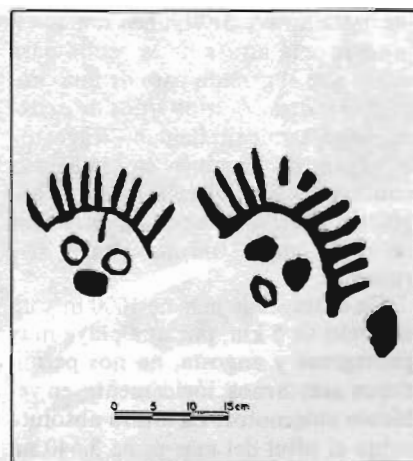
LEYENDAS EN TORNO AL SITIO DE TRANCA DE LOS DIABLOS

Existe una generalizada leyenda de que en la Quebrada de Yacoraite, remontándola y luego doblando a la izquierda (tal como es la localización de Tranca de los Diablos), fueron enterradas 40 cargas de monedas de oro y plata que transportaban los españoles desde el Virreynato del Perú hacia el Sur. Sorprendidos por la noticia de la Revolución de Mayo, deben decidir entre si dejarse apresar por los insurrectos, o huir hacia el Oeste, hacia Chile aún no liberado y donde podría hallarse protección. La Qda. Transversal de Yacoraite, que une el Altiplano y la Quebrada, se les ofrecía como recurso más inmediato. La empresa, sobre todo en razón de lo escabroso de las playas, se volvió insostenible y decidieron esconder los tesoros a medio camino, mientras que los hombres aliviados huían. Hay quienes afirman que el tesoro fue descubierto a comienzos de este siglo por un lugareño, peón de ferrocarril, que llevó el secreto a su tumba al ser muerto por la codicia de sus compañeros de trabajo. Las distintas versiones coinciden en señalar que se buscó para el ocultamiento un sitio con «cuevas».

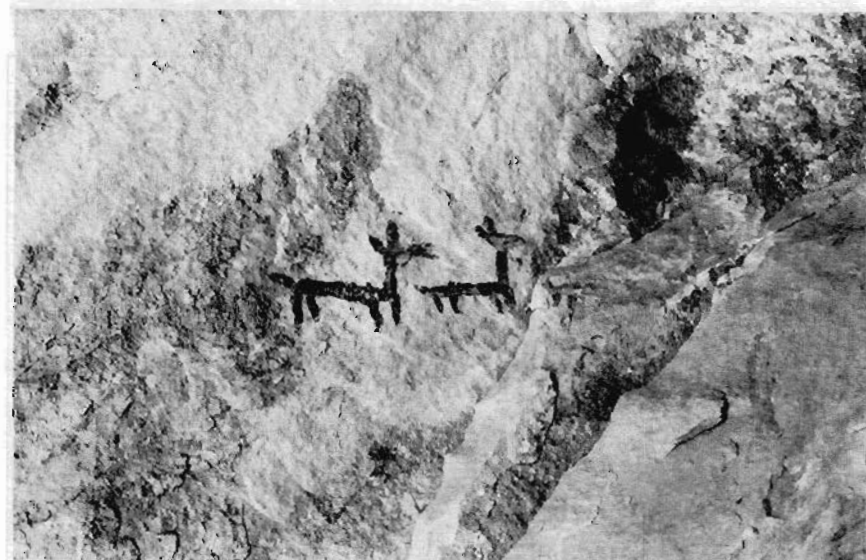
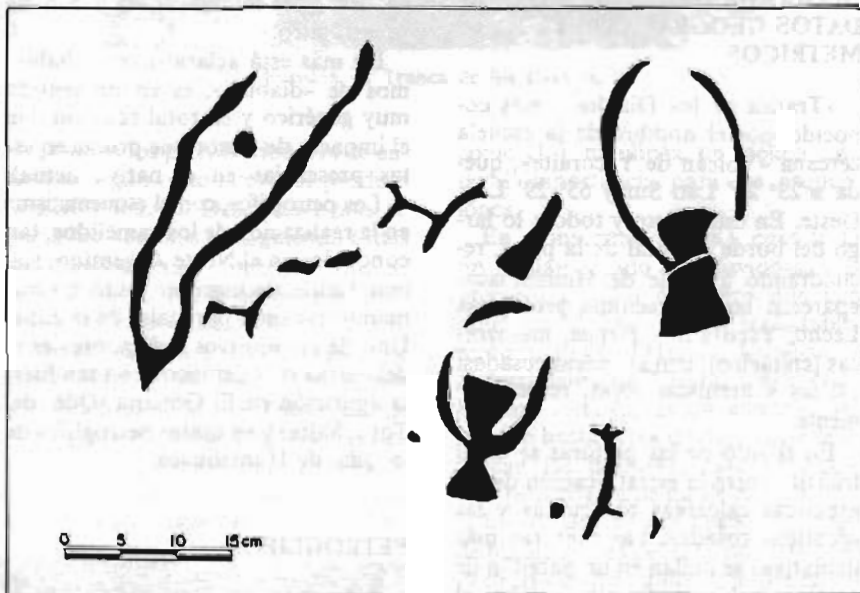
Una variante de la leyenda anterior dice que no fueron los españoles, sino



Pinturas del grupo A-2, en rojo carmín.



Pinturas del alero, en rojo carmín.



Representaciones pintadas de camélidos andinos (guanacos, vicuñas).

la «montonera» de Felipe Varela, famosa en la región andina de Argentina, y que hacia 1867 saqueaba a los pobladores y enterraba lo recaudado en su marcha hacia el norte, quien depositó el tesoro.

Este caudal de leyendas, con poco fundamento real, motivó que un buscador de tesoros realizase un amplio pozo justo al pie de un refugio muy cerca de los «diablos» pintados: el único refugio que al arqueólogo hubiese podido brindar algún dato concreto sobre la cronología de las pinturas. Lógicamente, el buscador no halló nada de su interés, y cerámicas y esquirlas de piedras yacían arrojadas en desorden. Todo ello fue aprovechado por nosotros, como así recogimos numerosas muestras de carbón para realizar fechados radioactivos.

JOYAS DEL LURISTAN, EN UNA COLECCION PARTICULAR ESPAÑOLA

Margarita BRU

Presentamos un conjunto de piezas procedentes del Luristán (1) que consta (fig. 1) de cuatro alfileres, un collar y un brazalete.

Los alfileres (fig. 2) son de bronce fundido y tienen cabezas en forma de

frutos estilizados, probablemente granadas. Las agujas rematan en cabezas sólidas, casi esféricas, ligeramente aplastadas. Los diámetros de las cabezas oscilan entre 19 y 20 mm. Cada una de ellas tiene tres tetoncillos, a

distancias regulares, en la línea ecuatorial, y una gran protuberancia en forma de seta (2), en la parte superior. Las agujas o varillas presentan en el extremo superior tres apéndices en forma de clavo, quizá brácteas estilizadas y, una de ellas, molduras estriadas. La longitud total de los alfileres es de 170 mm el más pequeño, 175 mm el mediano y 185 mm el de los dos mayores.

En la colección del Ashmolean Museum de Oxford, aparecen varios alfileres de este tipo, y uno de ellos casi exactamente igual (fig. 4), con la única diferencia de que tiene cuatro brácteas en vez de tres en la parte superior de la aguja, según la descripción de Moorey (3).

Este tipo de alfileres no es exclusivo del Luristán; abundan en el Próximo Oriente desde fechas muy tempranas y su datación es difícil. Sin embargo, los de inspiración floral y zoomorfa, sí son tipos específicos del Luristán y de todo el Oeste del Irán, aunque aparezcan ejemplares esporádicos en otros lugares, e incluso se prolonguen en los bellos alfileres para pelo, de inspiración floral, del período aqueménide. En el santuario de Surk-i Dum (4), en los niveles arqueológicos correspondientes a los siglos X-VIII, aparecieron alfileres de cabeza globulosa y con forma de flor o de fruto estilizado. En contraste con la imaginación desbordante que muestran los lueros cuando se trata de reproducir su fauna, se muestran extraordinariamente parcos a la hora de inspirarse en su flora. Parece ser que el fruto más reproducido es la granada; también aparecen numerosos alfileres con cabezas en forma de jaula esférica u ovalada (fig. 5), que quizá representen semillas o el fruto abierto. La mayoría de los motivos florales o

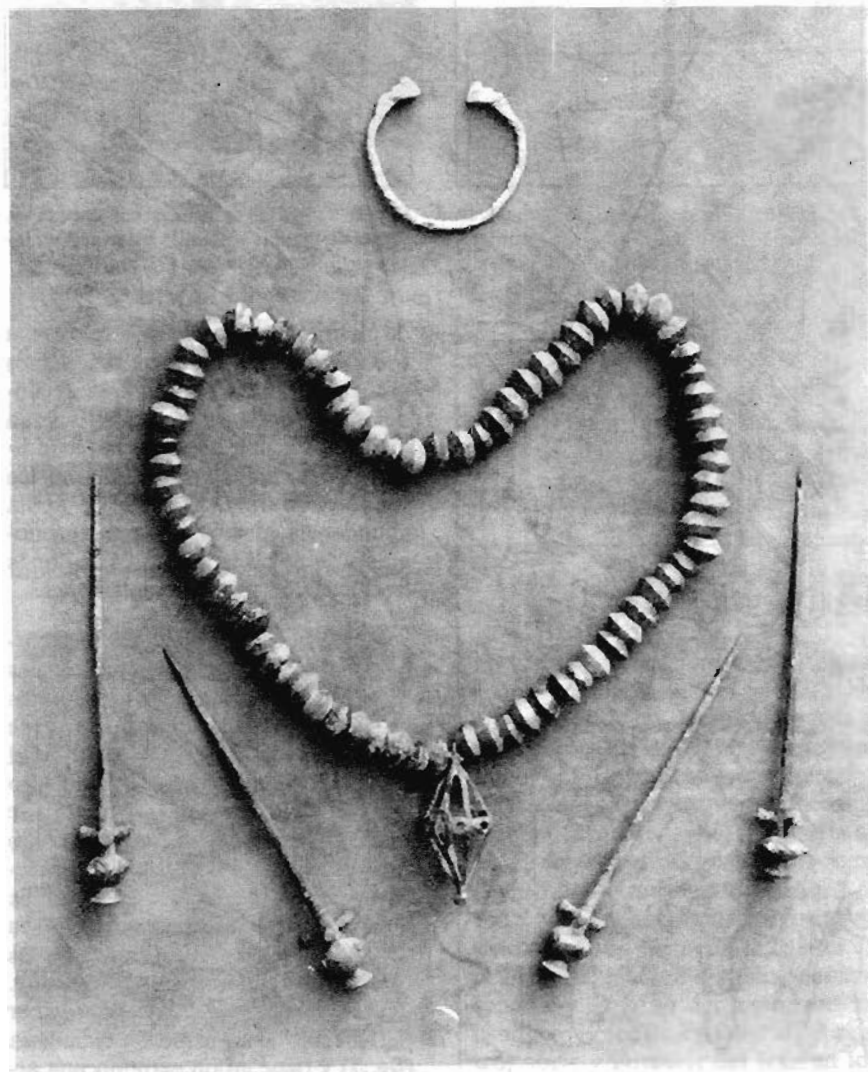


Figura 1. Collar con colgante, alfileres y pulsera de bronce procedentes del Luristán. Siglos IX-VIII a. C. Col. M. B., Madrid.



Figura 2. Detalle de un alfiler de la colección M. B.

zoomorfos están relacionados con símbolos alusivos a la fertilidad —granada, roseta, serpiente— y, por tanto, estos alfileres podrían relacionarse con los alfileres de disco, en los que aparece frecuentemente el llamado «Gilgamesh», que en realidad es Dumuzi, el paradero de Inanna. Dumuzi transporta serpientes —símbolo del agua, de la abundancia y atributo

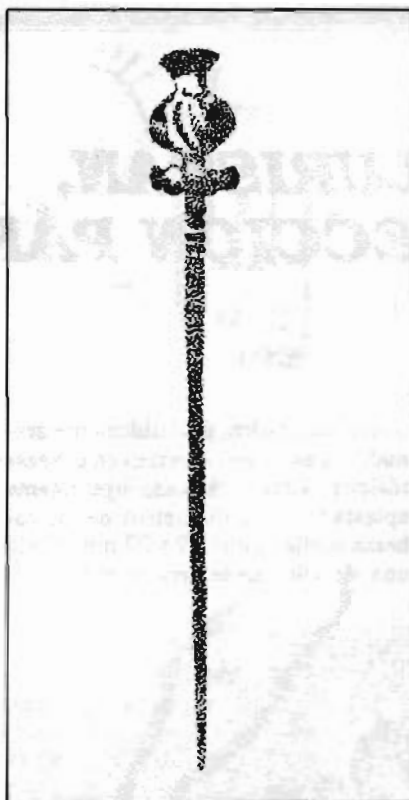


Figura 4. Alfiler de bronce con cabeza en forma de fruto estilizado. Ashmolean Museum, Oxford.

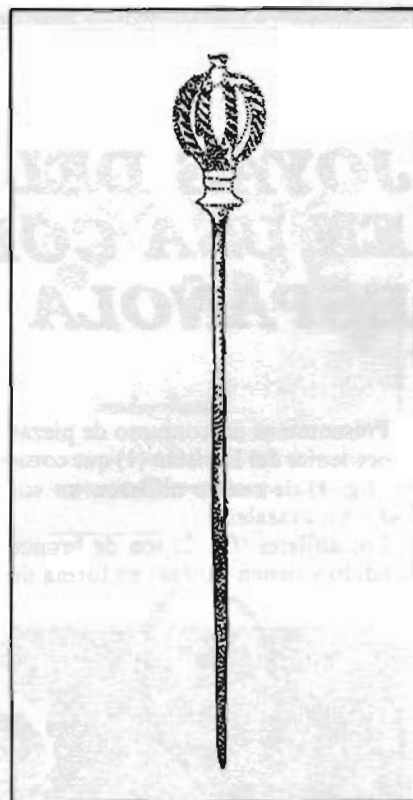


Figura 5. Alfiler de bronce con cabeza en forma de «jaula» o semilla abierta. Ashmolean Museum, Oxford.

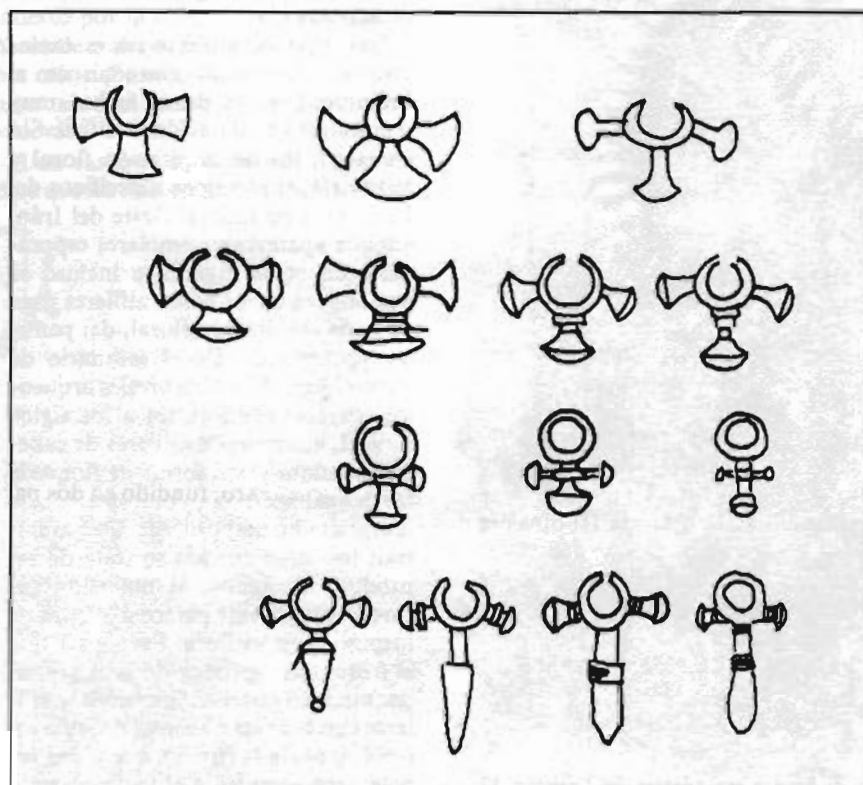


Figura 3. Pendientes asirios con protuberancias en forma de seta. Col. part.

de divinidades ctónicas— o corre a todo correr llevando en sus manos granadas, también símbolo de fecundidad. Cabría pensar que estuvieran dedicados a una diosa de la fecundidad (5). La granada, que siempre fue símbolo de la fecundidad y de la abundancia, debió serlo por antonomasia en el Luristán, a juzgar por la frecuencia de sus representaciones.

El collar que publicamos está formado por 75 cuentas bitroncocónicas en bronce fundido, cuyos diámetros oscilan entre los 15 y los 20 mm. Este tipo de cuenta es común en todo el Oriente Próximo. Para el colgante, no hemos hallado paralelos como tal. Se asemeja, tanto por su tamaño como por su forma, a los alfileres con cabeza en forma de jaula o de «semilla abierta», semejantes también, a su vez, a los cascabeles utilizados en los arreos de caballería. El colgante (fig. 6) parece demasiado frágil para haber pertenecido a un arreo de caballería (fig. 7) y tiene en un extremo una argolla mediante la cual va unida al collar, así que, lo más probable, es que

sea efectivamente un colgante para collar inspirado en cabezas de alfileres. Tiene forma de jaula ovalada y mide 74×32 mm. Presenta seis barras, tres de ellas adornadas con incisiones transversales paralelas, y otras tres lisas, decoradas con una in-

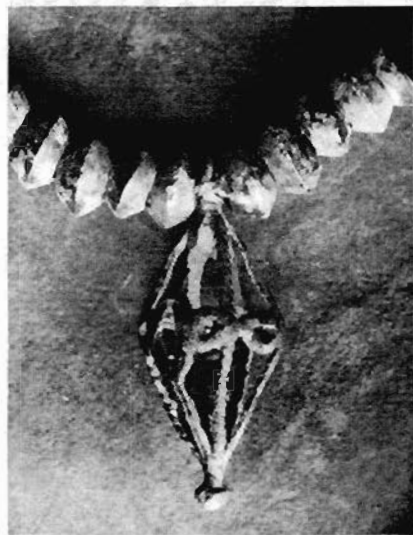


Figura 6. Detalle del colgante del collar. Col. M. B.

cisión longitudinal. Una de ellas está rota, y es ésta, precisamente, la que presenta en su parte media un óvalo decorativo. Las barras se unen entre sí en su parte central, mediante unos motivos decorativos en forma de ocho o de doble lazo. El conjunto termina, en su parte inferior, en un saliente pequeño en forma de clavo redondeado.

El brazalete (fig. 8) presenta un aro abierto por un hilo de bronce retorci-

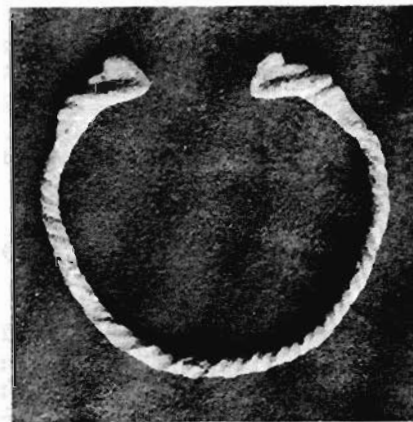


Figura 8. Brazalete de bronce de aro retorcido y abierto y terminales en forma de cabezas de pato vueltas. Col. M. B. Madrid.

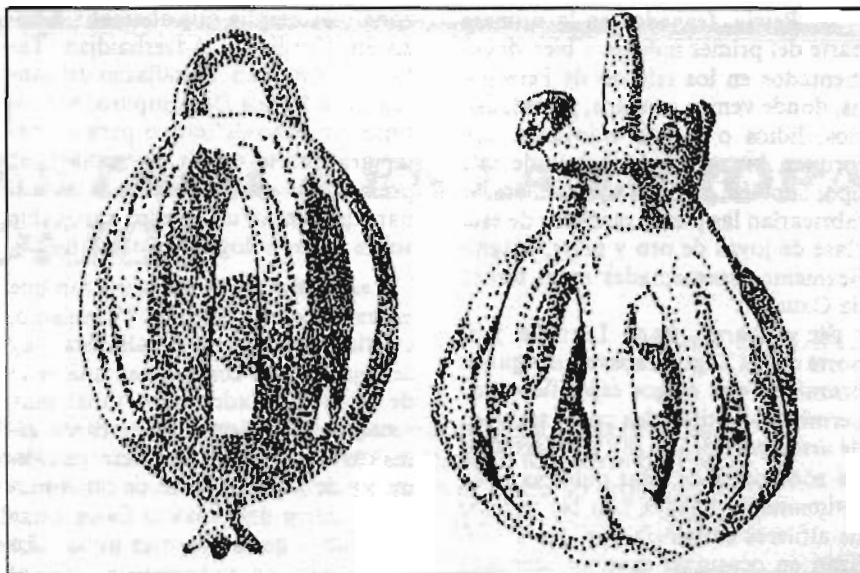


Figura 7. Cascabeles de arreos para caballerías, procedentes del Luristán. Ashmolean Museum, Oxford.

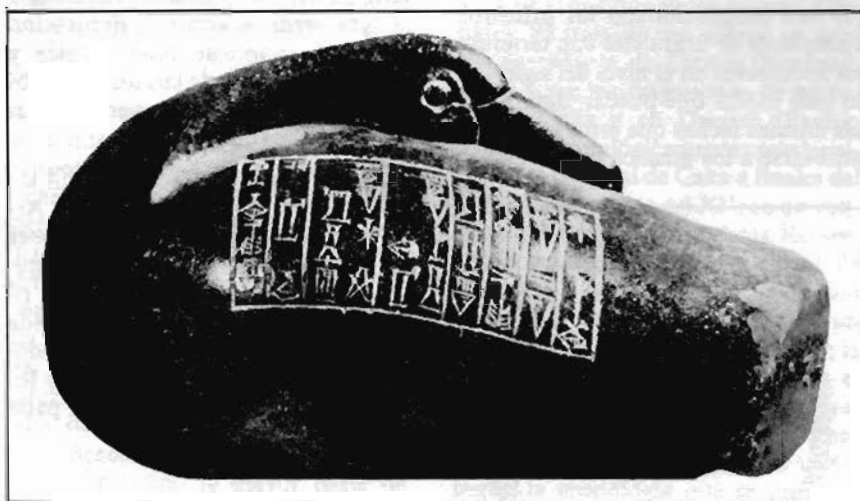


Figura 9. Pesa en forma de pato con cabeza vuelta. Lleva una inscripción votiva del rey Shulgi de Ur. Museo de Bagdad.

do y terminales en forma de pato descansando con la cabeza vuelta hacia atrás, paralela al cuerpo, apoyada a lo largo del lomo. El tema es muy antiguo, y tenemos abundantes ejemplos en las pesas (fig. 9) que aparecen en Mesopotamia desde la III dinastía de Ur hasta el período neo-asirio y en Egipto desde el Imperio Medio. Los brazaletes con terminales en forma de pato, (fig. 10), bien con la cabeza en posición de marcha o vuelta, descansándole a lo largo del lomo, son un producto típico de los talleres del centro, norte y noroeste del Irán en los siglos IX y VIII (6).

Procede también del Luristán otro

tipo de brazalete o pulsera de lámina de metal común, en un área muy extendida al oeste del Irán, a finales del segundo milenio y principios del primero. El modelo más típico consiste en un grueso aro, fundido en dos partes, cuya articulación se une mediante pequeños alfileres. La parte superior se decora con animales, máscaras de león o criaturas fantásticas. A veces se fabrican en hierro. Los brazaletes más abundantes, sin embargo, consisten en un aro estrecho, liso o estriado, y con terminales zoomorfos, como el que publicamos. Aparecen variaciones regionales de una moda común en Asiria, Urartu y el noroes-

te de Persia, fechados en la primera parte del primer milenio y bien documentados en los relieves de Persépolis, donde vemos a medos, persas, asirios, lidios o escitas enjorjados con torques, brazaletes y ajorcas de este tipo; también, bajo los aqueménides, se fabricarían las piezas maestras de esta clase de joyas de oro y plata, magníficamente representadas en el tesoro de Oxus (7).

Sin embargo, en el Luristán y al norte de los Zagros, aparecen algunos brazaletes con rasgos específicos que permiten identificarlos como trabajos de artesanos locales (8). Los terminales zoomorfos de estas pulseras están íntimamente ligados con las cabezas de alfileres zoomorfas, ya que se utilizan en ocasiones motivos idénticos (fig. 11) y, como ellos, se emplean a veces el bronce y el hierro combinados. Las excavaciones de Surk-i Dum (9) han proporcionado los primeros ejemplares de brazaletes con terminales zoomorfos en el nivel del siglo IX, lo cual indica que pueden datarse en las mismas fechas que estos alfileres y atribuirse a los mismos talleres.

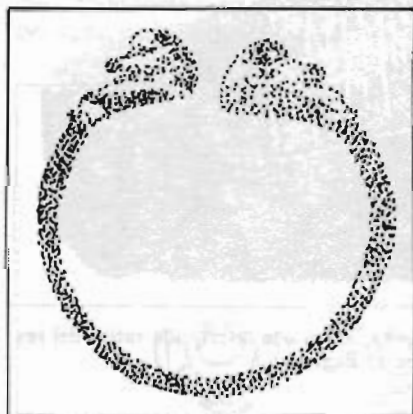


Figura 10. Brazaletes de bronce de aro abierto con terminales en forma de pato con cabeza vuelta. Museo de Boston.

Los bronceos del Luristán, por proceder en su mayoría de excavaciones clandestinas, son de difícil datación. Cuando comenzaron las excavaciones sistemáticas de la zona, a partir de 1930, se llegó a la conclusión de que aquellos numerosos objetos que ya enriquecían muchos museos y colecciones particulares —armas, arreos para caballerías, objetos rituales y de adorno personal— no provenían siempre del Luristán, sino de una

zona más amplia que abarcaba Khuzistán, Kurdistán, Adzerbaidjan, Talish y el Cáucaso. El hallazgo del santuario de Surk-i Dum supuso, por último, un paso definitivo para despejar gran parte de las incógnitas que presentaban estos objetos o, al menos, para presentar un cuadro razonable sobre su cronología y evolución (10).

Las excavaciones demostraron que en estas zonas, desde el IV milenio, existía una industria metalúrgica muy semejante, que consistía en una serie de objetos de adorno personal muy sencillos, además de instrumentos, armas y vasos, que no diferían grandemente de la producción de otros muchos centros del Próximo Oriente que trabajaban en las mismas fechas. En el Luristán, sin embargo, en torno al siglo X y hasta el VII, hay que destacar la repentina aparición de toda una serie de piezas en bronce, fundidas a la cera perdida, con una decoración extraordinariamente original, rica y variada, e incluso de ciertos tipos absolutamente desconocidos en otros lugares del Próximo Oriente.

No pretendemos describir aquí los diferentes tipos (11). El Museo Arqueológico Nacional de Madrid posee una colección (12) ciertamente representativa que, si bien no ofrece la riquísima variedad de modelos creada en los talleres de los luros —criadores de caballos y proveedores de los mismos, durante siglos, en gran parte

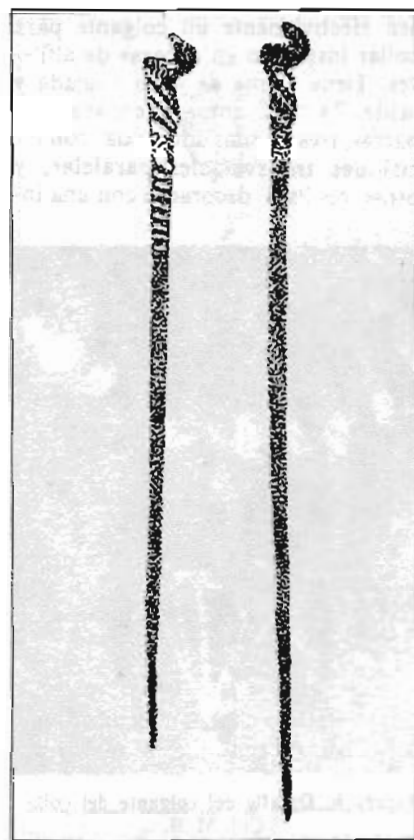


Figura 11. Alfileres con cabeza en forma de pato. Ashmolean Museum, Oxford.

del Próximo Oriente— sí constituye una muestra significativa que puede incitar a un estudio más profundo de estos objetos llenos de desbordante fantasía.

NOTAS

(1) M. Bru, *Nuevas joyas procedentes del Luristán*, en Goya, 155, 1980, págs. 263-271. Se trata de la colección M. B., adquirida en el mercado de antigüedades de Madrid, en 1978.

(2) K. R. Maxwell-Hyslop, *Western Asiatic Jewellery*, Londres, Methuen and Co. Ltd., 1971, pág. 237. Estas protuberancias aparecen con cierta frecuencia en pendientes asirios. Ver fig. 4.

(3) P. R. S. Moorey, *Catalogue of the Ancient Bronzes in the Ashmolean Museum*, Oxford, 1971, lám. 48, núm. 302.

(4) M. N. van Loon, *Luristan Bronzes*, Bib. Or. XXIV, 1967, págs. 22-26.

(5) R. Dussaud, *Ancien bronzes du Luristan et cultes iraniens*, Syria XXVI, 1979.

(6) P. R. S. Moorey, *Luristan Bronzes*, Irán IX, págs. 200 y ss.

(7) Maxwell-Hyslop, *op. cit.*, págs. 204 y siguientes.

Ghirshman, *Le trésor de l'Oxus, les bronzes du Luristan et l'Art mede*, Berlin, 1964.

(8) P. R. S. Moorey, *Luristan Bronzes*, págs. 172-221.

(9) A. Godard, *Les bronzes du Luristan*, Ars Asiaticque, XVII, 1931 y *L'art de l'Iran*, Paris, 1962.

(10) E. Porada, *Alt Iran*, Baden Baden, 1963.

P. Calmayer, *Dattieren bronzes aus Luristan und Kirmanshah*, Berlin, 1969.

(11) P. R. S. Moorey, *Luristan Bronzes*. Cataloga y describe los diferentes bronceos, sistematizando su tipología.

(12) M.^a J. Sánchez-Beltrán, *Catálogo de los bronzes del Luristán del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1977.

LA CORAZA METALICA EN LA EUROPA PROTOHISTORICA

William S. KURTZ

Este trabajo no pretende, en principio, hacer grandes aportaciones; simplemente resumir y recordar la problemática de una serie de piezas interesantes en sí mismas y poco presentes en el discurso arqueológico general. Sirva, pues, de introducción general al tema; para los detalles y complejidades remito a la Bibliografía citada.

Se examinan en estas páginas las corazas metálicas en las culturas pre y protohistóricas de Europa, desde su origen hasta un momento indeterminado, hacia el siglo IV a. C. Estas piezas fueron siempre un elemento minoritario en la panoplia armamentista, y están más relacionadas con la manifestación de la riqueza y del poderío de su portador que con la utilidad militar. De hecho, la incomodidad de estas piezas (limitan la movilidad del guerrero) hace que su utilidad sea restringida.

Aquí se aborda únicamente la coraza metálica, pero debe tenerse en cuenta que no fue el único modelo existente, ni probablemente el predominante. Cabe suponer la existencia de corazas fabricadas sin partes metálicas, en cuero o lino (de las que tenemos testimonios documentales en Grecia) tan efectivas, o más, como las metálicas, pero de las cuales, por razones obvias, son escasas las evidencias arqueológicas.

Casi todas las corazas metálicas están fabricadas en bronce.

ORIGEN

El hallazgo de la coraza metálica de Dendra (Argólida), (Verdelis, 1977), no deja lugar a ninguna duda respecto al nacimiento de este tipo en el mundo micénico, hacia el siglo XV (Snodgrass, 1971), como ya dejaba intuir la interpretación de las tablillas de Lineal B (problemática en Chad-

wick 1976, 204-208). Es difícil saber hasta qué punto estaba extendido el uso de corazas en este periodo, aunque parece claro que ya para el siglo XIII habrían prácticamente desaparecido ante la extensión y primacía de la infantería ligera y el abandono, ya en época micénica, de la táctica de la lucha individual de guerreros fuertemente armados, táctica reflejada en la *Iliada*. La complejidad y el peso de la armadura de Dendra plantea graves reservas respecto a su utilidad y forma de uso, cuestiones aún no resueltas. No obstante, es indudable que la coraza metálica de dos piezas (pectoral y dorsal) tiene su origen en una simplificación de esta armadura micénica, eliminando la mayor parte de sus elementos (Snodgrass, 1971).

El tipo de coraza que surge a partir de esta simplificación es el llamado «Glockenpanzer», o sea, coraza acampanada, así llamada porque marca la cintura y su parte inferior se proyecta hacia afuera, asemejando su forma la de una campana. No todas las piezas clasificadas bajo este nombre tienen claro este atributo, como es el caso del primer subgrupo de la «Westalpinische Gruppe» de Merhart (Merhart, 1954), pero es válido como nombre genérico.

GRUPO ESLOVACO

El siguiente punto para el que se dispone de testimonios de corazas es la zona de Eslovaquia (Checoslova-

quia), en el curso medio del Danubio, en la vertiente Sur de los Montes Cárpatos. Se trata de tres piezas: un dorsal procedente de Cierna (Novotny, 1966) y sendos fragmentos de pectoral en Caka y en Ducové (Paulik, 1968). Cronológicamente puede situarse el pectoral de Caka a finales del siglo XIII o inicios del XII, en un contexto del Bronce D (esquema Reinecke) o quizá ya Ha.A-1; la pieza de Cierna, dado su parecido tipológico con el anterior, puede situarse en un marco cronológico-cultural similar; la pieza de Ducové se encuadra en el Ha.A-1 (esquema Reinecke), o sea, algo posterior a los anteriores, pues correspondería a un siglo XII u XI, según la cronología que se prefiera.

Las piezas de este grupo se caracterizan por estar decoradas, mediante puntillado, con motivos «solares» (círculos formados por triángulos) sobre los pechos, y un reborde en relieve que marca las líneas estructurales. La pieza de Ducové parece tener además un motivo circular, en relieve, en el centro del tórax. Respecto a detalles anatómicos, tan sólo se marcaba la línea de los músculos pectorales, mediante una incisión o modelado. De la pieza de Cierna se deduce que irían cerradas por remaches en su lado izquierdo, al igual que las piezas del grupo occidental más tardío.

Snodgrass, (1971), afirma, en base a la tipología, que este grupo deriva directamente del micénico, aunque no explica la forma en que tuvo lugar la transmisión. Dicho autor admite cla-

ramente las dificultades para resolver este aspecto, que se complica con un pequeño desfase cronológico algo menos problemático. Aun así, su teoría es plenamente aceptable, por cuanto se tienen indicios, de otro tipo eso sí, de la existencia de contactos entre las culturas de Europa al Norte de los Alpes y las de la cuenca mediterránea en esta época (1), aunque no se puedan ignorar los problemas que plantean y el que estos contactos apenas han sido investigados.

GRUPO OCCIDENTAL

El siguiente punto en el desarrollo de la coraza metálica, supone asimismo un salto tanto cronológico como geográfico, pues se trata de un grupo de piezas aparecidas mayoritariamente en los Alpes Occidentales, área geográfica que da su nombre al grupo (Merhart, 1954). La característica común de todas estas piezas es estar cerradas, mediante remaches, en su lado izquierdo; tener nuquera, detalle no apreciable en el grupo anterior, dado su estado de conservación; estar profusamente decoradas mediante líneas de puntos en relieve por toda su superficie; carecer de detalles anatómicos, a menos de una cierta y esquemática división de las distintas zonas (tórax, vientre) y carecer de contexto arqueológico. Sobre este último aspecto, tan sólo apuntar que varias piezas aparecieron como depósito en Fillinges (Alta Saboya) (Deonna, 1934).

Dentro de este grupo, como ya hiciera Merhart, se pueden apreciar distintos subgrupos.

El primer subgrupo está constituido en solitario por una coraza aparecida en Saint Germain-du-Plain (Deonna, 1934) (fig. 1). Se conserva entera, y se diferencia de las restantes piezas occidentales por la simplicidad y técnica de su decoración. En efecto: en vez de por repujado, está decorada mediante puntillado (con algunas líneas en relieve) y como motivos tiene simplemente sendos temas «solares» sobre los pechos y un motivo curvilíneo que puede interpretarse como una reducción abstracta de las líneas de los pechos y del plexo solar. En el vientre carece de decoración. Los paralelismos entre esta pieza y el grupo eslovaco permiten establecer una es-



Figura 1. Coraza de St. Germain-du-Plain (según Merhart).

trecha relación entre ellos, cosa que ya apunta Snodgrass (1971), haciendo de la pieza de St. Germain-du-Plain la más antigua de las occidentales, al contrario de Merhart (1954), quien la consideraba la más moderna.

El segundo subgrupo es bastante problemático. Se trata de una serie de piezas aparecidas respectivamente en Grenoble (fig. 2.1) y Nápoles (fig. 2.2) (Deonna, 1934) y otra depositada en el museo de Hamburgo (Pagenstecher, 1917). Quizá pueda incluirse en este subgrupo una pieza, inédita, conservada en el museo de Basilea, de posible origen itálico (Stary, 1981, 24).

Se caracterizan por estar profusamente decoradas con líneas de puntos en relieve; los rasgos anatómicos se reducen a círculos sobre los pechos y a una especie de triángulo formado por una banda horizontal que separa el tórax y el vientre, y dos bandas oblicuas convergentes. Otro rasgo distintivo es que carecen prácticamente de entrante en la cintura, lo que les da un aspecto bastante rechoncho. La fecha atribuible a este grupo puede situarse en torno al siglo VIII, aunque esta cronología es puramente estimativa. Merhart consideró que este subgrupo es el más antiguo, pero si se establece un paralelismo con el grupo helénico, en el que las piezas más estilizadas son las más antiguas (Snodgrass, 1964, 75), será necesario, cuanto menos, tener cuidado con estimaciones basadas en un modelo tipo evolutivo.

Lo problemático de este segundo subgrupo es la poca claridad de su procedencia. La pieza de Grenoble apareció en la zona habitual de aparición de este grupo occidental, pero no así la de Nápoles; pero la situación es peor en el caso de las piezas de los museos de Hamburgo y de Basilea: pudiera ser que la de Hamburgo proceda, según Pagenstecher (1917) de una «tumba etrusca», y de la de Basilea ni se sabe. Caben dos posibilidades: que las piezas hayan sido importadas a Italia, o que existiera allí un centro local y propio de producción. En favor de esta última posibilidad está la, al menos aparente, intensidad de hallazgos y la posibilidad de ponerlos en conexión con la decoración de tradición vilanoviana (Stary, 1981) y los escudos repujados redondos etruscos, también decorados con li-



Figura 2.1. Coraza de Grenoble (según Merhart).



Figura 2.2. Coraza de Nápoles (según Merhart).

neas de puntos en relieve. Pero la inseguridad misma de las procedencias (incluso en el caso napolitano) y el que, en líneas generales, la coraza metálica sea un elemento ajeno a la tradición armamentista propiamente «itálica» (2) obligan a mantener cierta reserva sobre esta posibilidad, hasta que nuevos hallazgos permitan asegurar cualquier hipótesis.

El tercer subgrupo está formado por el conjunto de Fillinges (fig. 3) (tres petos y cuatro dorsales, Deonna, 1934) y una pieza conservada en el Metropolitan Museum de Nueva York (fig. 4) (Dean, 1921). Son más estilizadas que las piezas del subgrupo anterior, están profusamente decoradas, con la particularidad de tener cabezas de ánade afrontadas en los círculos de los pechos. Cronológicamente, puede situarse el comienzo en el paso de la fase de Campos de Urnas al Hallstatt, atribución cultural y tipológicamente impecable, pero difícil de situar en términos absolutos: hay cronologías para todos los gustos. *Grosso modo*, esto se puede traducir en algún momento del siglo IX, y se les puede hacer perdurar hasta el siglo VI.

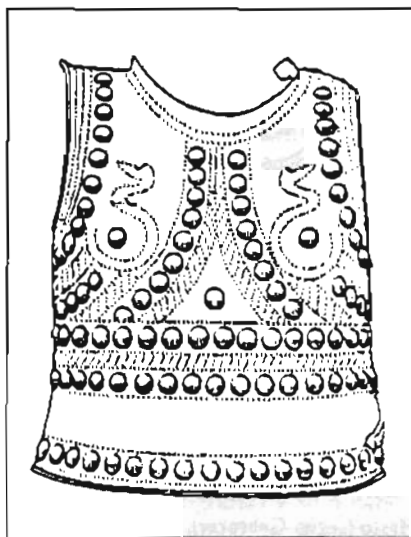


Figura 3. Coraza de Fillinges (según Merhart).

Por último, debe citarse la estatua, en piedra calcárea, que representa un guerrero con coraza hallada en Grezan (Gard, Francia), (Déchelette, 1927, 1040-1, fig. 75). Lleva una coraza acampanada, aunque no se pue-

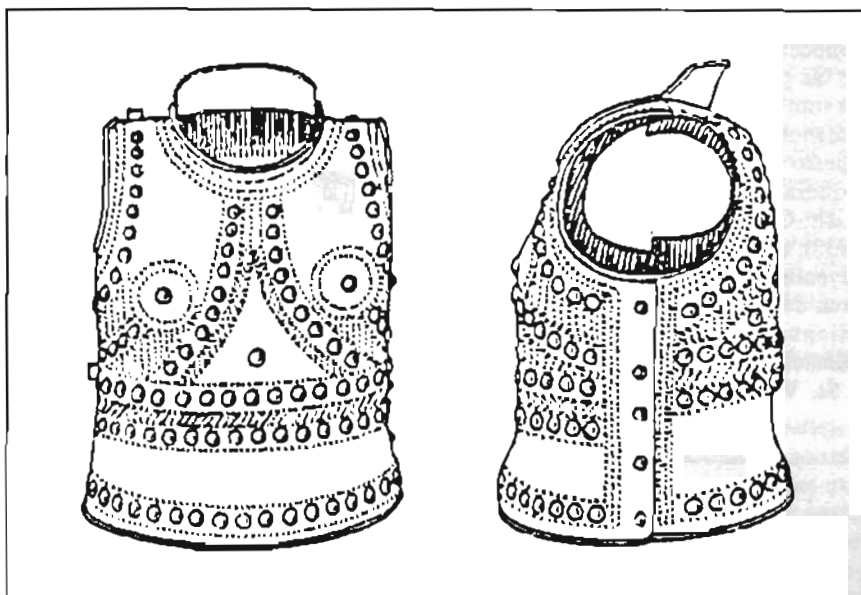


Figura 4. Coraza de procedencia ignorada, en el Metropolitan Museum (Nueva York) (según Merhart).

de asegurar si metálica. Su decoración es atípica, al tener sobre el pecho un doble trapecio invertido y una línea de resaltes cuadrados junto a la cintura. Déchelette lo fecha, y parece que muy correctamente, en el siglo V, en base al tipo de broche de cinturón.

El supuesto peto de Corno Lauzo (Taffanell/Taffanell, 1960) no se trata aquí, pues hasta Odette Taffanell pone en duda su clasificación (carta personal en Vilaseca *et al.* 1963). Al respecto cabe decir que tampoco puede negarse totalmente la atribución original, pues el peto de la tumba 43 de Narce (Dohan, 1942), que está entero, es morfológicamente similar a la primera reconstrucción propuesta por los Taffanell, aunque la decoración de ambas piezas es radicalmente distinta.

GRUPO ORIENTAL

Este grupo aparece en la zona oriental de los Alpes, en las regiones de Estiria (Austria) y Eslovenia (Yugoslavia). Su proximidad geográfica, que no cronológica, al grupo eslovaco, plantea la posibilidad de una continuidad en el uso de corazas metálicas en la zona hallstática oriental (básicamente la cuenca media del Danubio y la cuenca alta del Sava). Apoya esta hipótesis (por demostrar) la característica común de ambos gru-

pos en lo que respecta a la simplicidad de la decoración y la ausencia de ésta en el vientre. Aun así, hay suficientes elementos como para sostener la hipótesis contraria. Entre ellos destaca la no-identidad de las respectivas áreas de distribución, el salto cronológico, y la nada desdeñable diferencia en sus respectivos sistemas de cierre: el grupo eslovaco está cerrado, en el lado izquierdo, por remaches, mientras que en este grupo el peto y el dorsal se unían, en el lado derecho, por un hilo o correa que pasaba por sendas líneas verticales de perforaciones. El cierre definitivo, en los hombros y en el lado izquierdo, se realizaba pasando una correa por tubos horizontales adecuadamente dispuestos.

En sí mismas, las piezas de este grupo se caracterizan por su ya mencionado sistema de cierre, por una gran parquedad en la decoración (círculos bastante simples en los pechos, y un reborde en resalte, a veces doble, en el que a veces se incluyen dientes de lobo incisos) y por tener, como todo rasgo anatómico, una simple línea que marca el límite de los músculos pectorales. Esto último es la regla general, las excepciones son: la pieza de St. Vid pri Sticni, en que se marca además el plexo solar y la línea alba, y la de Novo Mesto, en que se marcan los omóplatos.

De este grupo se tiene la suerte de conocer los contextos arqueológicos de las piezas: todas ellas aparecieron en tumbas principescas, en las que la ausencia de la coraza no hubiera supuesto una merma de su naturaleza y riqueza. Se conocen: dos piezas en Klein-Gein (fig. 5) (Estiria), (Schmid, 1933); una en Novo Mesto (fig. 6) (Eslovenia), (Gabrovec, 1960) y dos en el área del gran yacimiento esloveno de Sticna (Kastelic, 1960): Vrhpolje (Kastelic, 1960, lám. I,1; Lozar, 1937) y St. Vid pri Sticni (fig. 7) (Kastelic,

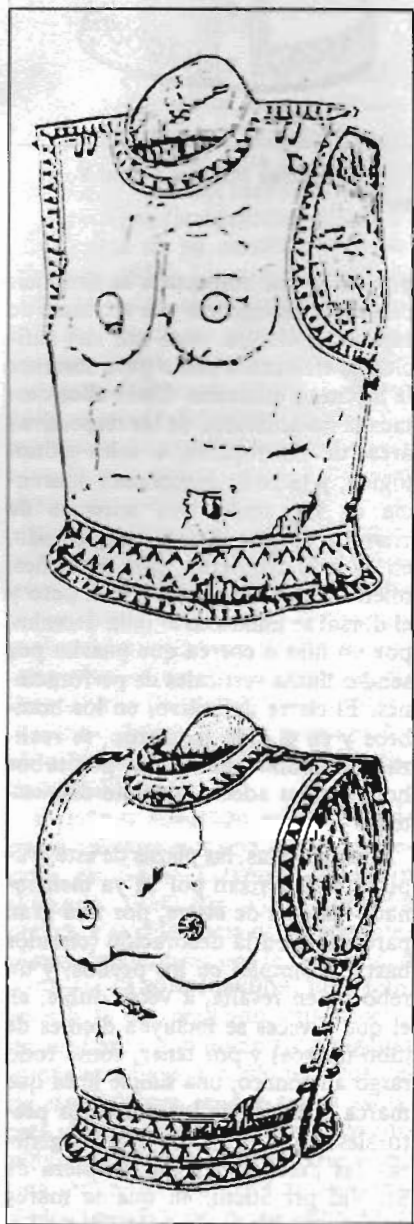


Figura 5. Corazas de Klein-Gein (según Merhart).

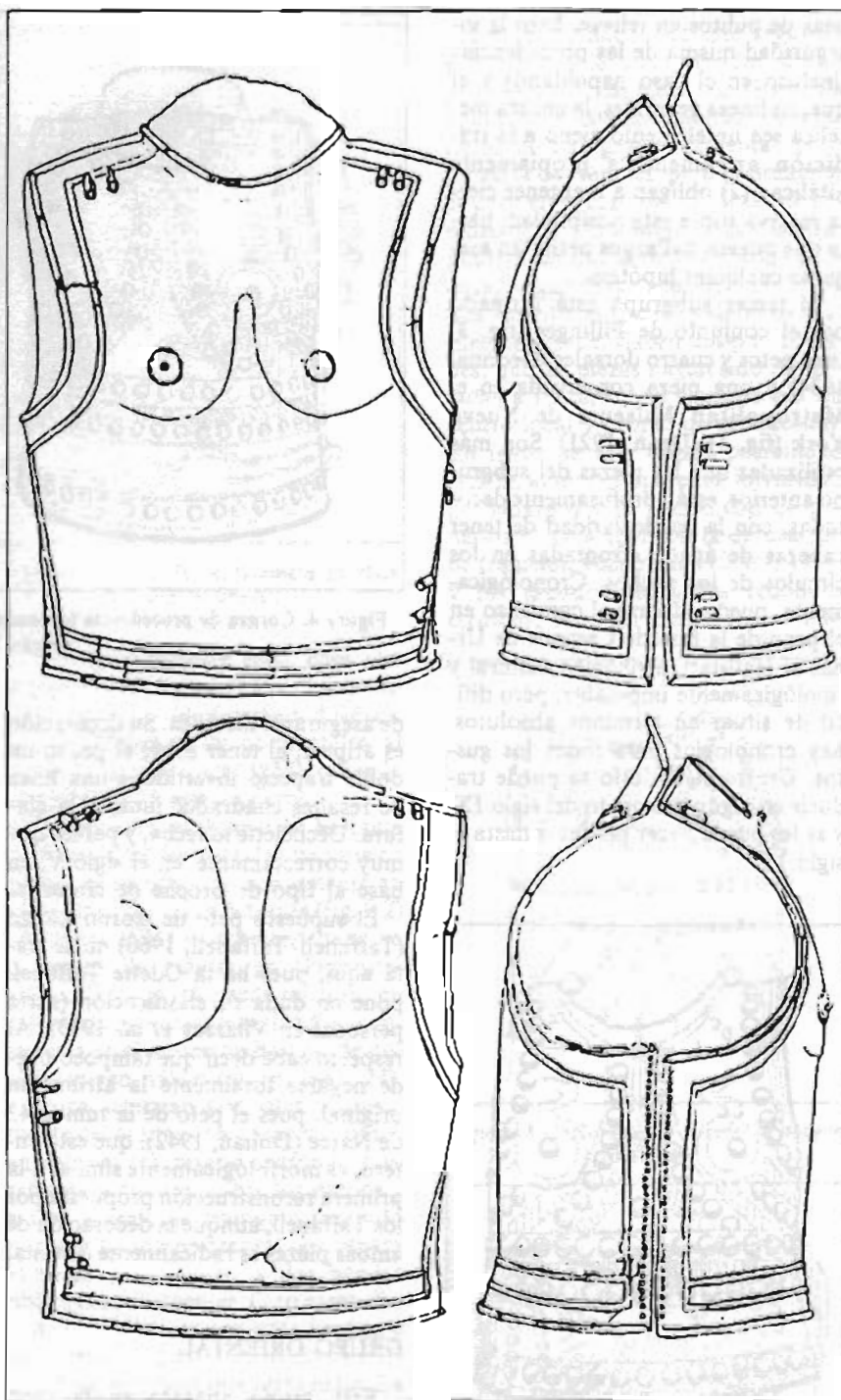


Figura 6. Coraza de Novo-Mesto (según Gabrovec).

1960, lám. I,2; Merhart, 1954, lám. III,3) ésta publicada también bajo la denominación de St. Veit.

Este grupo corresponde a las fases culturales Hallstatt C y D, con distintas cronologías según los autores, pero que con seguridad abarcan desde el siglo VIII hasta finales del V.

Para los autores que más han tratado el tema (Merhart, 1954 y Snodgrass, 1971) este grupo, es claramente posterior al occidental, pero la inseguridad de la datación de aquél impide asegurarlo. Snodgrass (1964, 82) considera que el grupo oriental debe fecharse entre el siglo VI y el V.

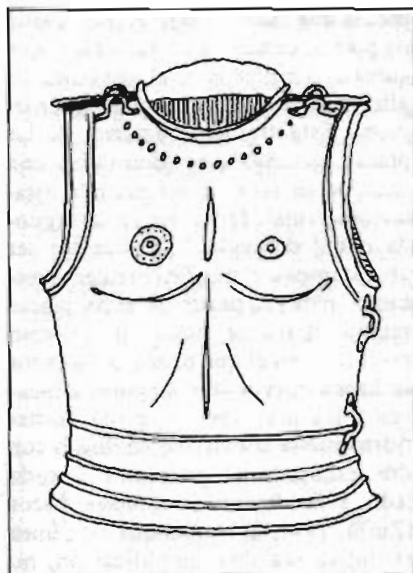


Figura 7. St. Vid pri Sticni (según Merhart, corregido).

LA CORAZA METALICA EN GRECIA

Toda la evidencia apunta a la total desaparición de la coraza metálica en el siglo XIII, en Grecia, coincidiendo con la última fase micénica, previa a su crisis final. Así pues, su reaparición en el siglo VIII (panoplia de Argos) ha planteado la posibilidad de que hubiera una continuidad en la fabricación de corazas metálicas a lo largo del «período oscuro». Snodgrass (1964 y 1971) insiste en la inviabilidad de esta hipótesis y plantea la alternativa de una reintroducción del modelo desde el área nor-balcánica. En el estado actual de los conocimientos, parece que esta hipótesis es la más acertada, y está reforzada por el reconocimiento de contactos entre la Grecia Geométrica y las culturas hallísticas, a su Norte (Foltiny, 1961) (3).

La coraza metálica ha sido tratada *in extenso* por Snodgrass (1964), 71-86, con toda la bibliografía y sólo cabe aquí hacer un resumen, remitiendo a dicho autor para mayor detalle. La coraza acampanada es el modelo metálico, único, desde el siglo VIII hasta finales del VI, en que desaparece. Se tienen referencias textuales y de representaciones para corazas de otro tipo (lino, escamas) para la misma época.

Morfológicamente, las corazas griegas no están cerradas, en esto siguen

el modelo del grupo oriental, y tienen indicaciones anatómicas (aunque geometrizadas, como corresponde al momento) tales como: la línea de los músculos pectorales (generalmente mediante espirales afrontadas), el plexo solar, los omóplatos y la línea alba (fig. 8). Un grupo de corazas votivas de Olympia está decorado con temas figurativos en relieve (Merhart, 1954, lám. II,5).

El abandono, por parte de los griegos, de la costumbre de depositar armas en los ajuares funerarios, hecho que se puede fechar hacia el 700 a. C., ha motivado una cierta escasez de hallazgos, pues las armas depositadas votivamente en los templos (costumbre que perduró bastante más) estuvieron más expuestas al pillaje. Esta relativa escasez de hallazgos se compensa con la abundancia de representaciones.

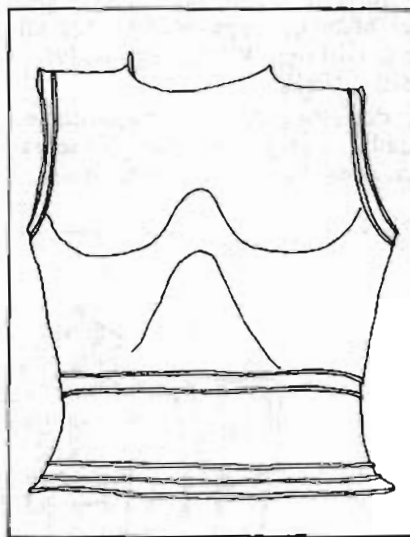


Figura 8. Peto de la coraza de Argos.

Hacia finales del siglo VI la coraza acampanada desaparece, al parecer por razones eminentemente prácticas: obligaba al guerrero a una actitud estática, al no permitirle correr. El abandono de este modelo, no plenamente satisfactorio, coincide con la intensificación de la actividad bélica en el mundo griego a raíz de la expansión persa, y es posible que esta agresión exterior fuera la causante de la necesidad de sustituir el modelo.

Sucede a la coraza acampanada la jónica, que se caracteriza por tener hombreras anchas, peto que se adap-

ta a las líneas anatómicas (dejando libres las articulaciones de las piernas) y faldellín de bandas de cuero (o cuero y metal, las *pteryges*) para proteger los muslos. Este tipo se fecha entre el 520 y el 470 a. C. (Vermeule, 1959). Se conoce solamente por representaciones, y no se puede asegurar que fuese metálica, sólo se menciona aquí porque posiblemente fuera el modelo de las «Muskelpanzer» o coraza anatómica, el siguiente modelo de coraza metálica (fig. 9).

Estas corazas anatómicas reflejan en su modelado la estructura anatómica de la parte del cuerpo que cubren: torso y vientre. La mayor parte de las piezas conocidas proceden de Italia (Snodgrass, 1967) y de representaciones. Parece que su uso estuvo menos extendido que el de otros tipos de coraza de materiales no metálicos. El único caso que he podido rastrear de coraza anatómica aparecida en Grecia procede de una tumba de riquísimo ajuar en Prodrumi (Thesprotia), (Choremis, 1980), fechada en el tercer cuarto del siglo IV. Idéntica datación se da a una coraza del mismo tipo, aparecida, en otra tumba excepcional, en Cariati (Italia) (Guzzo/Lupiani, 1980, 828).

La pieza de Prodrumi plantea una serie de problemas, el mayor de los cuales es la extrañeza que causa la

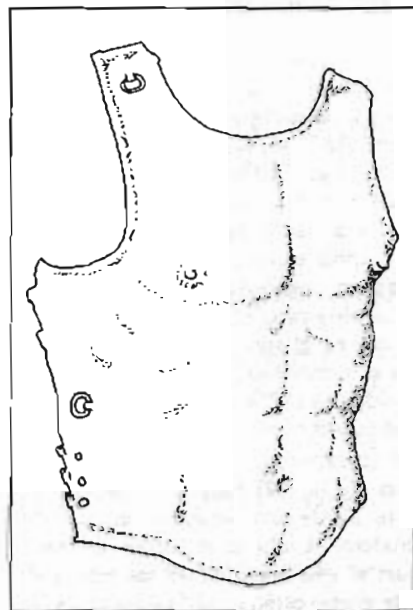


Figura 9. Coraza anatómica griega, aparecida en la zona de Nápoles.

aparición de una tumba con ajuar armamentístico en Grecia (aunque sea el Epiro), en fecha tan tardía, pues este rito ya había desaparecido varios siglos antes.

La época de vigencia de la coraza anatómica es el siglo V, y su perduración en el IV, parece clara a la vista de la cronología de las piezas de Prodromi y Cariati. En todo caso, en el siglo IV, su uso debió quedar más restringido. No parece llegar más allá del tercer cuarto del siglo IV.

A partir de inicios del siglo IV, y hasta el renacimiento augusteo, la coraza metálica prácticamente desaparece, predominando las corazas de cuero con refuerzos metálicos. Eso sí, hay algunas notables excepciones, como la coraza articulada de hierro de la tumba real del Túmulo II de Vergina (Andronikos, 1977, lám. 12), aún prácticamente inédita, y los casos antes citados. Hay referencias al uso de tan sólo el peto (*hemithorakion*) (Snodgrass, 1967, 110), hecho que parece haber estado poco extendido. Esta regresión de la coraza metálica se debe a una combinación de múltiples factores, entre los que cabe destacar la tendencia a basarse en la infantería ligera profesionalizada (Snodgrass, 1967) y el abandono del uso de formaciones de hoplitas.

GRUPO TRACIO

En el área tracia aparece una serie numerosa de corazas acampanadas griegas (Snodgrass, 1964, 75; Merhart, 1954, 48; Danov, 1976, láms. 32 y 56, figs., 103-4; Dimitrov, 1950). Tienen todas las características formales de las griegas: pecho marcado por doble espiral afrontada, línea del vientre, omóplatos rectangulares. Cronológicamente se sitúan, con claridad, en el siglo V, cuando en Grecia este modelo ya estaba en desuso. Snodgrass (1964, 75) sugiere que fueron piezas exportadas desde Grecia al ser ya excedentes, mientras que Merhart (1954, 49) parece inclinarse por la teoría de una perduración local del modelo. Avala la hipótesis de Merhart el que algunas de las piezas de este grupo estén modificadas o tengan características ausentes en piezas griegas.

LA CORAZA EN ITALIA

Ya se mencionó, al tratar del segundo subgrupo del grupo occidental de corazas acampanadas, la posible existencia de un centro de fabricación de este tipo en Italia. Pero hasta que esta posibilidad no se confirme, y a pesar del origen itálico del peto de la tumba 43 de Narce (fig. 10) (Dohan, 1942) (2), será necesario considerar a la coraza metálica como un elemento ajeno a la tradición armamentista italiana, y la aparición de estas piezas como fruto de la importación. De hecho, la evolución de la coraza acampanada y su posterior sustitución por la anatómica en Etruria y Magna Grecia, sigue el mismo esquema evolutivo y cronológico que en Grecia, por lo cual se interpreta que las corazas italianas son un producto más del contacto con Grecia, dentro del contexto general de la asimilación en Etruria de la panoplia hoplítica griega, hecho que se puede fechar hacia finales del siglo VII (Snodgrass, 1967 y Stary, 1981).

Por otra parte, en Italia existe una tradición propia de coraza. No se trata, como hasta ahora se ha visto, de

piezas que cubran todo el torso, sino de piezas, cuadradas o redondas, que cubrían simplemente el corazón, de allí su denominación como *guardacuori*. Esta tradición arranca de las placas rectangulares (decoradas con círculos en relieve) del período vilanoviano final, fechables en la segunda mitad del siglo VIII, que sin ser abundantes están suficientemente testimoniadas. A partir de estas placas rectangulares se inicia un proceso evolutivo, en el que primero los lados se hacen curvos (los menores cóncavos y los mayores convexos), posteriormente se convierten en discos con dos escotaduras circulares a cada lado, y finalmente en simples discos (Zuffa, 1976, 281). Aunque esta línea evolutiva sea una simplificación, no deja de ser ilustrativa.

Los *guardacuori* rectangulares son casi exclusivos de la Península Itálica, aunque han aparecido dos piezas muy similares (aunque decoradas con bandas de puntos en relieve) en las tumbas 465 y 469 de la necrópolis epónima de Hallstatt (Kromer, 1959, láms. 80.1 y 82.2) fechables en el primer período de la misma (800/750-600 a. C.).

Los discos-coraza, con o sin esco-

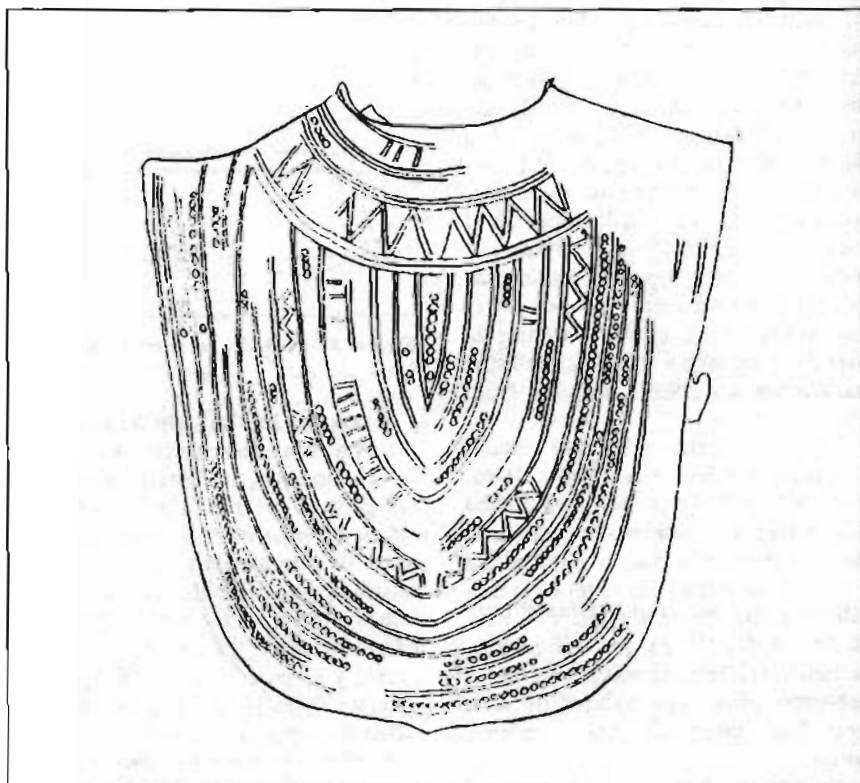


Figura 10. Peto de Narce (según foto de Dohan).

taduras laterales, aparecen por parejas, uno para el pecho y otro para la espalda. Están decorados con una orla de cabezas de clavo semiesféricas y animales fantásticos, realizados mediante la técnica de repujado. Se llevaban sobre una correa en bandolera, como puede verse en la famosa estatua del «guerrero de Capistrano» (L'Aquila), (Moretti, 1936), y en la tumba 388 de la Zona D^{IV} (fig. 11) de la necrópolis de Alfedena (L'Aquila),

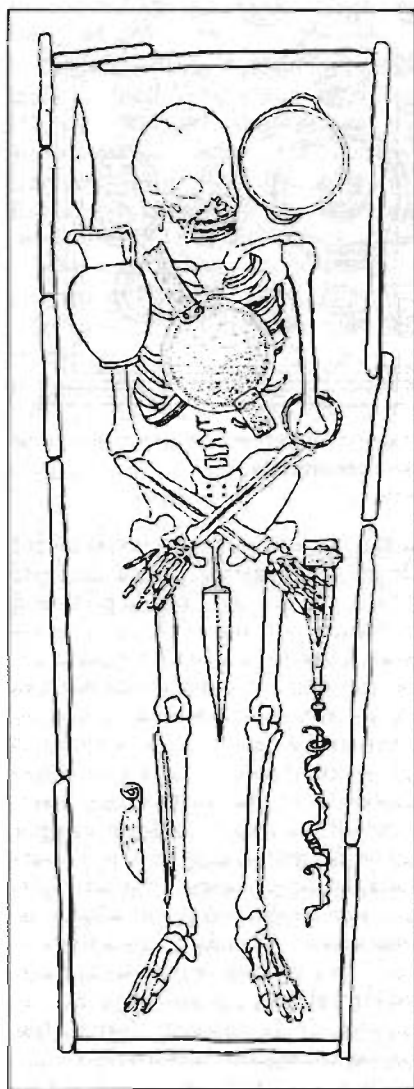


Figura 11. Tumba 388 de la Zona D^{IV} de Alfedena (según Mariani).

(Mariani, 1901, fig. 75), en la que un disco coraza apareció *in situ* en una inhumación de guerrero. En la zona del Piceno se desarrolló una variedad en la que la correa era metálica.

El período de vigencia de estos dis-

cos-coraza o *guarda-cuori* acaba en el siglo V. A pesar de su origen vilanoviano, aparecen más frecuentemente en la periferia del área etrusca (Piceno, Abruzzos, Etruria meridional) que en Etruria misma (Colonna, 1972; Stary, 1981). Fuera de la Península Itálica, tan sólo conozco un caso de disco-coraza de tipo itálico: apareció en la tumba 90 de Aléria (Jehasse/Jehasse, 1973, 455); se trata de un disco-coraza con correa metálica y puede fecharse en el primer período de esta necrópolis (500-340), período caracterizado por intensos contactos con la Península Itálica.

Stary (1981, 69, nota 415-6) apunta a la existencia de tipos parecidos al disco-coraza italiano en la zona asiria, aunque no parece existir una relación causal entre ambas áreas en este aspecto.

Como curiosidad, pues es pieza única, debe mencionarse una pareja de *guarda-cuori* rectangulares (30 x 27 cm) suritálica, ahora en el museo universitario de Newcastle upon Tyne (Foster, 1978, 10), por cuanto evidencia un entrecruzamiento de tradiciones culturales. El tipo rectangular es de tradición itálica, pero toda su superficie está ocupada por indicaciones anatómicas, bastante exactas, que lo relacionan con las corazas anatómicas griegas coetáneas, pues esta pieza puede fecharse en el siglo V.

En el siglo IV se extiende la coraza triangular samnítica (fig. 12), que consta de dos placas (peto y dorsal) en forma de triángulo invertido. Estas placas están configuradas por tres discos (uno sobre cada pecho y otro sobre el vientre), están unidas por dos hombreras rectangulares y otras dos piezas laterales (Weege, 1909). Este tipo de coraza aún no está sistematizado: algunos carecen de hombreras y se colocaban mediante correas cruzadas sobre el pecho, otros sustituyen el disco inferior por una cabeza de Atenea Parthenos, tocada con un casco ático de triple cimera. La pieza prototípica apareció en la tumba 169 de la Zona C^{II} de la necrópolis de Alfedena (Mariani, 1901, 502, fig. 78), y las piezas con la cabeza de Atenea aparecieron en Ruvo (Weege, 1909, figura 21) y en Ksour-es-Saf (Túnez) (Kimmig, 1970/1, lám. 6) (4). El área de dispersión de este tipo de coraza

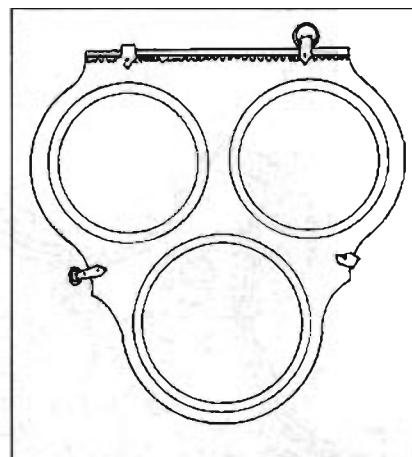


Figura 12. Coraza samnítica.

parece abarcar desde los Abruzzos hasta Sicilia. Su cronología está por determinar, pues aunque generalmente se los fecha en los siglos IV-III, nada puede asegurarse al respecto.

LA CORAZA EN LA PENINSULA IBERICA

El tema de la coraza en la Península Ibérica ha sido prácticamente ignorado, hecho algo extraño cuando se considera el número y la calidad de los hallazgos. Tan sólo han sido considerados (y poco) el peto de Calaceite (Teruel) y los dos discos-coraza de Aguilar de Anguita (Guadalajara), pero no son ni mucho menos los únicos. Las piezas conocidas son:

Peto:

- a) Calaceite (Teruel) (Cabré Aguiló, 1942) (fig. 13).

Discos-Coraza:

Bronce:

—Aguilar de Anguita (Guadalajara).

- b) Tumba A (Cerralbo, 1916, lám. 8,1) diám.: 18 cm (figura 14).
- c) Tumba B (Cerralbo, 1916, lámina 8,2) diám.: 19 cm.
- d) Sin contexto (Cerralbo, 1916, 35).

—Solivella (Alcalá de Chivert, Castellón).

- e) Superficie (Fletcher, 1965, lámina 7).

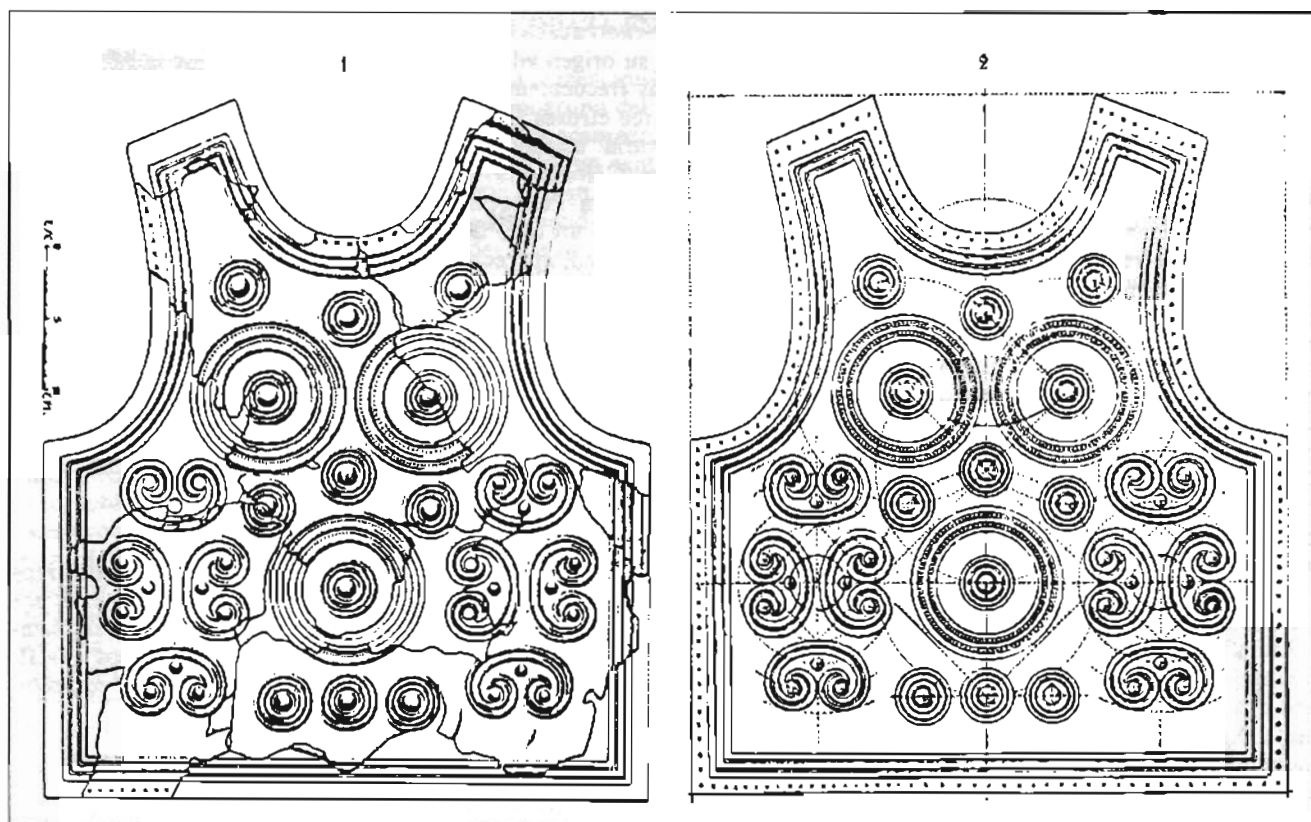


Figura 13. Peto de Calaceite (según Cabré). 1) Dibujo; 2) Ensayo de reconstrucción.

f) Tumba 14 (Fletcher, 1965)

diámetro: 20 cm.

g) Tumba 27 (Fletcher, 1965).

—El Puig (Benicarló, Alicante).

h) Tumba 9 (Meseguer/Giner, 1983).

i) Tumba 10 (Meseguer/Giner, 1983, 44) diám.: 17 cm.

—Cova Monja (Mallorca) (Cabré de Morán, 1948).

Hierro:

—La Osera (Chamartín de la Sierra, Avila).

k) Zona VI, tumba 350 (Cabré *et al.*, 1950, 130, lám. 54) diám.: 26 cm.

—Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia).

l) Tumba 120 (Nieto, 1944, 171, lámina 23) diám.: 15 cm.

Escultura:

m) La Alcudia (Elche, Alicante) (Ramos, 1950, fig. 1).

n) Porcuna (Jaén) (García y Bellido, 1980, fig. 180).

p) Casas de Juan Núñez (Albacete) (Inédito).

q) Llano de la Consolación (Albacete) (Inédito) (5).

Como seguras se pueden considerar las piezas a, b, c, k, l, m, n, p y q; como muy probables: f, h, i; de j no se dispone de documentación; b no es fácilmente clasificable; e está muy fragmentado, al igual que g, la cual, además, se integra en un grupo numerosísimo de fragmentos de bronce procedentes con toda seguridad de algún tipo de recipiente, por lo que se debe ser muy cauto con ellos hasta tanto no hayan sido revisados.

El peto de Calaceite: (fig. 13) apareció en una tumba «de guerrero» de riquísimo ajuar (Cabré Aguiló, 1942), pero hoy prácticamente perdido, excepto el *thymiaterion* (Lucas, 1982). Se trata de un peto de bronce decorado mediante repujado, en mal estado de conservación. Hoy en día está depositado en el Museo de Mahón (Ibiza).

El borde externo está perforado por una línea continua de puntos, segura-

mente para adherirle un revestimiento de materia orgánica o para unir este peto a una prenda. Toda la pieza está bordeada por una triple línea en resalte, a modo de marco para la decoración. Esta está constituida por tres discos (dos sobre los pechos, el tercero en medio de la zona del vientre) de 11 cm de diámetro cada uno y formando todos ellos un triángulo invertido; estos discos están formados por un botón central con tres líneas en resalte, un espacio vacío y otros tres círculos en resalte con puntillado en sus intersticios. Además de estos tres discos, hay otros nueve (iguales al motivo central de los discos mayores) dispuestos de la siguiente forma: tres bajo el collar, tres entre los discos mayores y otros tres bajo el disco inferior. A ambos lados del disco inferior hay sendos grupos de cuatro peltas afrontadas por su parte cerrada.

No hay paralelos exactos para esta pieza, ni como tipo, ni decorativamente. Los discos con botón central (los pequeños) son relativamente comunes en el bronce repujado peninsular (por ejemplo: las piezas b, g, i, del

inventario) y extra-peninsular. Los grupos de cuatro peltas pueden paralelizarse con un motivo similar, pero no igual, presente en cinturones de bronce repujado de Hallstatt (tumba 696, Kromer, 1959, lám. 125, fechado entre el 600 al 500 a. C.); aunque no es un tema común, parece hallstático, pues no aparece en el arte de las culturas de La Tène (Lenerz de Wilde, 1977). En cuanto a la composición, los tres discos formando un triángulo invertido recuerdan a la coraza samnítica, pero el paralelismo se queda en eso.

Puede concluirse que esta pieza, al igual que la de la tumba 43 de Narce (Dohan, 1942), es un *unicum*, una pieza fabricada al margen de cualquier tradición que no sea la pieza misma. Es lógico suponer el deseo de un gran personaje por tener una coraza, y que el fabricante le inventase una prácticamente *ex novo*.

Respecto a la cronología, cabe recordar que Lucas (1982, 22) fecha el *thymiaterion*, por analogía con el de Couffoulens, hacia el 560-540 a. C. No es una fecha disparatada para una coraza metálica, pero de confirmarse la relación entre el peto de Calaceite y las corazas samníticas (cuya fecha, por otra parte, no está clara), habría que bajar esta datación. En todo caso, no creo que sea posterior al siglo V.

Los discos-coraza: Ha resultado ser una sorpresa la abundancia de piezas de este tipo en la Península Ibérica, lo que demuestra que el tipo, como tal, estaba plenamente asimilado. El que la mayor parte de las piezas procedan del área ibérico-levantina (e, f, g, h, i, l, m, n, p, q) demuestra a su vez que el tipo era relativamente común en dicho área y que fue allí donde se integró. Respecto a las piezas de la Meseta (b, c, d, k) creo que tan sólo pueden ser consideradas importaciones, pues son muy pocas las tumbas en que aparecieron (y no olvidemos que se conoce mucho mejor el ajuar metálico de las culturas de la Meseta que el de las tumbas ibéricas).

Muy probablemente, los discos-coraza ibéricos deriven de algún modo de los itálicos, aunque difieran en algunos aspectos. Esta derivación demuestra que, al igual que con muchos otros elementos, la asimilación no fue mecánica, sino que se adoptó, como

mucho, la idea, adaptando la realización a las propias necesidades.

Gracias a las piezas escultóricas, no hay ninguna duda respecto a la forma en que se portaban estas defensas: se llevaban colocados sobre el centro del pecho y de la espalda, colgando de correas que pasaban sobre cada hombro y reforzadas a veces con una pieza metálica (a diferencia de las itálicas, que se llevaban en bandolera) y sujetas en los costados mediante una cinta. Es posible que, al menos algunos de los discos conservados, fueran montados sobre algún tipo de material que los reforzara, pues las piezas i y f (las mejor conservadas del área ibérica) sólo tienen, según sus excavadores, una perforación central, rasgo que tienen en común con d (6).

Todas las piezas de bronce están decoradas con motivos geométricos realizados por repujado. El que los motivos sean geométricos los diferencia de los discos-coraza itálicos, donde la técnica es similar, pero los motivos son animales fantásticos. El único caso peninsular de decoración figurativa es la cabeza de lobo de la pieza de Elche (m). Se debe destacar que las piezas de la tumba A de Aguilar de Anguita (b) (fig. 14) y de la tumba 10 del Puig de Benicarló (i) lleven el mismo motivo: una cruz de malta con disco central y discos entre los brazos. Otro motivo único, claramente identificado, es el de la pieza de la tumba B de Aguilar de Anguita (c): varios círculos concéntricos, un espigado y óvalos radiales. Por otra parte, Schüle (1969, 118) destacó el paralelismo entre el espigado de los aros del *thymiaterion* de Calaceite y el de los discos-coraza de Aguilar de Anguita.

Respecto a las dos piezas de hierro (k, l) cabe señalar el gran paralelismo entre ellas (excluyendo las medidas). El que sean las dos únicas piezas de este tipo fabricadas en hierro es, en sí mismo, un hecho destacable. Ambas están bordeadas de perforaciones, y ambas se asocian con placas de bronce bañado en plata y que representan un águila atacando a otro animal.

Aunque Cabré (Cabré *et al.*, 1950, 187) consideró que estas placas correspondieron al cinturón, el que las placas siempre se asocian a discos-coraza plantea la posibilidad de que la primera interpretación (Cabré de

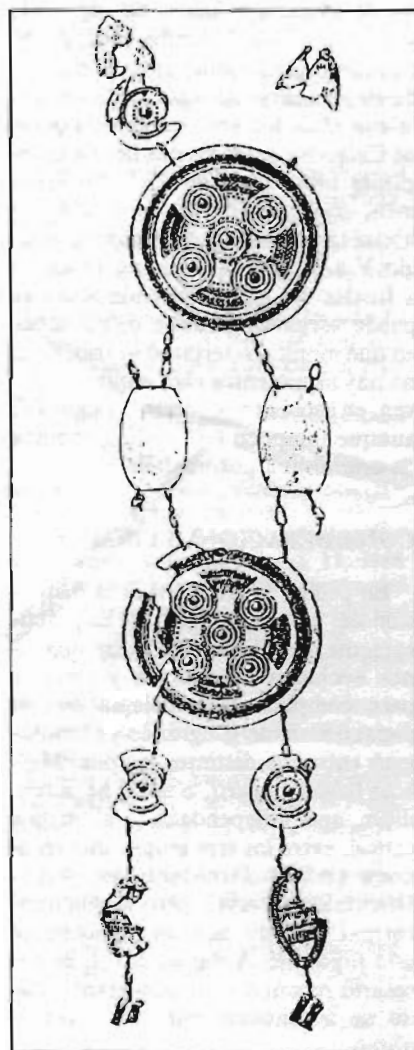


Figura 14. Disco-coraza de la Tumba A, de Aguilar de Anguita (según Schüle).

Morán, 1948), cuando pensó que formaban parte del correa de la coraza, no estuviera del todo desencaminada.

Respecto a la cronología, resulta, como siempre, difícil determinar con exactitud. Blázquez (7) fecha el conjunto de Porcuna hacia el 420 a. C.; Flétcher (1965) y Meseguer/Giner (1983) fechan las necrópolis de la Solivella y El Puig hacia el 430/425, aunque a la vista de algunos materiales (especialmente la espada de la tumba 27 de la Solivella, y otros, que se pueden fechar sin problemas en el siglo VI) dicha datación debiera ser elevada, aunque una fecha en el siglo V conviene muy bien al broche de cinturón de tres garfios que se asocia con la pieza i. Schüle (1969, 115) fecha el casco corintio de la tumba A de Agui-

lar de Anguita a finales del siglo VI, y el conjunto de la tumba en el V. De admitir el paralelismo entre el espigado de las piezas de Aguilar de Anguita con el de los aros del *thymiaterion* de Calaceite, también nos lleva a la segunda mitad del siglo VI. En resumen, creo que los discos-coraza peninsulares deben ser fechados en el siglo V a. C. Quizá, tuvieron su inicio a finales del siglo VI, aunque no se puede asegurar. Resulta difícil saber en qué momento terminó su uso, pues no hay argumentos claros que nos lleven, en este caso concreto, al siglo IV, aunque tampoco hay nada en contra de esta última posibilidad.

CONSIDERACIONES FINALES

En primer lugar, destaca la dispersión del panorama general. Es prácticamente imposible establecer una línea evolutiva continuada y clara, y para complicar el problema está el distanciamiento geográfico y cronológico entre los distintos grupos. Merhart llega a sugerir, o así le he entendido, una independencia, al menos causal, entre los tres grupos que reconoce (Alpes Occidentales, Alpes Orientales, Grecia), pero la similitud formal impide aceptar plenamente esta hipótesis. Aunque, eso sí, es necesario reconocer un importante grado de autonomía entre los diversos grupos.

A mi modo de ver, la coraza refleja un estadio evolutivo de la sociedad, en la que ésta se estructura sobre claros esquemas aristocráticos. El tema no puede ser analizado más que desde este punto de vista. Esto explicaría los grandes saltos geográfico-cronológicos, de tal forma que la coraza metálica, dada su naturaleza, aparece tan sólo en aquellos momentos y puntos en que se ha formado una aristocracia potente y rica que sienta la necesidad de disponer de este tipo de armamento; por contra, y a modo de hipótesis de comprobación, donde no existieron las condiciones sociales objetivas, no aparecen corazas. Todo ello no implica necesariamente que la formación de una gran aristocracia conlleve la aparición de corazas (es el caso de la rica y principesca sociedad del Hallstatt final del norte de Francia), pero examinando los casos y zonas en que aparecen corazas, se ve que

cumplen las condiciones de la hipótesis. En Grecia aparecen en las épocas micénica y geométrica final, los momentos más aristocráticos de su historia, y si perduran en épocas posteriores, ello no invalida la hipótesis, en parte porque la componente aristocrática fue siempre importante y en parte por el tradicionalismo inherente a la panoplia griega: de hecho, las sociedades democráticas (y en Grecia, esta democracia es relativa) suelen remedar los patrones de comportamiento de las aristocráticas (8); en la zona danubiana y norbalcánica aparecen en contextos culturales asociados a grandes tumbas principescas y de riqueza general, como son el final de la Edad del Bronce (fases Reinecke Bronce D y Ha.A-1) y el final de la época hallstática (fases D-E); en la Península Itálica las corazas aparecieron durante el período vilanoviano final y el subsiguiente esplendor etrusco; y en la zona occidental, se testimonian en una época que, aun siendo peor conocida que las anteriores (paso de la fase Campos de Urnas a Hallstatt), no puede ser considerada pobre. Este último punto es el más problemático.

En todo caso, queda por explicar el mantenimiento de las características formales comunes. En parte se puede explicar por una identidad funcional de todas las piezas que originaría una convergencia de sus rasgos formales, pero parece difícil no aceptar que efectivamente existiera una cierta continuidad y conexión entre los distintos grupos, aunque no resulte factible, por el momento, establecer el cómo de esta interrelación. Tampoco se explica la ausencia de corazas en grupos culturales que tuvieron las condiciones para su aparición. Los criterios para determinar por qué en unos casos sí, y en otros no, aparecen corazas en sociedades aristocráticas, se nos escapan totalmente. En todo caso, resulta grato constatar, al menos, un aspecto en el que se dejan de lado los modelos difusionistas para intentar una aproximación distinta al estudio y comprensión del pasado, y observar que el modelo difusionista no es tan radicalmente necesario como a veces lo parece. Y eso que, con un mínimo de ajuste, se puede montar una explicación del fenómeno de la coraza ajustada al modelo difusionista.

El fenómeno general de la desaparición casi total de la coraza metálica, con las excepciones del modelo samnita y los casos ya citados, a finales del siglo V, ha sido relacionado por Snodgrass (1967), para el caso griego, con la progresiva profesionalización de la guerra y el abandono del hoplitismo (ejército de ciudadanos) por los mercenarios. Para Grecia, la explicación es válida, pero el fenómeno es general en toda la cuenca mediterránea, y debe existir una explicación general que abarque el conjunto de la problemática. Ampliar la explicación de Snodgrass a toda la cuenca mediterránea parece algo arriesgado, y por ahora no se tiene preparada una hipótesis alternativa. Tan sólo se puede constatar que la desaparición de la coraza metálica coincide con el reordenamiento general de Europa (crisis de las aristocracias dominantes) que marcará el cambio de la fase Hallstatt a la de La Tène (por utilizar la algo esquemática periodicidad general) en Europa y el paso al helenismo en Oriente. Por este camino deberá orientarse la búsqueda de la explicación del fenómeno apuntado.

Respecto a la Península Ibérica, cabe resaltar que participa de la problemática general, si bien no le afecta el desarrollo de la coraza acampanada (o más propiamente: de la coraza metálica de dos partes y torso entero). En el momento en que se produce un estadio evolutivo avanzado con gran concentración de riqueza, como es el ibérico, aparecen las corazas. Debe resaltarse el hecho de que el modelo adoptado, aunque se transforme, sea de procedencia itálica, y además un modelo propio del área periférica del mundo etrusco, y no otro de los existentes en el mundo mediterráneo. Esta exclusividad en el modelo indica una clara relación entre el área ibérica y la zona mencionada de Italia, relación lo bastante fuerte como para imponer su modelo y excluir los demás. El que se transformase sustancialmente el modelo, originando un tipo diferente, es muy revelador respecto a la mecánica de transmisión de elementos culturales: lo que se adopta es la idea, el modelo, pero desde el primer momento se la transforma para adaptarla a las necesidades o gustos propios del receptor, quien in-

tegra así al elemento foráneo en su propia estructura cultural. En otras palabras, no existe una aculturación pasiva por parte de los receptores, sino todo lo contrario.

El que en la Península tampoco puedan fecharse corazas en el siglo IV demuestra que también participó de la causa general que motivó la desaparición de la coraza metálica en el resto del área mediterránea, aunque desconociendo la causa, es imposible saber de qué manera afectó a las culturas peninsulares.

NOTAS

(1) Por ejemplo: son de una cronología similar las «Griffzungenschwerter» centro-europeas, y la espada de tipo Pépinville, aparecidas en Egipto (espadas: Wolf, 1926; cronología: Schauer, 1971).

(2) El único caso aparecido en un contexto claramente itálico es el peto de la tumba 43 de Narce, en el Ager Faliscus, fechable hacia el 800, o algo antes (Dohan, 1942). Esta pieza está profusamente decorada con puntillado repujado, en la más pura tradición vilanoviana. Pero nada tiene que ver con las corazas acampanadas: cae sobre el pecho a modo de poncho y no cierra por los lados. Es un *unicum*, desvinculado de cualquier tradición tipológica.

(3) Aunque también es necesario reconocer que no todos los autores admiten la interpretación de Foltiny.

(4) La pieza de Ksour-es-Sak es la única pieza de armamento corporal aparecida en el área cartaginesa. Se interpreta como importación de Italia.

(5) Comunicación oral de Encarnación Ruano, a quien agradezco sus indicaciones.

(6) Debo advertir que la publicación de estas piezas no es completa, y que sería necesario revisarla.

(7) Comunicación oral al Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte (Salamanca, 30 de mayo-5 de junio de 1984).

(8) Aquí se podrá objetar que la coraza metálica está indisolublemente unida al concepto de hoplita, y éste, a su vez, al de «ciudadano guerrero». Snodgrass (1964) se ocupa de corregir este error: en la panoplia hoplítica había, eso sí, coraza, pero no necesariamente metálica, y el gran momento del hoplismo (fines siglo VI - siglo V) coincide con el principio del fin de la impráctica coraza metálica, que fue la sustitución del modelo acampanado por el anatómico.

BIBLIOGRAFIA

M. Andronikos: «Vergina. The royal graves in the great tumulus» *AAA* 10, 1977, págs. 40-72.

J. Cabré Aguiló: «El thymiatieron céltico de Calaceite» *AEArq* 15, 1942, págs. 181-198.

J. Cabré Aguiló; M.^a E. Cabré de Morán; A. Molinero Pérez: *El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Acta Arqueológica Hispánica V (Madrid 1950).

M.^a E. Cabré de Morán: «Los discos-corazas en ajuares funerarios de la Edad del Hierro en la Península Ibérica» IV Congreso del SE. Español, Elche, 1948, págs. 186-190.

J. Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo: *Las Necrópolis ibéricas* (Madrid, 1916).

J. Chadwick: *El mundo micénico*. Alianza Universidad 204 (Madrid, 1976).

A. Choremis: «Metallic armour from a tomb at Prodomi in Thesprotia» *AAA* 13, 1, 1980, págs. 3-20.

G. Colonna: «Su una classe di dischi-coraza centro-italia» *Aspetti e Problemi dell'Etruria interna. Atti dell'VIII Convegno Nazionale di Studi Etruschi*, Orvieto, 1972 (ed. 1974), páginas 193 y ss.

Courbin: *BCH*, 1957.

Ch. M. Danov: *Alithrakien* (Berlín, 1976).

Dean: *Handbook of Arms and Armour*, Metropolitan Museum. (New York, 1921), pág. 26.

Déchelette: *Manuel d'Archeologie, préhistorique, celtique et Gallo-romain* IV (Paris, 1927).

Deonna: «Les cuirasses hallstattiques de Fillanges», *Préhistoire* 3, 1934, págs. 93-193.

D. Dimitrov: «Trouvailles funéraires de Dalboki, Arr. de Stara-Zagora» (Búlgaro con traducción francesa) *Fouilles et Recherches* 4, (Sofía), 1950.

E. H. Dohan: *Italic Tomb Groups in the University Museum* (Philadelphia, 1942).

Fletcher Valls: *La necrópolis de la Solivella*, Trabajos varios del SIP 32 (Valencia, 1965).

S. Foltiny: «Athens and the East Hallstatt Region: Cultural Interrelations at the Dawn of the Iron Age» *AJA* 65, 1961, págs. 283 y ss.

P. Foster: *Greek Arms and Armour*. The Greek Museum. University of Newcastle upon Tyne (1978).

S. Gabrovec: «Grob z oklepom iz Novega Mesta» *Situla* 1, 1960, págs. 29-30.

A. García y Bellido: *Arte Ibérico en España* (Espasa-Calpe, Madrid, 1980).

P. G. Guzzo y S. Lupiano: «Per l'archeologia dei Brezi», *Melanges de l'École Française de Rome-Antiquité* 92, 1980, págs. 821-914.

J. y L. Jehasse: *La nécropole préromaine d'Aléria*. Suppl. XXV a *Gallia* (Paris, 1973).

J. Kastelic: «Nov tip Halstatskega diadema v Sloveniji (A new type of diadem from the Hallstatt period in Slovenia)» *Situla* 1, 1960, págs. 3-26.

W. Kimmig: «Zu einer verzierter Latène-Schmuckscheibe von Stedeborgen, Kr. Verden/Aller» *Bericht der RGK* 51-2, 1970-1, páginas 147-175.

K. Kromer: *Das Gräberfeld von Hallstatt* (Firenze, 1959).

M. Lerner de Wilde: *Zirkelornamentik in der Kunst der Latènezeit*. Münchner Beiträge zur Vor- und Frühgeschichte 25 (München, 1977).

R. Lozar: «Bronasti oklep z Vrhpolja pri Sticni» *Glasnik Muzejskega društva za Slovenijo* 8, 1937.

R. Lucas Pellicer: «El thymiatieron de Calaceite (Teruel)» *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 16 (diciembre 1982), págs. 20-28.

L. Mariani: «Aufidena. Ricerche Storiche ed Archeologiche nel Samnio Settentrionale» *Mon. Ant.* 10, cols. págs. 225-638.

M. von Merhart: «Panzer Studien» *Origines. Raccolti di scritti in onore di Mons. Giovanni Baserga* (Como, 1954).

V. Meseguer Folch y V. Giner Sospeda: *La necrópolis ibérica del Puig de Benicarló. Cuadernos de Historia y Arqueología de Benicarló* 3, 1983.

Moretti: *Il guerriero italico di Capistrano* (Roma, 1936).

G. Nieto Gallo: «La necrópolis hispánica del Cabeceo del Tesoro, Verdolay (Murcia)» *BSAA* 10, 1944, págs. 165-175.

Novotny: *Sbornik Filozofickej Fakulty University Komenského* (Bratislava), 17, 1966.

R. Pagenstecher: «Die Neuerwerbungen des Hamburgischen Museums für Kunst und Gewerbe», *AA* 32, 1917, págs. 55 y ss.

Paulik: *Bericht der RGK* 49, 1968, págs. 41-61.

Ramos Folqués: «Hallazgos escutóricos en La Alcudia de Elche» *AEArq* 23, 1950, págs. 353-360.

Schauer: «Die Schwerter in Süddeutschland, Österreich und der Schweiz. I.» *Prähistorische Bronzefunde* Bd. IV, 2 (München, 1971).

W. Schmid: «Die Fürstengräber von Kleingrün in Steiermark» *Prähistorischer Zeitschrift* 24, 1933.

W. Schüle: *Die Meseta-Kulturen der Iberischen-Halbinsel*. Madrider Forschungen 3 (Berlín, 1969).

A. Snodgrass: *Early Greek Arms and Armour* (Edinburg, 1964).

A. Snodgrass: *Arms and Armour of the Greeks* (Thames and Hudson, London, 1967).

A. Snodgrass: «The first European Body-Armour», *The European Community in Later Prehistory. Studies in Honour of C. F. C. Hawkes* (1971), págs. 31 y ss.

P. F. Stary: *Zur eisenzeitlichen Bewaffnung und Kampfesweise in Mittelitalien*. Marburger Studien zur Vor- und Frühgeschichte 3 (Marburg, 1981).

O. y J. Taffanel: «Deux tombes de chefs à Mailhac» *Gallia* 18, 1960.

Verdelis: «The Metal Finds» en P. Astrom et al., «The Cuirass Tomb and other Finds at Dendra I» *SIMA* IV, 1977.

C. C. Vermeule: «Hellenistic and Roman Cuirassed Statues» *Berytus* 13, 1959, págs. 1-82.

S. Vilaseca; J. M.^a Solé; R. Mañé: «La necrópolis de Can Canyis» *TP* 8, 1963.

F. Welge: «Bewaffnung und Tracht der Oskén» *JdI* 24, 1909, págs. 141-162.

Wolf: *Die Bewaffnung des altägyptischen Heeres* (Leipzig, 1926) (Reedición fotomecánica: Leipzig, 1978).

Zuffa: en *Popoli e Civiltà dell'Italia Antica* 5 (1976).

COLECCION DE TERRACOTAS GRIEGAS Y PUNICAS

María Pilar SAN NICOLAS PEDRAZ

En este breve trabajo vamos a estudiar, analizar y comparar una serie de terracotas que fueron subastadas en el mes de noviembre de 1983, en Madrid (1).

La palabra *terracotta*, de origen italiano, se usa en otras lenguas desde el Renacimiento, para designar varios productos de arcilla más o menos depurada y compacta, cocida hasta conseguir un color rojizo o amarillento y carente de recubrimiento de esmalte o vidriado, aunque generalmente pintada con colores vivos, aplicados antes o después de la cocción (2).

El nombre de terracota se usa también, de un modo específico, como denominación de las estatuillas de barro, que en gran número fueron elaboradas por los pueblos antiguos, especialmente los griegos. En Grecia la fabricación de estas figuras constituyó, al igual que la de los vasos pintados, una industria artística, que dio a los que la ejercitaban el nombre de *Κοροπλάται* (coroplastas), que significaba modeladores de muñecas; esta denominación vendría dada por los primeros o los más famosos productos, que debieron ser muñecos para niños (3). No se trataría de un oficio importante, sino de un artesanado modesto, y por la abundancia y bajo precio del material iría destinado a gente sencilla (4).

Las figuritas de terracota se conocen en Grecia desde tiempos prehistóricos, pero no llegaron a sobresalir por su calidad hasta la época crético-micénica. A partir del año 800 a.C., y durante todo el período arcaico, se fabricaron gran cantidad de figuritas que representaban dioses, músicos,... coincidiendo en el estilo con las grandes esculturas de esta época. En los siglos V y VI a.C. el apogeo del arte aten-

niense se ve reflejado en los objetos de barro cocido, sobre todo por la perfección de la figura humana. Entre los diversos y múltiples talleres de coroplastas que existieron, como los de Kersoneso (Crimea), Olinto, Eretria, Atenas, Corinto, Delos, Tarso, Agrigento,...(5), sobresalieron los de Tanagra (Beocia) (6), cuya perfección de estilo y de técnica han servido para que este nombre se convirtiera en un término genérico, con el que designar las estatuillas de barro cocido, sea cual fuere el país de que procediesen y la época a la que pertenecieron.

Anteriormente a la mitad del siglo XIX apenas existían en los museos y colecciones privadas de Europa unas pocas terracotas. El interés de coleccionistas y conservadores se centraba en las estatuas de bronce y de mármol, y sobre todo en los vasos pintados, que desde hace dos siglos tienen gran atención por parte de los arqueólogos.

A partir de 1850, con los primeros descubrimientos de figuras en los yacimientos de Cirenaica, Tarsos, Asia Menor, Gran Grecia, Rodas, Tarento, Sicilia, Cartago, etc., tanto los investigadores como los coleccionistas se fueron interesando por este arte menor, empezando en los mercados de Grecia, Turquía, Italia y París un comercio activo de estas pequeñas obras de arte, de las cuales gran parte engrosaron los museos de Europa, Asia, África y América; otras se encuentran todavía en colecciones particulares y de las que, a veces, no tenemos incluso información (7).

Esta pequeña colección que hoy presentamos, posiblemente fue reunida por un amante de la antigüedad a finales del siglo pasado, proceden del

Atica, Jonia y de las colonias griegas, tal como la Cirenaica (en África) (8).

TECNICAS DE FABRICACION

Primeramente se seleccionaba el barro (9) (la arcilla empleada en estas piezas, está bastante depurada, siendo de color ocre claro rojizo, y observándose incrustaciones pequeñas de mica). Se modelaba la figura en arcilla, con este modelado denominado arquetipo o *patriz*, donde a veces se realizaban diversos retoques para obtener pequeñas variantes; se obtenían diversos moldes o *matrices*, colocando la arcilla todavía fresca sobre el arquetipo y presionando para que tomara la forma de la pieza, se dejaba secar un poco y luego se separaban; posteriormente se esperaba a que el molde se secara definitivamente, hasta que tuviera consistencia para cocerlo. Las figuras estudiadas están fabricadas con dos matrices semicirculares, una anterior y otra posterior, siendo, por tanto, la figura hueca, excepto la número 10 que está hecha a mano (10). En la superficie posterior, que por lo general es lisa, se observa en las figuras números 4 y 12 un orificio respiradero, para la salida de los gases en la cocción. Una vez sacada la figura del molde se pasaba a realizar el acabado de la misma, donde se retocaba mediante la aplicación plástica de trozos de arcilla o se grababa con un instrumento de punta la superficie del objeto para conseguir las facciones del rostro, los adornos del pelo, vestido,... La mayoría de nuestras figuras están retocadas, especialmente las números 8 y 9. Antes de la cocción, se procedía a un baño de arcilla muy depurada y diluida, que de-

jaba la superficie lisa y uniforme, sirviendo a la vez de base para el color; en las figuras números 4 y 6 se perciben restos de engobe de cal. Posteriormente se introducía en el horno, a una temperatura no más alta de 950°. La pintura está aplicada después de la cocción, como fase final, por lo que se ha conservado muy poco. El color más usado es el rojo, aunque también se conservan el azul-verdoso, rosa y azul.

DESCRIPCION, PARALELOS Y CRONOLOGIA

Para el estudio de las terracotas, las hemos clasificado teniendo en cuenta su sexo y la posición que adoptan, sentadas y en pie, dejando para el final el disco, el zoomorfo y las manzanas.

Figuras masculinas

1. Estatuilla de negro en cuclillas (fig. 1). Representa un adolescente desnudo de rasgos negroides, agachado sobre una alta base rectangular, con las piernas apartadas, la cabeza inclinada y apoyada en la mano derecha, cuyo codo descansa sobre la rodilla del mismo lado y la izquierda sobre la suya.

Completa. Arcilla ocre rojizo. Hueca, la parte posterior lisa y con orificio respiradero en la base. Altura: 11,5 cm.



Figura 1.

Este tipo de figuras lo encontramos en Jonia (Camiros, Lindos,...) fechado hacia el 450 a.C., estableciéndose también en Beocia (Thebas) y Cirenaica (11). R. A. Higgins nos señala que este modelo derivaría de un tipo también jónico de principios del siglo V a.C. (12).

Cronología: Mediados del siglo V a.C.

2. Estatuilla de Sátiro en cuclillas (fig. 2). Presenta el vientre obeso sobre el cual apoya ambas manos abiertas. Itifálico.

Completa. Arcilla ocre rojizo. Maciza, la parte posterior lisa y con orificio respiradero en la base. Restos de pintura rojiza e incrustaciones terrosas en la superficie. Altura: 9 cm.

Este tipo, según Ch. Blinkenberg, es de origen rodio y ha sido fechado



Figura 2.

por el grupo de tumbas y por su estilo arcaico hacia el año 500 a.C. (13); para M. Gabrici sería peloponésico (14). Lo encontramos muy difundido por todo el Mediterráneo oriental y occidental: Atica, Jonia, Beocia, Magna Grecia y Sicilia (15).

Cronología: siglo VI a.C.

3. Estatuilla estante (fig. 3). Representa un joven, imberbe, de pie sobre un alto pedestal de forma rectangular. Tocado con un *pilos*, del que asoma el cabello peinado en dos mechones ondulados que caen a ambos lados de la cara. Facciones pequeñas e influidas por el arte griego. Lleva una *chlamide* atada en el hombro de-

recho por medio de una fíbula, que le cubre toda la parte posterior y el pecho, haciendo varios pliegues, dejando al descubierto la parte delantera de las piernas. El brazo derecho cae desnudo a lo largo del cuerpo y con el izquierdo sostiene un cabrito como atributo.

Completa. Arcilla ocre rojizo. Hueca, la parte posterior lisa y con un orificio respiradero a la altura de las rodillas. Restos de pintura roja e incrustaciones calcáreas en la superficie. Altura: 22 cm.

Esta figura, de estilo griego severo, corresponde a un tipo propio de las escuelas coroplastas de Beocia, situado cronológicamente en la segunda mitad del siglo V a.C. (16). Para S.



Figura 3.

Mollard-Besques este modelo derivaría de una estatua de Hermes Criophoro, consagrado en Olimpia, atribuida a Onatas.

Cronología: Mediados del siglo V a. C.

4. Caricatura (figs. 4 y 5). Representa una figura de rostro grotesco, de pie sobre un pedestal rectangular. De la espalda sale un *himation* que le cae hasta el suelo, dejando al descubierto la parte anterior del cuerpo que se encuentra desnudo, pudiéndose apreciar el sexo. Con la mano derecha levanta el manto dejándolo hueco y con la izquierda sujeta los pliegues que se forman.



Figura 4.

Completa. Arcilla ocre rojizo. Hueca, pero con la cabeza maciza. La parte posterior lisa y con un gran orificio rectangular, como respiradero, desde la altura de las costillas hasta las piernas. Restos de pintura rojiza en la cara, pelo y peana; azul verdoso en el *himation*, así como incrustaciones calcáreas en la superficie. Altura: 18 cm.

Esta caricatura, de estilo helenístico, se asemeja a algunas figuras recogidas por F. Winter, localizadas en Grecia, Siracusa (Sicilia) y Mar Negro (17).

Cronología: siglo III a.C.

5. Caricatura (fig. 6). Representa un viejo calvo, de pie sobre un plinto cuadrado, cuya cabeza es proporcionalmente más grande que el cuerpo: ojos semi-cerrados, nariz, boca y ore-

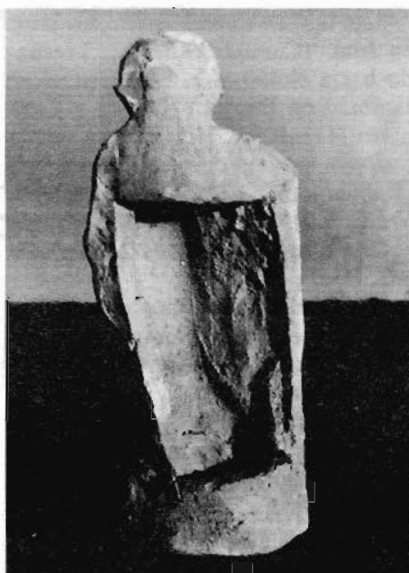


Figura 5.

jas grandes, apreciándose una característica mueca grotesca. Se encuentra envuelto en un *himation*, que cae a lo largo del cuerpo, sujetándose con ambas manos que las tiene escondidas, y formando varios pliegues.

Completa. Arcilla ocre rojizo. Hueca y abierta en su base; la parte posterior lisa, excepto la cabeza, que tiene marcado el cabello. Se aprecian notablemente las juntas del molde bivalvo. Altura: 16 cm.

Posiblemente esta figura quiera representar un orador o filósofo. La forma de llevar el *himation* es seme-



Figura 6.

jante al de dos figuras de Asia Menor recogidas por F. Winter (18).

Cronología: siglo III o II a.C.

Figuras femeninas

6. Estatuilla sedente (fig. 7). Representa a una figura femenina, sentada rigidamente en un sencillo trono de alto respaldo rectangular, brazos y patas sólidas (19); en posición bráquida, los pies se apoyan sobre un escalón y las manos reposan sobre las rodillas. Tocada con una *stephane* redondeada y lisa, de la que asoma el cabello rizado. Viste *peplos* dórico con *apoptigma*.

Completa. Arcilla ocre claro. Hueca, con la cabeza maciza. La parte posterior lisa y la base abierta. Restos de pintura rojiza en el pelo y engobe blanco en la superficie. Altura: 26 cm.

Esta figura corresponde a un tipo de *peplophoros* de estilo severo jónico (20), cuyo original es ático, dándo-



Figura 7.

se dentro del mismo modelo dos variantes, una representada sentada y otra de pie de cuerpo entero, fechándose ambas hacia el 470 a.C. (21). La primera variante, que es la que aquí nos interesa, la encontramos principalmente en los yacimientos de Atenas (Halae), de donde pasó a Jonia (Rodas, Lindos, Camiros,...), copiándose también en Eleusis, Beocia (Ta-

nagra, Locris,...), Halicarnaso (Cos) y Cirenaica (22).

Cronología: primer cuarto del siglo V a.C.

7. Estatuilla estante (fig. 8). Representa a una figura femenina de pie, rígida sobre un bajo pedestal cuadrado, con los brazos pegados al cuerpo y las manos abiertas sobre los muslos. Tocada con un alto y liso *polos*, lleva un manto en forma de *chiton*, apreciándose los pliegues del *chiton*.



Figura 8.

Completa. Arcilla ocre claro-amarillento. Hueca. La parte posterior lisa y la base abierta. Altura: 24 cm.

El origen de este tipo se encuentra en el Peloponeso, concretamente en Corinto, donde se difunde por sus colonias egeas y adriáticas (23). Nuestra figura es idéntica a los ejemplares de la necrópolis de Selinunte (Sicilia), fechados en la segunda mitad del siglo VI a.C. (24), por lo que posiblemente provenga de este yacimiento.

Cronología: Mediados del siglo VI a. C.

8. Estatuilla estante (fig. 9). Representa una figura femenina, de pie, tocada con una guirnalda de flores. Viste un *himation* que cae a lo largo de la espalda, sujetándose con las manos, por lo que queda abierto en la parte delantera, pudiendo apreciarse los pliegues del *chiton*.

Completa. Arcilla ocre claro ana-

ranjado. Hueca y la parte posterior lisa. Altura: 31 cm.

Esta clase de figuras es característica de Tanagra (Beocia), cuyo tipo se extendió a partir del siglo IV a.C. por todo el Mediterráneo (25). Figuras muy parecidas a la nuestra, con guirnalda de flores o con el *himation* recogido, las hallamos principalmente en Myrina, Tanagra, en diversas partes de Beocia, del Lacio, Magna Grecia, Sicilia y Cirenaica (26).

Cronología: siglo III a.C.

9. Cabeza con cuello (fig. 10). Posiblemente formaría parte de una figura. Los cabellos están separados y



Figura 9.

recogidos hacia atrás, en bandas, tapando la parte superior de las orejas.

Ojos pequeños, almendrados, perfectamente moldeados. Cejas prolongadas y párpados con resalte. Mentón acusado. Cuello largo y estrecho.

Incompleta. Arcilla ocre rojizo. Maciza. Restos de tierra y cal. Altura: 12 cm.

Este tipo de figuras puede datarse, por su estilo helenístico, entre el siglo III y el II a.C.

10. Cabeza con cuello (figs. 11 y 12). Representa una cabeza, posiblemente de figura femenina, que forma parte del tapón de un recipiente. Los ojos, cejas y pelo están realizados mediante incisiones; la nariz es una bola de barro, aplicado; las orejas están aplastadas mediante presión digital,

así como el borde de la cabeza, que da la sensación de llevar una cofia.

Completa. Arcilla ocre grisáceo. Hecha a mano, maciza, en la parte posterior tiene marcado el cabello. Altura: 9 cm.



Figura 10.

Esta figura es de estilo típicamente púnico, debió de servir como cerramiento de una vasija de cerámica. En el catálogo de la exposición figura como procedente de la Antigua Mauritania, por lo que es probable que su



Figura 11.



Figura 12.

origen sea Cartago. En Ibiza existen ejemplares semejantes en su aspecto formal, aunque no en su función, fechados en los siglos IV o III a. C. (27).

FIGURAS VARIAS

11. Disco con cabeza de Medusa (fig. 13). Representa un rostro de Gorgona más beatífico que terrible, rodeado de serpientes; sobre la cabeza hay dos aves simétricas. En el fondo del disco se puede apreciar, muy esquemáticamente, un dibujo de plumas o escamas.

Completa. Arcilla ocre claro. Placa, cuya parte posterior es hueca en la cara. Restos de engobe y pintura rosácea en la superficie. Presenta dos orificios, en la parte superior, para ser colgada. Altura: 12 cm.

El paralelo más exacto de este medallón, de estilo helenístico, lo tenemos en Tarento (Magna Grecia), fechado en el siglo III a.C. (28). Disco de oro con rostro de Gorgona lo encontramos en la Península Ibérica en el tesoro ibérico de Mogón, Villacarrillo (Jaén), fechado en la misma época, siglo III o principios del II a.C. (29).

Cronología: siglo III a.C.

12. Estatuilla de mona (figs. 14 y 15). Representa una mona sentada, en un alto pedestal de forma rectangu-



Figura 13.

lar, tocando un arpa. En la cabeza lleva una especie de cofia, decorada por medio de incisiones de líneas paralelas.

Completa. Arcilla ocre oscuro. Hueca; la parte posterior lisa, excepto la cofia, que tiene marcado el mismo dibujo que la parte anterior, y con



Figura 14.

un orificio respiradero a la altura del cuerpo. Altura: 13 cm.

Ejemplares idénticos se han encontrado en Cirenaica (Africa), fechados entre los siglos III-I a.C. (30), por lo



Figura 15.

que posiblemente provenga de esta región.

Cronología: siglos III-II a.C.

13. Dos manzanas (fig. 16).

Completas. Arcilla ocre claro. Huecas, con un orificio respiradero en la parte superior. Altura: 8 cm.

Ejemplares similares se han encontrado en Rodas (Camiros) y en Beocia (Rhitsona), fechándose el tipo, por los ajuares de las tumbas de este último yacimiento, a principios del siglo V a.C. (31).

Cronología: principios del siglo V a.C.

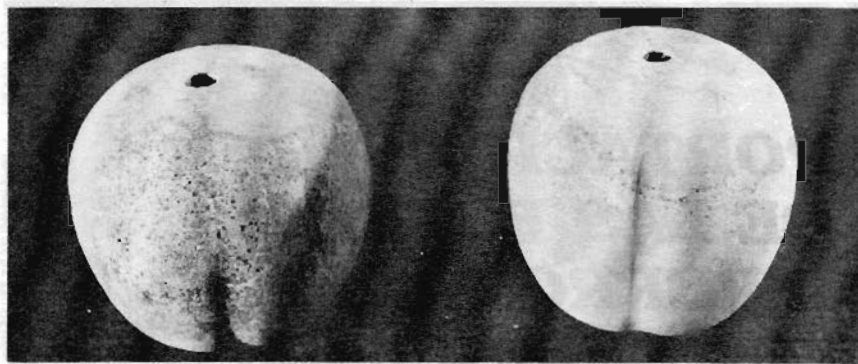


Figura 16.

NOTAS

(1) Estas figuras se encuentran recogidas en el Catálogo núm. 174 de la Sala de Arte y Subastas de Durán, Madrid, noviembre 1983, núms. 127-133, 136-139, 143 y 145. Agradecemos a la Galería Durán, y especialmente a doña Blanca, las facilidades que nos han dado para el estudio y reproducción de estas piezas.

(2) A. Andren, s.v., *Terracotta*, en *Enciclopedia dell'Arte Antica*, VII, 1966, páginas 732 y ss.

(3) J. R. Melida, *Sobre las esculturas de barro cocido, griegas, etruscas y romanas del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid, 1884, página 6.

(4) A. M. Muñoz, *Pebeteros ibéricos en forma de cabeza femenina. De coroplastia ibérica I*, Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona. Publicaciones eventuales número 5. Barcelona, 1963, pág. 7.

(5) S. Mollard-Besques, *Les terres cuites grecques*, París, 1963, págs. 14 y ss. El autor nos describe el conocido taller del barrio de ceramistas de Corinto, cuya actividad se desarrolló desde mediados del siglo V hasta el 338-316 a.C.

(6) Soldi, *Les terres cuites grecques de tanagra et de l'Asie Mineure*, *La Nouvelle Revue*, t. III, 1881, págs. 847 y ss.

(7) Véase el comercio de las figuras de terracotas durante el siglo XIX en S. Mollard-Besques, *op. cit.*, págs. 103 y ss.

(8) Agradecemos a Teógenes Ortega la noticia de la subasta de esta colección.

(9) E. Pottier, distingue cinco fases en la elaboración de los materiales de barro cocido: arcilla, modelado, retoque, cocción y coloración. *Les statuettes de terre cuite dans l'Antiquité*, París, 1890, pág. 247; sobre la fabricación de las terracotas véase: S. Mollard-Besques, *op. cit.*, págs. 14-29; A. Andren, *op. cit.*, págs. 732-743, con numerosa bibliografía.

(10) En un principio se modelaban todas las figuras a mano, pero se observó que las piezas de tamaño y grosor mediano se resquebrajaban al cocer, por lo que se pasó a usar moldes, lo que permitió que el grosor de las piezas fuese menor y el riesgo de que se agrietasen al cocer disminuyese; además,

se economizaba materia prima, puesto que las figuras eran huecas y no macizas.

(11) L. Heuzey, *Figurines antiques de terre cuite du Musée du Louvre*, París, 1883, lám. 55,6; F. Winter, *Die typen der figürlichen terrakotten II*, Berlin-Stuttgart, 1903, lám. 266, núm. 9 y 449, núm. 1 b; Ch. Blinkenberg, *Lindos, Fouilles de l'Acropole, 1902-1914: Les Petits Objets*, Berlín, 1931, p. láminas 112, núms. 2381 y 2382; R. A. Higgins, *Catalogue of terracottas in the department of greek and roman antiquities, British Museum*, Londres, 1969, págs. 94-95, lám. 46, núms. 261-266.

(12) R. A. Higgins, *op. cit.*, pág. 73, lám. 30, núm. 158.

(13) Ch. Blinkenberg, *op. cit.*, pág. 562, láms. 108-109, núms. 2319-2323.

(14) E. Gabrici, *Il Santuario della Malophoros di Selinunte, Monumenti Antichi dei Lincei XXXII*, 1927, pág. 221, lám. XLI, 5.

(15) F. Winter, I, *op. cit.*, lám. 215, núm. 41; N. Breitenstein, *Catalogue of the terracottas in the Danish National Museum*, Copenhagen, 1941, pág. 14, lám. 13, núm. 131; lám. 18, núms. 163-164; R. A. Higgins, *op. cit.*, págs. 73-74, lám. 31, núms. 159-165; S. Mollard-Besques, *Catalogue raisonné des figurines et reliefs en terre-cuite grecs, etrusques et romains*, París, 1954, pág. 77, lám. L, núms. B 539-540.

(16) F. Winter, I, *op. cit.*, lám. 179, núm. 5; V. H. Poulsen, *Der strenge Stil. Studien zur Geschichte der Griechischen Plastik*, *Acta Archaeologica VIII*, 1937, pág. 80; N. Breitenstein, *op. cit.*, pág. 32, lám. 33, núm. 289; S. Mollard-Besques (1954) *op. cit.*, pág. 90, lám. LXIII, núms. C 41-42.

(17) F. Winter, II, *op. cit.*, lám. 434, núms. 5 y 6.

(18) F. Winter, II, *op. cit.*, lám. 437, núm. 8; lám. 438, núm. 6.

(19) Esta clase de trono corresponde al tipo 4 de Gisela M. A. Richter, *Ancient Furniture. A History of Greek, Etruscan and Roman Furniture*, Oxford, 1926, págs. 28 y 29.

(20) Sobre la transformación del rostro de la época arcaica a la clásica ver un estudio de Ch. H. Morgan, *The terracotta figurines from the North Slope of the acropolis, Hesperia IV*, 1935, pág. 207.

Como podemos apreciar, estas terracotas no guardan entre sí otra unidad que la de su propia naturaleza y muestran claramente la afición del coleccionista por atesorar antigüedades de las que, perdido o ignorado su contexto, su valor científico sólo puede inferirse por paralelos con lo ya conocido; lo que demuestra, una vez más, la facilidad de desplazamiento de estas mercancías y que el favor de que gozaron en su momento histórico, aunque con finalidad distinta, sigue vigente en nuestros días.

(21) V. H. Poulsen, *op. cit.*, pág. 81.

(22) F. Winter, I, *op. cit.*, lám. 72, núms. 6 y 9; lám. 73, núms. 1, 3-5 y 7 (este último lleva *Kalathos*); A. Laumonier, *Catalogue de terres cuites du Musée Archeologique de Madrid*, París, 1921, pág. 13, núm. 24, lám. VII, 3; V. H. Poulsen, *op. cit.*, pág. 56, fig. 35. N. Breitenstein, *op. cit.*, pág. 28, lám. 29, núm. 26; pág. 31, lám. 31, núm. 28 (este autor nos señala que este tipo se establece en Beocia); R. A. Higgins, *op. cit.*, pág. 86, lám. 38, número 224; págs. 112 y 113, lám. 54, núm. 358; página 180, lám. 88, núm. 675; S. Mollard-Besques, (1954) *op. cit.*, pág. 92, lám. LXIV, número C. 57 (este ejemplar está tocado con *Kalathos* bajo); R. A. Higgins, *Greek Terracottas*, Londres, 1967, pág. 74, lám. 30, C.

(23) F. Winter, I, *op. cit.*, lám. 55, núm. 1; lám. 97 (algunas de estas figuras portan un atributo); Ch. Blinkenberg, *op. cit.*, pág. 52, lámina 99, núm. 2178.

(24) M. Gabrici, *op. cit.*, lám. LXXVI, 1-5; L. Quarles Van Vifford, *Les Terres-cuites siciliennes. Une étude sur l'art sicilien entre 550 et 450*, Assen, 1941, págs. 50-51 y 77, figura 26.

(25) S. Mollard-Besques, (1963), págs. 44 y 99.

(26) F. Winter, II, *op. cit.*, lám. 25, núms. 4 y 5; lám. 30, núm. 1; lám. 37, núm. 3; lám. 39, núm. 3; lám. 59, núm. 4; lám. 73, núms. 1, 2 y 6; G. Kleiner, *Tanagra figuren*, Berlín, 1942, láms. 3 y 28.

(27) M. J. Almagro Gorbea, *Corpus de las terracotas de Ibiza*, *Bibliotheca Praehistorica Hispana XVIII*, Madrid, 1980, pág. 263, lám. CLXXXV, 1 y 2.

(28) V. H. Poulsen, *Catalogue des terres cuites grecques et romanes*, Copenhagen, 1949, pág. 42, lám. L, núm. 88.

(29) J. R. Melida, *Adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional en 1916*, *Rev. Arch. Bibl. y Museos*, 1917, págs. 6-7, lám. III, 3.

(30) F. Winter, I, *op. cit.*, lám. 225, núm. 9 (Un ejemplar se conserva en el Museo del Louvre y el otro en el British Museum).

(31) N. Breitenstein, *op. cit.*, pág. 19, lám. 17, núm. 170; R. A. Higgins, *op. cit.*, pág. 80, lám. 34, núm. 198.

UNA NUEVA APORTACION AL ESTUDIO DE LAS ESTELAS Y ESCRITURA PRERROMANA DEL SUROESTE PENINSULAR

Luis BERROCAL RANGEL

Recientemente ha ingresado en los fondos del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz un nuevo documento epigráfico, prerromano, de un excepcional interés por sus especiales características.

Se trata de una losa de roca pizarrosa, que ha servido de soporte a una corta serie de signos adscritos a la llamada Escritura del Suroeste Peninsular y a otros motivos grabados, de posible ejecución diacrónica.

Se localizó dentro del término pascense de Higuera la Real, muy próximo a la confluencia fronteriza con Portugal y Andalucía, entre las coordenadas 38° 10'N. - 6° 45'O (Greenwich) en la finca El Capote, propiedad de doña Otilia Conejo Agudo.

Hecha pública por su descubridor, don Aurelio Salguero, realizamos un primer estudio con la inscripción *in situ* para después continuarlo, más detenidamente, en el citado Museo a donde fue pronto trasladada, gracias a la rápida intervención de su director, don José María Álvarez, y a la colaboración de la dueña de la finca.

Es nuestra intención, con estas primeras notas, presentar la losa junto con las primeras conclusiones extraídas, que son ampliamente comentadas en el artículo, actualmente en prensa, «La Losa de Capote (Higuera la Real, Badajoz). Grabados esquemáticos junto a una nueva inscripción prerromana del S. O.» firmado por este mismo autor y en el que se plasman las colaboraciones de los doctores doña Rosario Lucas Pellicer, don Javier De Hoz, don J. Antonio Correa, don Manuel Pérez Rojas y don Manuel Bendala Galán, especia-

listas en las distintas facetas que el estudio de la Losa ofrece (1).

Apareció aprovechada como dintel en la entrada de una pequeña zahurda, actualmente abandonada como prueba su techumbre hundida. Parece que fue utilizada como porqueriza o albergue de otros animales de mediano tamaño, según se desprende del escaso metro de altura que el vano de la puerta tiene. El lugar sobre el que se ubica la zahurda es una alargada loma de inclinadas pendientes y, aunque ofrece interesantes características para la localización de un yacimiento arqueológico, no encontramos pruebas tangibles de la existencia de éste (abundan en el lugar las piedras de tamaño y naturaleza semejante a la aquí estudiada). Su forma es ortoédrica, de sección subtriangular, con su cara más ancha, quizá preparada, usada para los grabados. Sus medidas son, aproximadamente, de 95 × 50 × 16 cm. El canto inferior se une al plano grabado en ángulo agudo, abierto al interior, y hace presumir una posible rotura de la pieza original.

Los grabados muestran un sistema de ejecución diferente del usado en los signos epigráficos, circunstancia que lleva a creerlos como fenómenos distintos al Epígrafe, ayudado por los paralelismos formales que presentan. Si de ellos pueden aceptarse conclusiones cronológicas, parece deducirse una mayor antigüedad para los motivos grabados que para los caracteres epigráficos, en función de unos conceptos que pudieran estar, no obstante, estrechamente relacionados (2).

La Figura 1 muestra la cara trabajada, con la serie de grabados realiza-

dos mediante un «piqueado», y, aunque la erosión dificulta toda clara apreciación al respecto, los surcos son diferentes a los de la inscripción. Para su estudio se han dividido estos motivos en dos grupos: el primero compuesto por un pequeño antropomorfo, muy esquemático, cercano al centro de la mitad lateral izquierda de la Losa, orientado con los pies hacia el borde. Su ejecución se hizo con un surco fino que dificulta su visión y que técnicamente lo separa del otro grupo de motivos. Recuerda a los conocidos en las llamadas Estelas con decoración CI y DD por Almagro Basch (3), especialmente al antropomorfo grabado en la estela de Figueira, Lagos, fechada por este autor con posterioridad al 800 a. C. (4). Parece que refleja la conocida posición de los «orantes» tan comunes en todo el arte antiguo del Mediterráneo Oriental, tal como supuso Mac White (5). Comparaciones puramente formales pueden datar este motivo, con las reservas que ello conlleva, en la primera mitad del Primer Milenio antes de Cristo.

El segundo grupo está compuesto, al menos, por dos estructuras que responden a un mismo esquema, pero con diferentes proporciones. Su interpretación, dado el grado de abstracción y esquematismo que presentan es mucho más compleja. Ambos están compuestos por un trazo parabólico en forma de «U» invertida, cuyo área central, correspondiente a la delimitada por la curva de la parábola, está apartada del resto por una línea recta que corre desde los inicios de los tramos paralelos. De esta transversal parece surgir, si es que no la cortan,

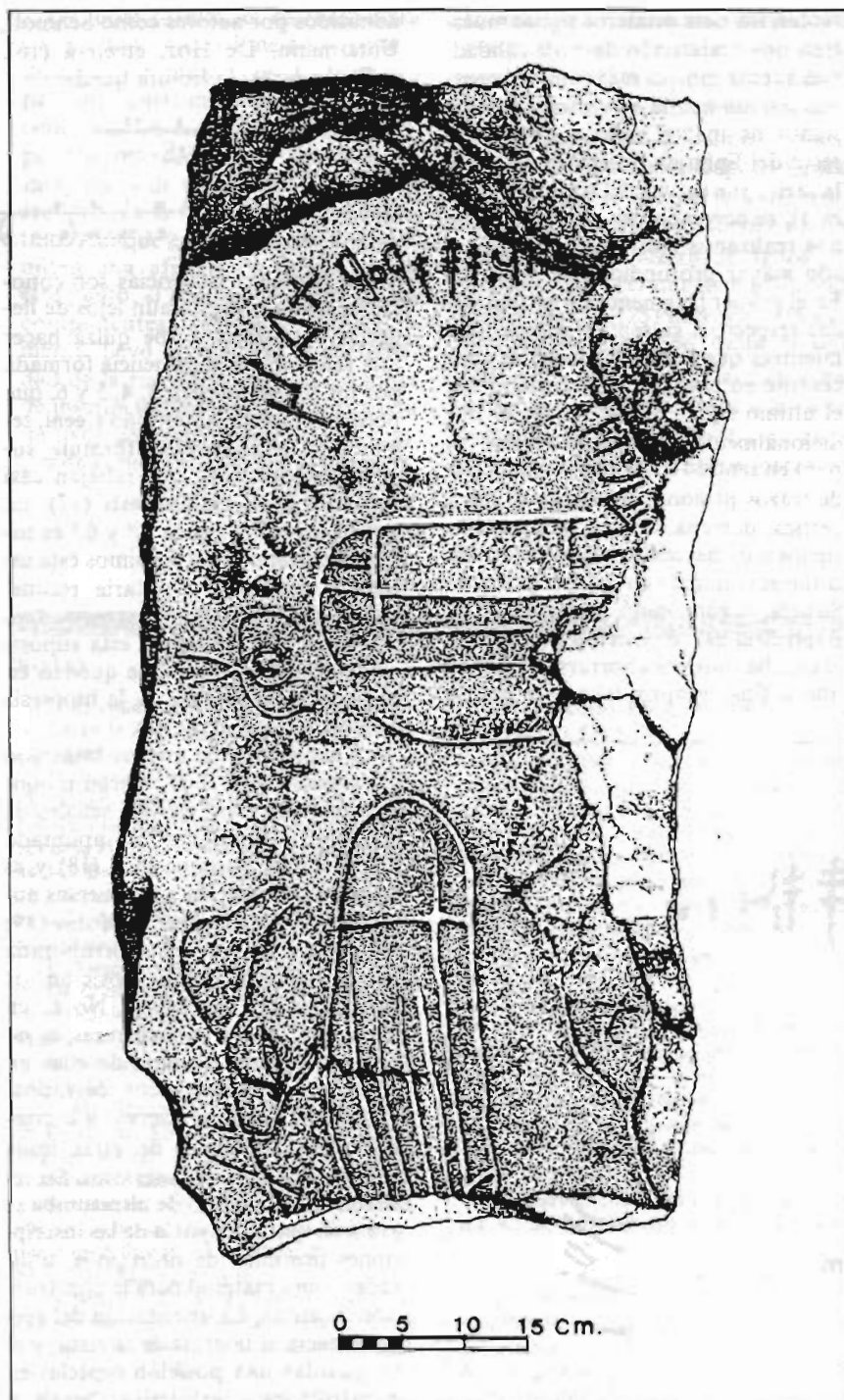


Fig. 1. Losa de Capote.

varios trazos rectos paralelos a los de la parábola. Se configura así una esquemática «medusa» en la que no pueden descartarse otras líneas transversales en su base, difícilmente apreciables dado el grado de erosión en la superficie. Los surcos son más anchos que los de los demás motivos, inclui-

dos los epígrafes, y si parecen realizados con la técnica antes indicada. Cada estructura se orienta hacia el exterior, como el antropomorfo, copando los tramos centrales de otros dos laterales, de manera que los tres motivos confluyen hacia el centro de la losa, dando así una impresión de

composición. No hay que descartar, pues, una estructuración del espacio a grabar.

Las conclusiones tipológicas de estas estructuras son muy problemáticas, como para obtener de ellas conclusiones definitivas. Como hipótesis de trabajo recuerdan a tres conceptos, cuyas representaciones son semejantes:

a) instrumentos musicales de cuerda, semejantes a la *phorminx* helénica. Su parecido formal, con el así identificado en la estela de Zarza Capilla (Badajoz) (6), es grande, incluso conceptualmente, al incluirse ambos en lo que se suponen estelas, monumentos funerarios. Pero no puede olvidarse que tanto este otro ejemplo extremeño, como el anteriormente conocido, la estela zaragozana de Luna (7), aparecen en composiciones típicas de las llamadas «losas extremeñas», circunstancia que no ocurre en la Losa de Capote.

b) telares verticales, esquemáticamente representados, como los pintados sobre urnas funerarias hallstáticas procedentes de Hungría (Odenburg) (8), con gran semejanza formal con estas estructuras y con un claro contexto funerario también.

c) motivos esquemáticos reproducidos en pintura rupestre y conocidos con los términos de «ídolos-placa» y «esteliformes», según tipología de Pilar Acosta (9), o bien a las categorías D-I-4, C-I-3 y D-I-1 de Caballero Klink (10). Sus significados son desconocidos, pero por semejanzas formales se les ha atribuido tradicionalmente relaciones con lo funerario y, como indican sus nombres, con las estelas. Son de dispersión predominante en Extremadura y la vertiente norte de Sierra Morena (11), coincidiendo así geográficamente con el lugar de aparición de la Losa de Capote. Caballero ha datado estas estructuras desde fines del Calcolítico con seguras perduraciones durante toda la Edad del Bronce.

En general, puede concluirse que los grupos de representaciones tienen un marcado cariz funerario y que se encuentran en la Región del Suroeste Peninsular, datados durante el Bronce Final y Primera Edad del Hierro (12), sentido y fecha que, con las salvedades antes expresadas, pueden

aplicarse a los motivos grabados en la Losa de Capote.

El tercio superior de la superficie trabajada se encuentra ocupado por la mencionada serie de caracteres epigráficos. Su disposición parece formar un semicírculo con los signos orientados, esta vez, al interior, como es frecuente en este tipo de escritura. Decrecen en tamaño y calidad de ejecución desde la izquierda a la derecha, aunque sus medidas están comprendidas entre los 3 y 5 cm (Figura 2). Son identificables, con seguridad, doce de ellos, mientras que otros siete se intuyen por los escasos restos conservados.

Su copia es como sigue:

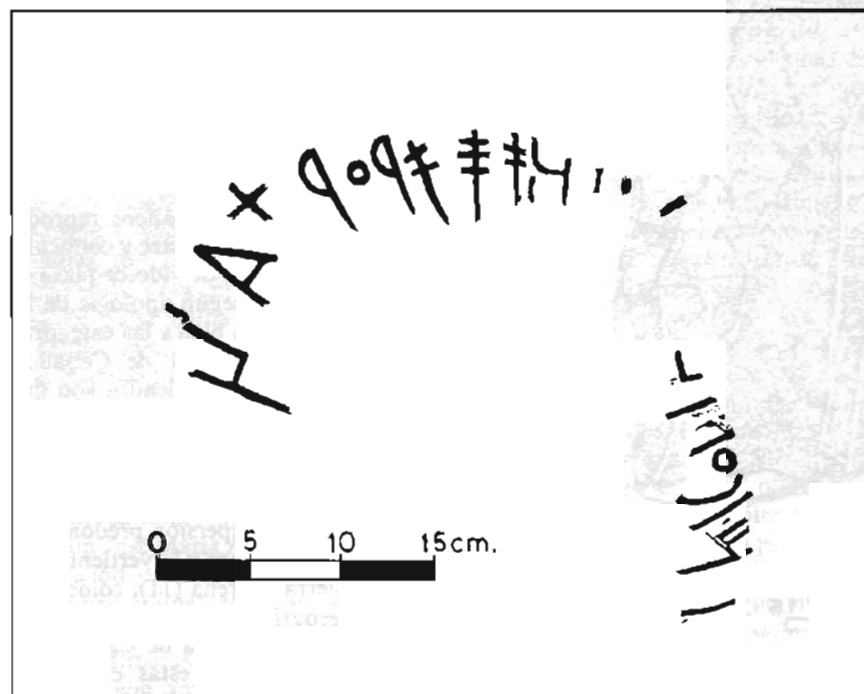
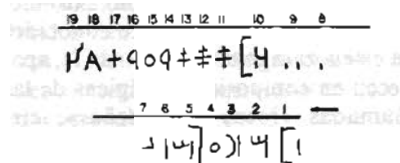


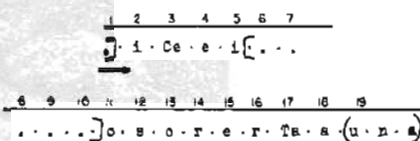
Fig. 2. Epigrafe de la Losa de Capote.

Hay que hacer notar que, pese a la existencia de algún signo contradictorio, el sentido de la escritura es sinistrorso, y así han coincidido en calificarlo los profesores De Hoz y Correa (13). No obstante, es interesante observar que el epigrafe aparenta haber sido realizado por dos «manos» dife-

rentes, los siete primeros signos muestran una realización de peor calidad, con surcos mucho más finos y superficiales, sin que la superficie presente signos de mayor erosión que la del resto del Epigrafe. Interrumpida aquí la serie, por rotura del soporte (Figura 1), se continúa con otros doce signos realizados más detalladamente y con mayor profundidad de grabado. En el primer fragmento no existen dudas respecto a su sentido direccional, mientras que todas las dudas se concentran en el segundo, especialmente el último signo, que se parece al tradicionalmente considerado valor u, pero en sentido contrario y con un par de trazos prolongados desde su línea vertical derecha. Se han interpretado signos muy parecidos como nexos, un, como el conocido en la Inscripción de Siruela, según opinó Maluquer (14). Explicaría así su posición invertida si el escriba quisiera ahorrarse el grabar una a final y aprovechara la que le

admitidos por autores como Schmoll, Untermann, De Hoz, etcétera (16).

Según éstos, la lectura queda:



Las restantes secuencias son conocidas, aunque se está aún lejos de llevarlas a traducir. Cabe quizá hacer una referencia a la secuencia formada por los signos número 3, 4, 5 y 6, que podrían recordar al término Ceeni, segundo de la tan repetida fórmula, supuestamente ritual, que reflejan casi todas las losas del Suroeste (17). La lectura para los signos 5.º y 6.º es totalmente dudosa y si seguimos esta secuencia conocida implicaría reconstruirla como ni. Por desgracia, tras examinar detenidamente esta suposición sobre los trazos que quedan en la inscripción (Figura 2), la hipótesis no puede sostenerse.

La suposición de que las losas con inscripciones del S. O. fueran monumentos funerarios, estelas, señales de un enterramiento, ya fue apuntada por Leite de Vasconcelhos (18) y es en parte compartida por diversos autores como Maluquer de Motes (19) o Correa (20), hipótesis corroborada por el hallazgo, en esta posición, de la Inscripción de Mehala Nova, en Ourique (20). De todas formas, el no haberse hallado ninguna de ellas en contextos arqueológicos cerrados, originarios, impone reservas a la consideración funcional de estas losas como monumentos funerarios. Su relación con el mundo de ultratumba se avala en que la mayoría de las inscripciones proceden de necrópolis, utilizadas como material para la construcción de cistas. La orientación del epigrafe hacia el interior de la cista, y el no guardar una posición especial en la estructura constructiva, llevan a considerarlas como material reaprovechado (21). En estos ejemplares sería lícito cuestionar su «reaprovechamiento», tal como especifica Coelho. No ocurre lo mismo con el caso de la Losa de Capote, como con otros muchos. La posible rotura de lo que llamamos su extremo inferior impide saber si este espacio fue decorado o se dejó liso a fin de ser hincado para cumplir la supuesta función de estela.

De todas formas, es bastante clara su relación con lo funerario, coincidiendo, por tanto, con lo supuesto para los demás motivos grabados que ocupan la Losa. Puede, por tanto, suponerse que epígrafes y motivos son integrantes de una misma estructura, realizados a la vez y con el mismo sentido. Aunque estos materiales no permiten una afirmación segura sobre este punto, el análisis detallado de los componentes, realizado individualmente, llevó a descartar la coetaneidad de la ejecución. Las asociaciones de inscripciones de esta Escritura con motivos decorativos son escasas (22). Los dos únicos conocidos, el fragmen-

to inscrito de Benaciate (Silves) y la lápida de Herdade da Abobada (Almodóvar) (23) muestran ante todo un antropomorfo, posible representación del difunto, que difícilmente puede compararse con la de Capote. Cronológicamente se acepta la antigüedad de esta Escritura: la primera en la Península. Los hallazgos de signos grafitados sobre cerámicas en Medellín (24) y Huelva (25) han remontado el periodo de gestación hasta el siglo VIII a. C., confirmando las fechas más antiguas que Coelho daba a las losas halladas en las necrópolis de cistas portuguesas (26). De todas formas las

dataciones para las losas tienden a rebajarse en, al menos, dos siglos. Así Almagro Gorbea fechó la vecina Inscripción de Siruela (Badajoz) en el s. VI a. C. y algo más tarde la cacerense de Almorquí, en base a los contextos arqueológicos de sus entornos (27). No en vano parece ser cierta la afirmación de este autor sobre el origen de esta Escritura como uno de los frutos del Periodo Orientalizante (28). Así pues, puede conjeturarse una fecha cercana a la mitad del Primer Milenio, algo más tardía que la que se desprende en las comparaciones formales de los demás motivos grabados en la Losa.

NOTAS

(1) El citado artículo aparecerá próximamente en la *Revista Archivo Español de Arqueología*.

(2) Otero, J. M. y Melenas, J. L., 1976: «La Estela Inscrita de Siruela». *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. Salamanca. Página 343. Fue hallada en una cerca y posee en otra de sus caras una inscripción funeraria en latín, que refuerza la hipótesis de su función anterior.

(3) Almagro Basch, M., 1966: «Las Estelas Decoradas del S. O. Peninsular». *Biblioteca Prehistórica Hispana*, Vol. VIII. Madrid. Páginas 170 y ss.

(4) Almagro Basch, M., 1966: *Op. Cit.* [3] página 203.

(5) Mac White, E., 1951: «Estudios sobre las Relaciones Atlánticas de la Península Ibérica en la Edad del Bronce». *Disertaciones Matritenses*, número 11. Madrid. Página 99.

(6) Enríquez Navascués, J. J., 1982: «Dos nuevas Estelas de Guerreros en el Museo Arqueológico Provincial de Badajoz». *Museos*, número 1. Páginas 66 y ss.

(7) Bendala Galán, M., 1983: «En torno al Instrumento Musical de la Estela de Luna (Zaragoza)». *Homenaje al profesor Almagro Basch*. Madrid. Páginas 141-146.

(8) Clark, J., 1952: «Prehistoric Europe. The Economic Basis...». *Methuen*, Vol. XVIII. London. Página 238.

(9) Acosta, P., 1968: «La Pintura Rupestre Esquemática en España». Universidad de Salamanca. Páginas 32-35.

Acosta, P., 1967: «Representaciones de Idolos en la Pintura Rupestre Esquemática Española». *Trabajos de Prehistoria*, número XXIV. Madrid. Páginas 86 y ss.

(10) Caballero Klink, A., 1983: *La Pintura Rupestre Esquemática en la Vertiente Occidental de Sierra Morena*. Publicaciones Museo de Ciudad Real, página 485.

(11) Caballero Klink, A., 1983: *Op. Cit.* [10] páginas 478 y ss.

(12) La existencia de telares verticales está comprobada en casi toda Europa y otras áreas del Mediterráneo. No hay por qué descartar su utilización en el Oeste peninsular. Es posible que algunas de las representaciones mencionadas, especialmente los motivos en pintura rupestre de significación desconocida, respondan a estos instrumentos.

(13) Comunicaciones personales de los profesores J. De Hoz y J. A. Correa.

(14) Maluquer de Motes, M., 1968: *Epigrafía Pre-latina de la Península Ibérica*. Barcelona. Página 47. Desgraciadamente al comprobar sobre la misma inscripción la existencia de este signo, posible nexa, hemos constatado su más que dudosa existencia. Posiblemente se trate de una simple u junto a una rotura del soporte.

(15) Agradecemos este dato al doctor Pérez Rojas, quien confirmó nuestras sospechas.

(16) Correa, J. A., 1983: «Escrituras y Lenguas Prerromanas en el Sur de la Península Ibérica». *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*. Editorial Gredos. Madrid. Página 403.

— Untermann, J., 1976: «Las Leyendas Monetales». *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas en la Península Ibérica*. Salamanca. Páginas 213 y ss.

— Untermann, J., 1975: *Monumenta Linguarum Hispanicarum*. Vol. I. Wiesbaden. Páginas 74 y ss.

— De Hoz, J., 1976: «La Epigrafía Prelatina Meridional en Hispania». *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas en la Península Ibérica*. Salamanca. Página 248.

(17) De Hoz, J., 1979: «On some problems of Iberian Script and Phonetics». *Actas del*

II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica. Salamanca. Página 265.

(18) Caro Baroja, J., 1954: «La Escritura en la España Prerromana». *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal. Tomo I-3. Madrid. Página 785.

(19) Maluquer de Motes, M., 1968: *Op. Cit.* [14] página 97.

(20) Correa, J. A., 1983: *Op. Cit.* [16] página 404. Nota 25.

(21) Coelho, L., 1976: «La Epigrafía Prelatina del S. O. Portugués». *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica*. Salamanca. Página 203.

(22) Beltrán Lloris, M., 1973: «Las Estelas con Inscripción Alfabética del S. W. y con Decoración Figurada de Madroñera...». *Estudios de Arqueología Cacerense*. Cáceres. Página 117.

(23) Alves Dias, y Coelho, L., 1971: «Notável Lápide Protohistórica da Herdades da Abobada, Almodóvar». *O Arqueólogo Português*. Número 5, Serie III. Página 184.

(24) Almagro Gorbea, M., 1977: «El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura». *Biblioteca Prehistórica Hispana*. Vol. XIV. Madrid. Páginas 273 y ss.

(25) De Hoz, J., 1976. *Op. Cit.* [16] páginas 247 y ss.

— Blázquez, J. M., 1970, y Luzón, J. M.; Gómez, F.; Clauss, K. «Las Cerámicas del Cabezo de San Pedro». *Huelva Arqueológica*. Instituto de Estudios Onubenses Padre Marchena. Huelva. Páginas 11 y ss.

(26) Coelho, L., 1976: *Op. Cit.* [21] páginas 210-211.

(27) Almagro Gorbea, M., 1977: *Op. Cit.* [24] página 277.

(28) Almagro Gorbea, M., 1977: *Op. Cit.* [24] página 273.

HALLAZGO DE UNA ESCULTURA ZOOMORFA, EN TARANCON (Cuenca). EL LEON DE «LOS HORNILLOS»

Félix-Manuel MARTINEZ FRONCE

El fragmento escultórico del que damos noticia, fue localizado por nosotros, en Tarancón, al ser descubierto formando solera de un camino de servicio para entrada en los cobertizos del lugar conocido con el nombre de «Los Hornillos», desperdigadas edificaciones elementales situadas a pie de cantera en donde se transformaba, molturándola a rodillo tirado por una caballería, la piedra quemada en yeso para la construcción.

La escultura —un altorrelieve esculpido en piedra del país— viene a representar la cabeza de un león, bastante bien conservada, si exceptuamos un desconchado en el lateral izquierdo de la mandíbula inferior y cierto deterioro en la nariz como consecuencia del repetido paso de las llantas metálicas de los carros en sus faenas de trasiego.

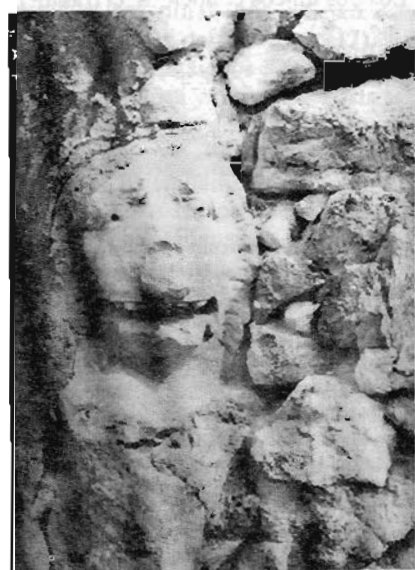
Es obra artesana de taller, testimonial de esa corriente productora de una variada serie de «monstruos» representados con la clara intención de impresionar, y que vienen a cubrir toda una faceta del arte ibérico, y a fe que, en nuestro ejemplar, el resultado está conseguido, dentro de su primitivismo expresivo, habiendo esculpido unos arcos superciliares con un deliberado abultamiento en su encuentro; las fauces figuran sobremaradamente marcadas, con los belfos que caen exageradamente, y la carrera de dientes superiores se muestra con una separación que los singulariza excesivamente; circunda la cabeza una serie de bastos surcos radiales, como queriendo situar una melena, todo ello en un gesto de agresividad ambiental logrado. Sus dimensiones son: altura = 40 cm y anchura = 25 cm. Como testimonio gráfico se acompaña una fo-

tografía tomada por mí en el emplazamiento en que, en 1963, los yeseros decidieron colocarlo, y que se correspondía con la jamba derecha de uno de los «hornillos».

Respecto a la temática, lo que está bien definido es el carácter religioso de esta escultura, pues dicho está que el exotismo faunístico que el león representa, en la animalística ibérica, lo descarta como simple reproducción figurativa. Su presencia comporta una función de religiosidad funeraria que, procedente del contexto mediterráneo oriental, llega hasta la Península a través de los contactos culturales con aquel área, relaciones que se manifiestan con los pueblos costeros, quienes —a su vez— los introdujeron en ciertas tierras limítrofes del interior (1).

La llegada de este ideario religioso-funerario al territorio que nos ocupa, enclavado en la zona de la Meseta Sur, hay que considerarla a través de aquellas vías de fluidez que proceden, en primer lugar (estimando esta preferencia en razón a los mayores alcances de su influencia y penetración) de la Andalucía oriental, seguidas de las que se originan en el área del Sureste, circunstancia avalada por el hecho de que en los trayectos de ambos itinerarios se han inventariado representaciones escultóricas que pueden clasificarse dentro de parecidas características plásticas.

Entre el cotejo de antecedentes, nos encontramos con una investigadora que ha dedicado una atención especial a esta faceta representativa. Como extracto-resumen de su actividad en tal campo, ha publicado un trabajo en el que se computan 220 piezas. De ellas, 65 vienen a representar leones (casi un 60 por 100 del total



El león de «Los Hornillos».

con figuración zoomórfica, siendo ésta —a su vez— la mitad cumplida del total analizado). Y de tal animal, en concreto, el mayor número (un 40 por 100 de aquellos 65) quedan radicados geográficamente en la provincia de Jaén, la parte de la Andalucía oriental más próxima a La Mancha (2). De ahí llegó el aporte de las nuevas creencias que vinieron a reconstruir la mitología del mundo ibérico, llevándola hasta esa faceta amenazadora y tenebrosa que es la muerte.

NOTAS

(1) Blázquez, J.M.: 1979. «Las raíces clásicas de la cultura ibérica», en *Arch. E. Arq.*, 52 (n.º 139-140), págs. 143-145.

(2) Ruano Ruiz, E.: 1983. «Panorama de la escultura ibérica en Andalucía», en *Boletín de la AEAA*, 17 (págs. 54-68).

ASPECTOS MAGICOS DE LA ANTIGÜEDAD

III. LA MAGIA EN LAS TABELLAE DEFIXIONUM HISPANAS

A Martín Almagro Basch in memoriam

Ana M.^a VAZQUEZ HOYS

Ya vimos (1) que la fuerza mágica del sonido se acrecentó desde la antigüedad, fijando las palabras mágicas por medio de la escritura. Se llegaba así a la redacción de las *tabellae*, siendo esta operación la más importante y de mayor efecto de las operaciones mágicas.

Sobre estas pequeñas tablillas, llenas de conjuros, escritas de forma incorrecta, a veces con la repetición incomprensible de las palabras, que impide su correcta interpretación y que a menudo las hace incomprensibles, vamos a insistir aquí, analizando los diferentes elementos de las que conocemos en la Hispania romana. Según nuestra opinión, estos aparentes errores de redacción o incorrecciones con respecto al lenguaje culto, no son más que una serie de elementos mágicos, que obscurcen el texto a propósito (2).

Las *tabellae defixionum* son pequeñas tablillas, a menudo de plomo, aunque a veces se encuentran de otros materiales (3), en las que fueron trazándose fórmulas mágicas, signos mágicos, figuras de los invocados y de los invocantes, y aun las de las mismas víctimas contra las que se dirigía el conjuro.

Defixio viene del latín *defixio-is*, que significa embrujamiento, necromancia; también del participio de *defigo*, fijar, establecer, inmovilizar, atar, encantar, y en términos mágicos, «pinchar la imagen de alguien con una aguja, encantar, embrujar» (4).

En virtud de la *defixio*, los hombres entregaban a los dioses infernales,

mediante un acto mágico, a sus enemigos, para vengarse o librarse de ellos o para obligarles a hacer algo u obtener algo de alguien (dinero, amor, favores, defensa). El acto mágico consistía materialmente en la confección o utilización de unos trozos de metal aplanados, a fin de obtener una superficie plana en la que escribir. Se utilizaba sobre todo el plomo, metal mágico por excelencia, aunque también se utilizaron la plata, el oro, el cobre, el estaño, el barro y el mármol.

El plomo era utilizado a menudo en el mundo clásico como materia de escritura. Las fuentes literarias no son muy precisas ni explícitas, pero conservamos una serie de noticias sobre su utilización como carta. Pausanias (5) dice haber visto un plomo en el que se conservaba parte del texto de *Los Trabajos y los Días* y Plinio (6) habla de la escritura antigua en *plumbea volumina*. Partenio (7) cuenta la existencia de una carta escrita en una lámina de plomo, en la historia de Policrita, recogida también por Plutarco (8). Un suceso parecido, la utilización de una lámina de plomo para enviar un mensaje escrito en ella, cuentan Dio y Frontino (9), a propósito del sitio de Mutina por Antonio. Como las tropas enviadas por César para ayudar a la ciudad quisieran notificar a los sitiados su presencia, enviaron un mensaje escrito en una lámina de plomo.

En ambos casos, parece que el uso de misivas en este metal se debe a lo excepcional de las circunstancias, ya

que en ambas ocasiones la carta debe ocultarse, y en el caso de la ciudad de Mutina, el mensaje debe llevarlo un buceador que pasa bajo el agua durante la noche.

Además de estas ocasiones excepcionales narradas por las fuentes, se han encontrado auténticas epístolas privadas en diferentes zonas del mundo clásico, como las dos cartas griegas halladas en Atenas: la de Mnesiergo, de fines del siglo V-principios del IV y la fragmentaria de Pnyx, del siglo V-IV, por el contexto que la acompaña. Dos cartas se han encontrado también en el sur de Rusia: la de Articone, procedente de Olbia Berezan, fechada en el siglo IV y la de Aquilodoro, de comienzos del siglo V. De las colonias occidentales se conocen la de Agde, muy fragmentaria, del siglo IV; la de Ampurias, conservada muy parcialmente, fechada en el período romano republicano, aunque la lengua conserva arcaísmos jónicos, y la de Rosas, que aunque no puede identificarse con seguridad como una carta, es probable que lo sea, y se encontró en un contexto arqueológico de los siglos V-IV (10).

También se utilizó el plomo para la confección de recibos de deudas, como los encontrados entre los restos de lo que parece ser un santuario en Corcira, fechado en el siglo V a.C. (11); objetos de culto, sellos, etc. (12). El plomo es frío y blando, *ψυχρότης*, y propio de los hombres débiles o muertos (13). Con él, el embrujado se vuelve frío y débil como el frío de la

tablilla. Como Saturno, el plomo de la tablilla aporta mal y muerte.

Pero en la confección de las *tabellae*, así como en su posterior utilización, intervienen variados ritos de magia, que encontramos unas veces juntos, otras por separado. Estos diferentes ritos o prácticas mágicas son los que vamos a tratar de analizar a través de las *tabellae defixionvm* que conocemos en Hispania romana.

LOS ELEMENTOS MAGICOS DE LAS TABELLAE DEFIXIONVM HISPANAS (14)

Los diferentes autores que han estudiado estas tablillas han señalado repetidamente sus elementos mágicos, pero sin explicar qué significan ni por qué se trata de ritos de magia. Ya nos hemos referido más arriba al plomo como elemento casi constante utilizado para la confección de estas tablillas mágicas, aunque no único, y las diferentes y específicas cualidades que hacen de él un metal especialmente indicado para las prácticas mágicas. Era el metal de Saturno, conocido como uno de los dioses «intérpretes» o reveladores. Con este metal se hacían los pantáculos metálicos, al principio solamente medallas grabadas en metal en correspondencia con el influjo planetario deseado, usadas por los israelitas. Una tablilla del British Museum (15), da una lista bastante tardía de los meses babilónicos asociados a una estrella, en la que aparecen la Luna y el Sol, así como Saturno. La tablilla es de plomo y en ella aparecen también los signos del Zodiaco. Algunos de estos dioses, sobre todo los relacionados con la magia, tenían además un número sagrado, que volvemos a encontrar en otras tradiciones. Estas cifras son astronómicas (número de días de un mes con múltiplo, etc.). No todos los astros se consideraban dioses, sino que a veces se les consideraba simplemente habitados por seres sobrenaturales (16).

También la religión islámica, quizá como herencia primitiva del pueblo semita, conserva los fetiches, amuletos y talismanes. Y la misma palabra talismán procede del árabe *tilsam*, *tilsim*. Entre los pueblos que profesan esta religión se encuentra, también, la lámina de plomo grabada con caracteres mágicos (17). Y el número, como

las letras, tiene un valor sagrado, siendo los números más venerados el 3 y el 7. El plomo se utiliza, además, para confeccionar los cuadrados mágicos o *uifq*, con nueve números. La suma de las cifras de las columnas verticales es igual a la suma de las cifras de las horizontales. El cuadrado mágico de Saturno, el más poderoso, es el 9 y debe grabarse en plomo (18).

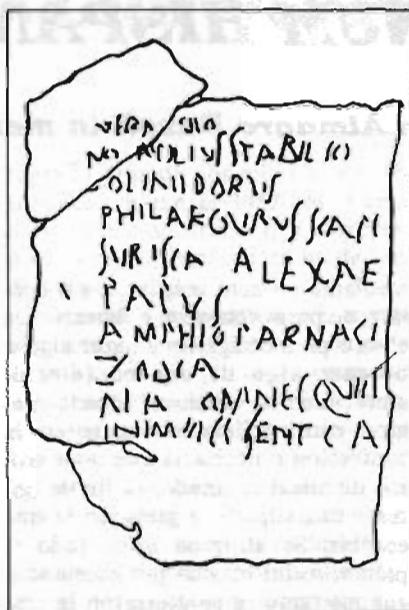


Figura 1. Plomo n.º 1. Ampurias.

En el mundo cristiano, aunque la Iglesia luchó violentamente contra la multiplicación de los amuletos y talismanes, que amenazaban con debilitar la fe de los fieles, aún se encuentra en textos religiosos medievales la utilización de este metal en las prácticas de magia (19).

Pero en las *tabellae* hispanas existen, además, una serie de características mágicas o ritos de magia usados en la Antigüedad y que han llegado hasta nuestros días.

Es frecuente encontrar estos plomos mágicos en tumbas, pero no, como dice Almagro (20), puestos para los difuntos o al mismo tiempo que se hace el enterramiento, sino por un rito de necromancia. Los necrománticos explotaban (y explotan, puesto que estos encantamientos se practican aún en África y Asia Menor) en su favor, la vieja creencia en los aparecidos, poniendo en funcionamiento la fuerza que se atribuye a los fantasmas y la creencia de que, en cierto modo, los difuntos continuaban viviendo en la tumba.

La idea más antigua acerca de la existencia de una vida después de la muerte es la de que, en cierto modo, el mismo cadáver no estaba desprovisto de una oscura sensibilidad, que

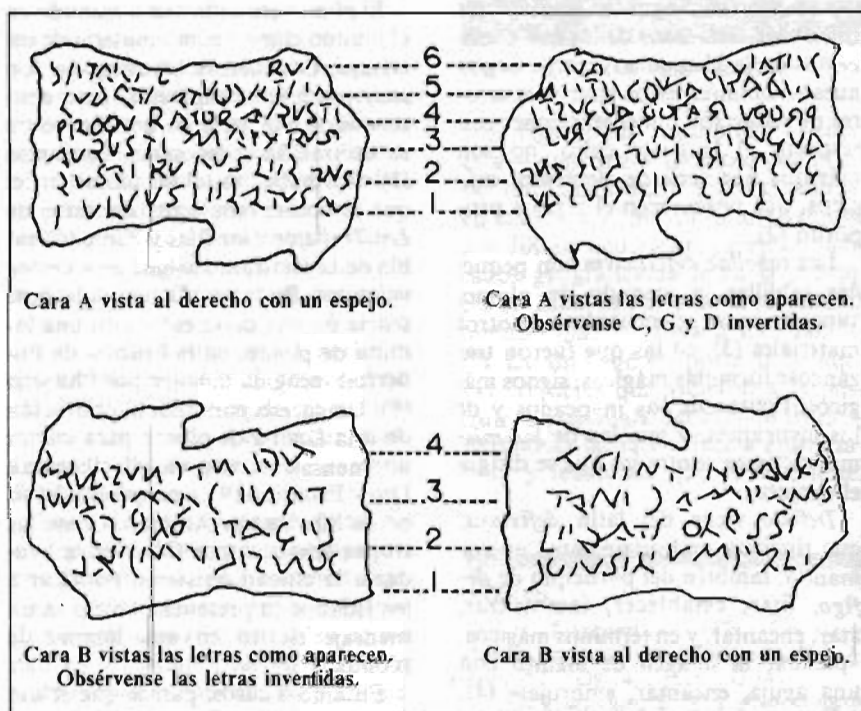


Figura 2. Plomo n.º 2.

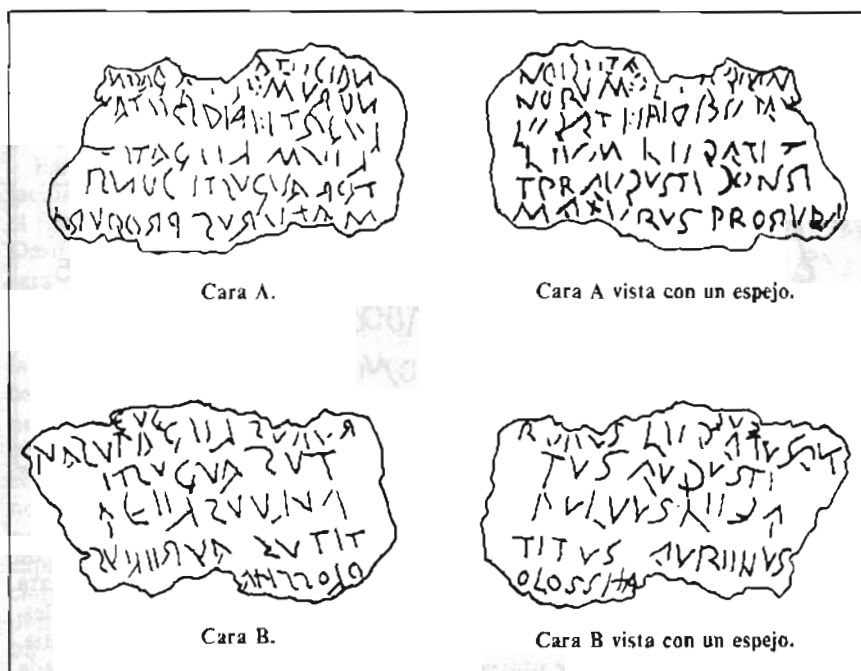


Figura 3. Plomo n.º 3 Ampurias.

no podía manifestar. Estaba sumido en una especie de sueño, en el que continuaba manteniendo la energía que había tenido vivo.

Esta creencia en una especie de vida en el sepulcro se expresa magníficamente en la bella fórmula funeraria romana «*Sit tibi terra levis*»: Que la tierra te sea leve. Sin duda, como dice Cumont (21), esta fórmula pertenecía a las plegarias que se pronunciaban en el entierro y su empleo ritual ha asegurado su persistencia. Pero la extensión del rito de la incineración, así como la certeza misma de la descomposición de la materia orgánica, hizo nacer la idea de una fuerza misteriosa, que subsiste aunque el organismo humano haya sido reducido a cenizas, manteniéndose en el sepulcro.

A veces, esta fuerza misteriosa se manifiesta en forma de serpiente, tema que ya estudiamos en otra ocasión (22). Tal es el caso de la tumba de Escipión el Africano, en Liternum, que se creía guardada por una serpiente, y la curiosa creencia recogida por Ovidio, Plinio y Elieno de que la espina dorsal de los hombres se convierte en serpiente en el sepulcro (23).

Pero los ritos que los nigromantes utilizaban, se basaban, no solamente en la creencia de esta persistencia de la vida latente en la tumba, sino en la de que los difuntos estaban inclinados

al resentimiento y la venganza para con los vivos, si se les descuidaba o se les ofendía. Y todas las fórmulas litúrgicas que se pronunciaban en el

acto del sepelio tenían por objeto fijar la sombra (o el espíritu latente) en la tumba, ya que si salía de ella en un momento en que no se esperaba, podía causar grandes males a los hombres. Esta tumba era, desde y a partir del entierro, propiedad de los Manes, reconocida en el viejo Derecho pontifical (24).

Introduciendo la tablilla de imprecación en el sepulcro, el nigromante obligaba mágicamente, por medio de ritos (poder de la palabra escrita, fórmulas mágicas, ensalmos, repetición de palabras o salmodia, magia mimética, fijación por medio del clavo, transposición de letras o inversión de las mismas) a que el espíritu le obedeciese. Y por extensión, la fórmula se dirige a veces a determinadas divinidades etnónicas. El contraataque se hacía casi imposible, porque para ello había que buscar la tablilla maléfica en la tumba, desclavarla y destruirla, operación sumamente difícil, puesto que había que hacer trabajar a una bruja con ritos contrarios a los utilizados para realizar el encantamiento, que a veces eran personales y propios de la persona que los realizaba, como

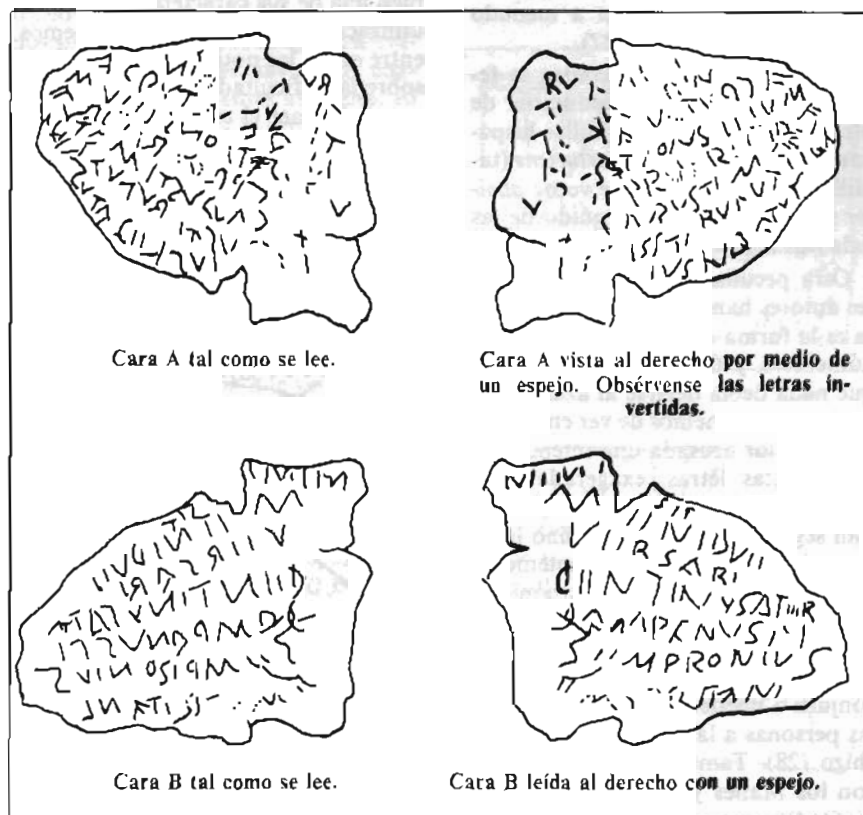


Figura 4. Plomo n.º 4.

la bruja que describe Apuleyo (25), cuyo laboratorio «contenía aromas infernales, laminillas cubiertas con caracteres indescifrables, piezas de bierro, tristes deshechos de naves, numerosos trozos de carne humana pertenecientes lo mismo a cuerpos recientemente llorados, que a cadáveres ya consumidos por la tierra que los cubría».

En la *tabella defixionis* de Itálica encontramos algunos de estos ritos. La imprecación hecha a *Fons*, que no es lo que podríamos decir una divinidad «típica» de las profundidades (o infernal), como podríamos creer de la Proserpina Ataecina Turobrigense de la tablilla de Mérida, puede tratarse de la invocación a la divinidad indígena, bajo nombre romano, que habitaba en una fuente de aguas termales o salida de una gruta, como de las que conocemos en el mundo mediterráneo, que se creían provenientes de los dominios del Hades, no sólo en Grecia, sino también en Italia, en la región volcánica de Nápoles (26). Esta relación entre las aguas y las prácticas mágicas nos pone en contacto las *tabellae defixionum* hispanas con los cultos de fecundidad, que como ya hemos visto, se relacionan a menudo con las aguas termales (27).

Una acción negativa contra la fecundidad, podemos deducirla de otros elementos de las tablillas hispanas, como las palabras *parturiens* (tablilla núm. 5) o el posible verbo *abortor* (tablilla núm. 11), seguido de las palabras *mulier* y *puella*.

Otra peculiaridad que los diferentes autores han señalado como curiosa es la forma de las S de las tablillas números 1 y 6. Teniendo en cuenta que nada debía dejarse al azar en los ritos mágicos, hemos de ver en su forma superior acusada una intencionalidad. Estas letras, exageradamente dobladas por la parte superior, no serían según nuestra opinión sino la figura de la serpiente, frecuentemente asociada a las divinidades cthonicas, símbolo o representación de los Manes, de la fuerza maléfica que pervive en la tumba, a la que se obliga por el conjuro a obedecer y a actuar contra las personas a las que se dirige el hechizo (28). También por su relación con los Manes y el más allá, la serpiente tiene un primer lugar entre los animales «proféticos» (29).

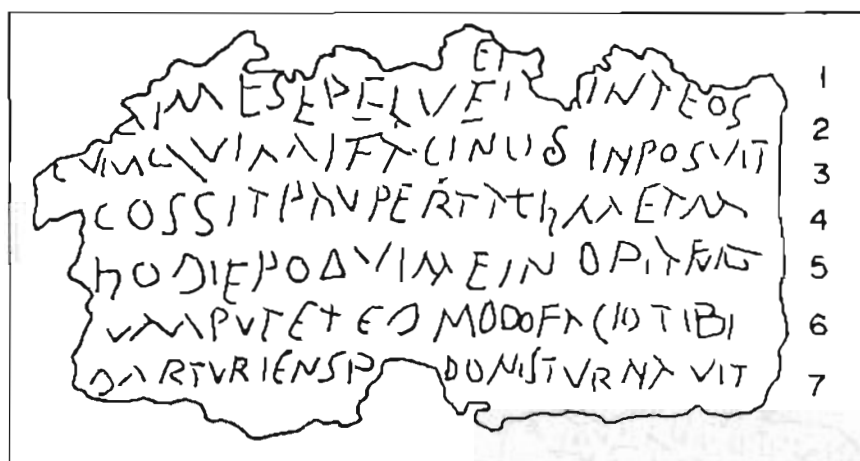


Figura 5. Plomo n.º 5. Ampurias. Obsérvese la extraña S y las letras griegas.

Pero las fórmulas mágicas que se pronunciaban tenían además el objeto de hacerlas eficaces, que el conjuro surtiese su efecto y no se pudiese escapar de él. Para ello se suele utilizar la magia del clavo, cuyo poder mágico de fijación obedece a los mismos principios que los nudos o lazos mágicos, o el mismo «nudo hercúleo», cuyo carácter mágico ha sido repetidamente señalado (30). La ambivalencia del nudo o lazo mágico es también una de sus características. De su utilización en las *defixiones* tenemos entre otras, las noticias de Plinio (31), sobre las dificultades que para el parto puede traer el cruzar las piernas o entrelazar los dedos, hecho que refle-

ja la mitología en la actuación de Hera, celosa, contra Alcmena, para retrasar el nacimiento de Heracles. Para retrasar el parto envía a Ilitia, diosa de los nacimientos, disfrazada de vieja, que cruza sus manos sobre el regazo. La criada de Alcmena, al darse cuenta de que algo raro ocurría, anunció anticipadamente el nacimiento de un niño, lo que hizo a Ilitia levantar y alzar los brazos abriendo las manos. Roto el nudo mágico que impedía el nacimiento, nació Heracles (32).

Su carácter mágico era también reconocido en Roma, donde existían tabúes sobre su uso, entre ellos, el del *Flamen Dialis*, que no podía llevar

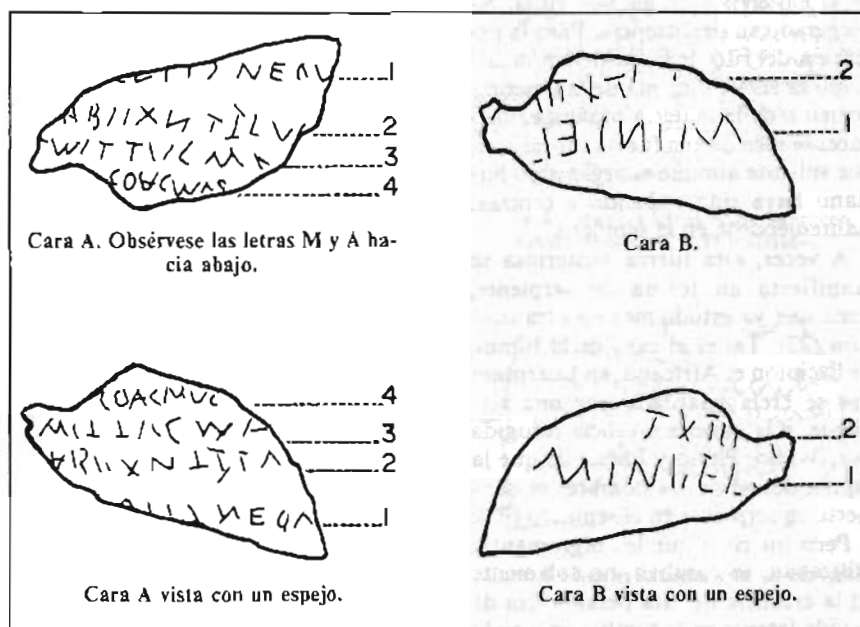


Figura 6. Ampurias.

jo. Encontramos aquí, una vez más, el espejo utilizado con fines mágicos, relacionado también con el agua, puesto que para aumentar el efecto del conjuro la superficie del espejo debe bañarse, antes de reflejar el hechizo, con agua, que cargada con la fuerza mágica del espejo, debe beberse después, convirtiéndose en un rito talismánico de profilaxis médica (40). Pero no solamente se relacionarían con los espejos estas *tabellae* citadas, sino además la núm. 11, de Itálica. Su pequeño apéndice nos recuerda estos objetos, encontrados a menudo en tumbas, de forma cuadrada con un pequeño apéndice o redondos (41).

Otro elemento mágico utilizado en las *tabellae defixionum* es la escritura al revés. Se trata de lo que en magia se conoce con el término de «inversión» o la magia de los contrarios, que se podría expresar por medio de la frase: «Lo que está arriba es como si estuviese abajo». Existían numerosas correspondencias entre el mundo Superior, donde se movían los genios y dioses, y el mundo donde vivían los hombres. La alquimia y la astrología están basadas en esta correspondencia, así como la ley de las similitudes. Mientras que a la mano derecha parecen estar ligados los actos buenos, a la izquierda se ligan los actos que se refieren a la magia nefasta, la que pone en contacto con divinidades infernales, la que produce daño o muerte. La mano derecha está estrechamente ligada a Fides, diosa a la cual estaba consagrada, según Servio y otros autores latinos (42), mientras que con la mano izquierda se sostienen los frutos salidos de la tierra como las espigas. Sobre la utilización de esta mano o del pie izquierdo, vemos a menudo indicaciones en la literatura latina sobre su diferencia con la mano o el pie derechos. Mientras que la mano derecha es de buena suerte, hay numerosas supersticiones ligadas a la utilización de la mano o del pie izquierdos, generalmente de mal agüero, que han continuado hasta nuestros días.

Aparecen también en las *tabellae* hispanas letras al revés, sobre cuyo significado nada han dicho hasta ahora los diferentes autores que las han estudiado. Una vez más, queremos insistir en que nada en estas tablillas ha debido dejarse al azar, puesto que han

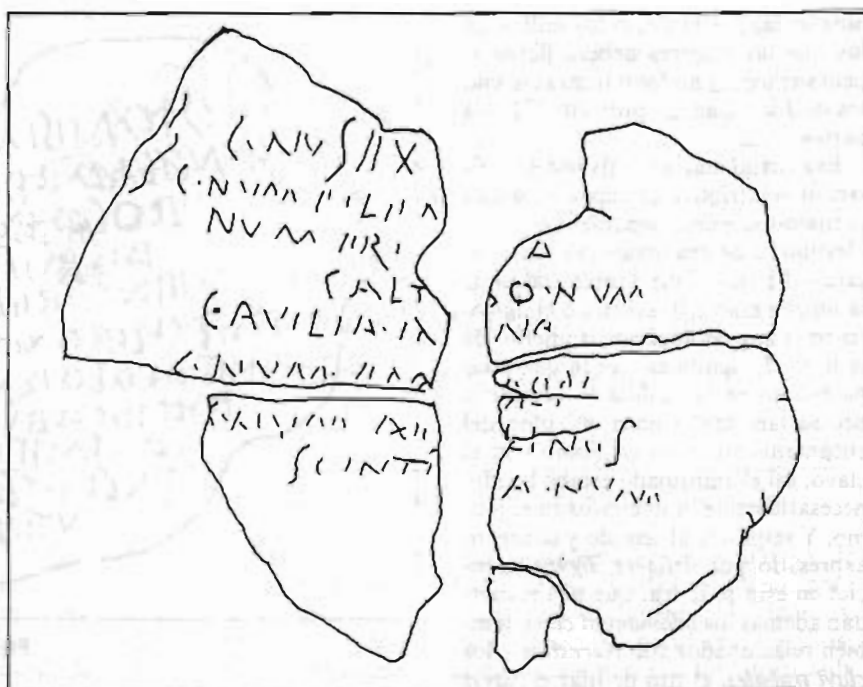


Figura 10. Plomo de Córdoba, Navascues, 3.

sido escritas con un propósito determinado, y lo que parecen equivocaciones no son sino ritos de magia, que vemos a menudo en otros textos y en los papiros mágicos (43).

También en la Península, en el área ibérica, se han encontrado pequeñas planchas de plomo escritas (44), como sucede con los citados en las culturas griega y romana. A veces se han considerado como simples anotaciones de contabilidad, como los griegos que citamos del templo de Córcira, pero hay otros que constituyen verdaderas epístolas y, sobre todo algunos, sugie-

ren la posibilidad de que se trata de ex-votos, ofrendas o también *tabellae defixionum*, a pesar de las dudas de algunos autores (45).

El hecho de que algunos plomos, griegos, ibéricos o romanos, hayan sido encontrados en casas, creo que no es motivo suficiente para dudar de su carácter de *tabellae defixionum*, puesto que ya hemos visto que el plomo de Itálica se encontró en una casa, aunque Gil y Luzón no descartan la posibilidad de que hubiera sido transportado hasta allí desde algún otro sitio (46).

En todo caso, creo que hay algunos plomos ibéricos que sí pueden haber sido utilizados para prácticas mágicas. Me refiero a los plomos de Orlel y al de El Cigarralejo.

El plomo de El Cigarralejo se encontró en el verano de 1948, en una tumba de esta necrópolis de la provincia de Murcia (47). Apareció en la tumba 21, que contenía dos urnas cinerarias. La más fina contenía, para Cuadrado, los restos de una mujer, pues en su interior se encontraron piezas de hueso grabadas, frecuentes en las tumbas de este sexo. Fuera de las urnas también las había, así como, junto a ellas, numerosas fusayolas y una pieza circular de cobre o bronce, que Cuadrado identifica con un espejo. Estaba, además, el trozo de plomo,

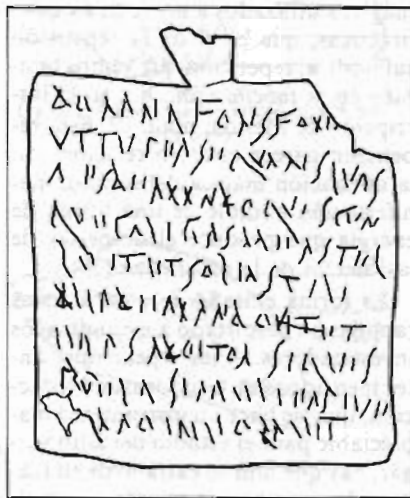


Figura 11. Itálica.

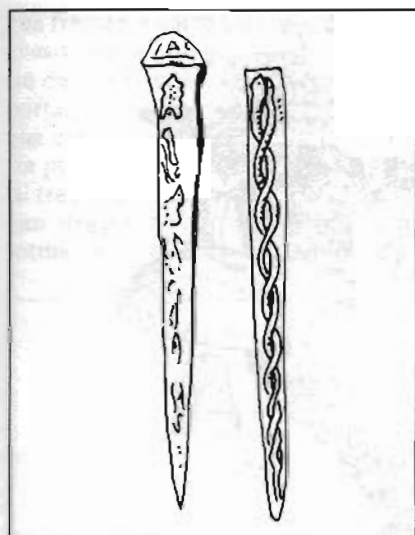


Figura 12. Clavo mágico. Biblioteca Nacional.

que en un principio se confundió con un trozo de forro del espejo.

El plomo está incompleto y originariamente debió ser un disco de unos 12 cm de diámetro y 1 mm de espesor, al que le falta algo menos de la mitad, conservándose las frases centrales.

Su descubridor resalta lo curioso de la escritura, cuyos renglones están escritos de izquierda a derecha, pero no horizontalmente, sino a veces siguiendo líneas curvas, que vuelven sobre sí mismas haciendo como eses. Esta circunstancia nos hace relacionarlo con las sinuosidades, acusadamente marcadas, de los plomos latinos números 1 y 6, que, como hemos explicado anteriormente, están unidas al símbolo de la serpiente.

Sobre el mismo plomo, da Cuadrado una curiosa información que, una vez más, nos permite relacionarlo con los plomos latinos antes estudiados, y que nos confirman su carácter mágico. Nos referimos al hecho de que una parte del plomo no se ha encontrado en la tumba, a pesar del cuidado que pusieron los excavadores en su búsqueda, mientras que en la parte del borde de la fractura del plomo, el corte es limpio, como hecho con tijeras, mientras que en otro sitio se observan desgarramientos y en el saliente central. Parecen descubrirse señales de fusión. Mientras que para Cuadrado todas estas características parecen ser causadas por el rito del enterramiento, para nosotros es un rito mágico,

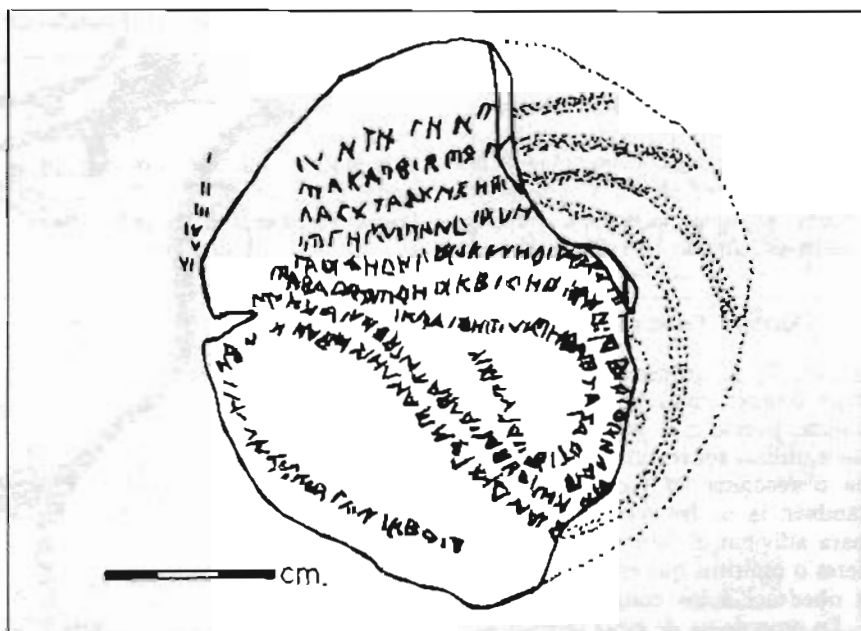


Figura 13. Plomo del Cigarralejo. Faksimil del documento y posible reconstrucción de los renglones.

consistente en fraccionar la tablilla, en un ritual de magia mimética (48) que también encontramos en el plomo núm. 7, que se cortó asimismo después de escrito. Para incidir más en el tema de la magia, baste recordar que en la misma tumba se ha encontrado un espejo.

La forma en que está escrito el plomo, escrito normalmente de izquierda a derecha, siguiendo líneas ondulantes hasta formar siete renglones, es asimismo un carácter mágico. El alfabeto en que está escrito es, para Gómez Moreno al estudiar el plomo de Alcoy, un griego jónico con restos de arcaísmo, tal vez de fines del siglo VI a.C. (49). Para Cuadrado ofrece analogías con las lápidas del Algarve, como la de Bensafrim (50).

Finalmente, señalar también como un rito de magia la inversión de las letras. Los plomos 2, 3, 4 y 6 tienen letras al revés cuyo sentido desconocemos, escritas así a propósito, como la filacteria de Sicilia. Letras cuya intencionalidad desconocemos pero que, evidentemente, no corresponden a un descuido del que las escribió, sino a una intencionalidad mágica, cuyo objeto y verdadero significado solamente debían conocer los hechiceros o hechiceras que las realizaban. El recuerdo de estas letras mágicas, incluso de palabras mágicas o versículos enteros

del Corán o la Biblia, nos lo recuerda. Incluso la famosa frase tan utilizada en la magia posterior: «SATOR AREPO TENET OPERA ROTAS», que se lee de la misma forma de izquierda a derecha que de derecha a izquierda. Parece remontarse al siglo II d.C., estando muy en boga en los ambientes militares de entonces. Otro ejemplo de inversión de caracteres lo encontramos en los papiros mágicos (51).

Entroncan directamente todas estas palabras invertidas con la curiosa forma de «calizar los plomos núms. 4 y 6, que como señalamos están escritos al revés, sin duda para ser leídos por medio de un espejo, o escritos, en medio de una extraña ceremonia mágica, por medio de este instrumento, utilizado a menudo en estas prácticas, como señalábamos en un trabajo an-

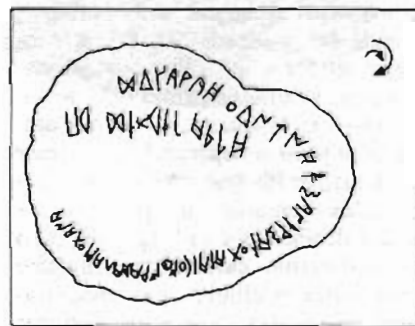


Figura 14. Ilipa (Alcalá del Río) E. Hübner.

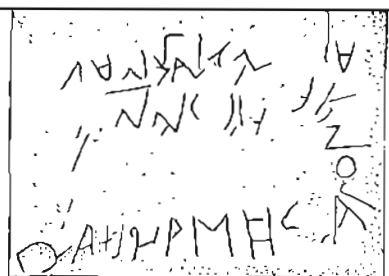


Figura 15. Estela de Bensafrim.

terior (52). La utilización de estos espejos o superficies reflectantes cualesquiera, puesto que ya vimos que se suele utilizar sobre todo el agua cerrada o recogida en recipientes, pero también la de las fuentes naturales, para adivinar el futuro, obliga a los seres o espíritus que en ellas habitan, a obedecer a los conjuros mágicos.

La cronología de estas *tabellae defixionvm* hispanas, que puede abarcar desde el siglo I a.C. hasta, como mucho, los siglos II-III d.C., nos sitúan en un período de gran efervescencia de estos cultos, a pesar de las numerosas prohibiciones que sufren por parte de las autoridades romanas (53). Sobre todo el siglo I a.C. tiene para la historia de la magia una gran importancia desde el punto de vista sociológico. En este momento, fiel aún a la tradición helenística, se ve un gran esfuerzo de renovación de la «ciencia negra» que triunfará plenamente en época imperial. Pero no debemos olvidar que el helenismo y Roma son tributarios de Oriente, cuna de la gran magia. Y que estas civilizaciones orientales, entre ellas la hebrea, bien atestiguada en Sicilia y Roma por numerosos documentos, también es conocida en Hispania desde antiguo (54). No puede, pues, extrañarnos que estos ritos mágicos: Letras invertidas, letras griegas en textos latinos, inversión de caracteres, utilización de espejos, ritos como los de las tablillas *iudiciarias*, utilizadas en Roma para dejar mudos a los abogados que defienden la causa contraria (55), se encuentren en Hispania, país al que desde muy pronto llegaron los amuletos egipcios, en los que encontramos encerradas laminillas de plata, hasta ahora ilegibles por su fragilidad, pero de indudable carácter profiláctico (56). Estas laminillas, que encontramos enrolladas, como los curiosos plomos de la necrópolis castellanense

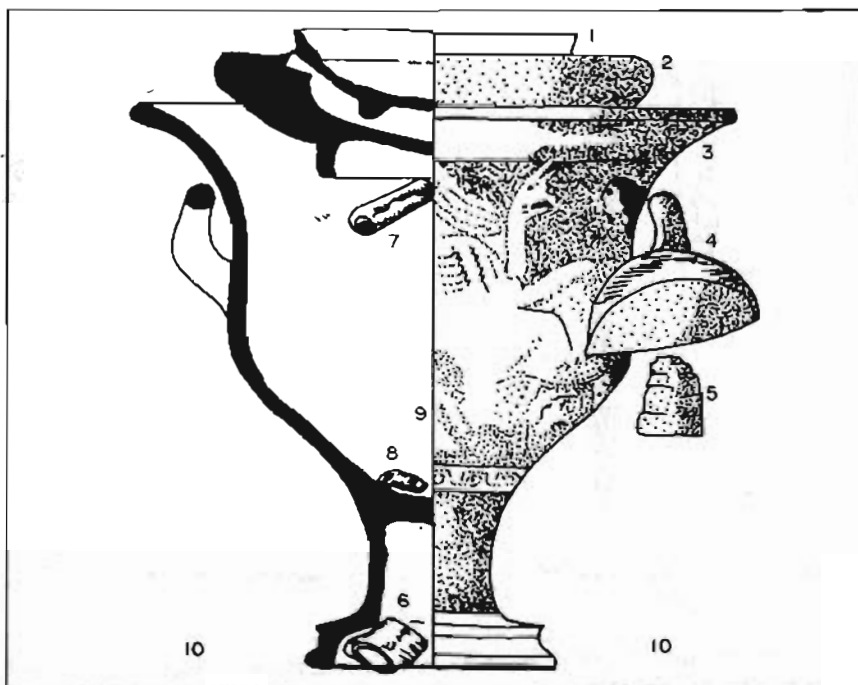


Figura 16. Enterramiento II: 1. Copa ática de pie bajo. 2. Pátera ática. 3. Crátera ática de figuras rojas. 4. Platillo de balanza. 5. Ponderales. 6. Inscripción ibérica (Orleye V). 7. Inscripción ibérica (Orleye VII). 8. Inscripción ibérica (Orleye VI). 9. Restos humanos calcinados. 10. Cenizas alrededor de una cineraria en un radio de 50 cm.

de Orley (mágicos, a juzgar por el contexto en que han sido encontrados: una magnífica crátera griega de fines del siglo IV o principios del III a.C.), aparecen en tumbas como las *tabellae defixionvm* y pueden ser un precedente directo de estas últimas. También aparecen en las tumbas numerosos clavos, que bien pudieran ser parte de los sarcófagos, pero que resulta difícil a veces clasificar, porque solamente se encuentra uno... y parece muy extraño un ataúd con un solo clavo (57).

Son también frecuentes en las necrópolis las llamadas «varillas con anteojos», de las que se piensa que han podido formar parte de los ataúdes. Pero que para nosotros, una vez más, son demasiado parecidas a las llamadas «letras con anteojos», utilizadas en la escritura medieval y en las inscripciones secretas de arquitectos y pintores, que para Winkler (58) son semejantes al alfabeto samaritano, es decir, señala su carácter cananeo, en oposición al hebreo cuadrado, que es arameo.

Una vez más, nuestros pensamientos, que comenzaron en el latín de las tablillas mágicas, terminan en Oriente. Por medio quedan las paletas de

Polada o el plano del llamado «santuario» de Sassari, cuyas semejanzas con los espejos de las estelas del Bronce Final hemos señalado en otras ocasiones (59). O el espejo que lleva, curiosamente en la mano izquierda, la llamada «dama de Cehegín» (Murcia) (60). También en las tumbas donde aparecen plomos encontramos espejos. ¿Es sólo coincidencia o es que solamente consideramos los hechos materiales, sin buscar explicaciones a objetos de uso corriente que encontramos «donde no deberían estar»?

A lo largo de varios artículos, publicados en este Boletín, hemos analizado diferentes aspectos de la magia en la Hispania antigua, junto a los

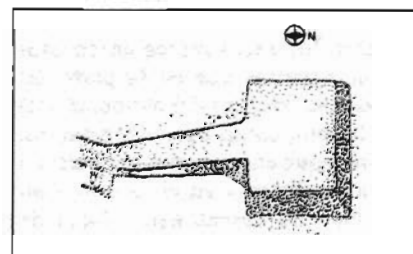


Figura 17. Calcolítico. Posible bronce. Antiguo Santuario de Sassari (según Lilliu) Cerdeña.

que frecuentemente pasamos de largo al estudiar la religión romana, tal vez sin darnos cuenta de que son más importantes que los grandes dioses, porque constituyen parte de la conciencia popular y que, formando parte de la tradición y la memoria colectiva, han llegado hasta nuestros días, en forma de supersticiones y creencias

populares de las que los antropólogos dan fe.

Hemos querido con ello defender, dignificar y, en cierto modo, sacar del olvido, en nuestro país, un tema que autores como Audollent, Cumont, Bouché-Leclercq, Festugière o Leglay (61) no se han avergonzado de tratar en el mundo romano.

Creo que, sin rubor ninguno, podemos hablar de la magia en la antigüedad en Hispania, como heredera de antiguas tradiciones caldeas que se niegan a desaparecer. Y que no debemos olvidar que «Donde hay religión hay magia. Y donde hay magia, hay religión». Porque la magia ha sido, y es, una forma de religión popular.

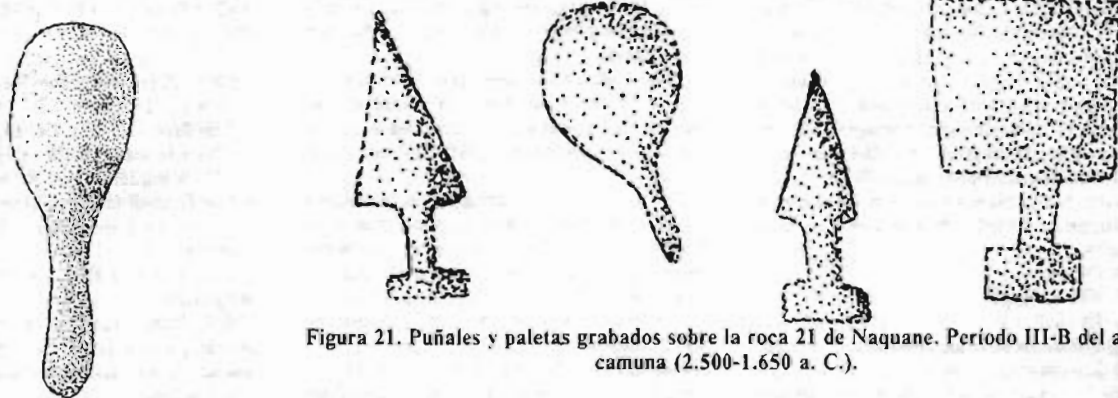


Figura 21. Puñales y paletas grabados sobre la roca 21 de Naquane. Período III-B del arte camuna (2.500-1.650 a. C.).

Figura 18. Paleta de madera Polada. Antigua Edad del Bronce.

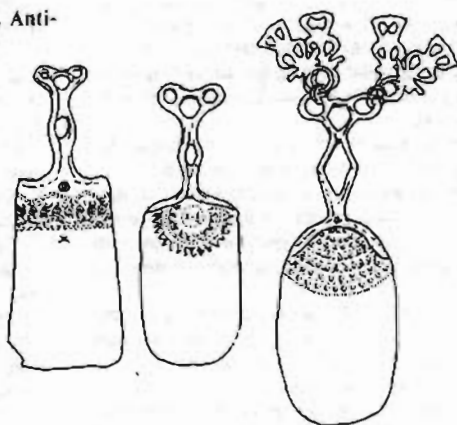


Figura 19. Paletas rituales (de Zuffa, figura 9. m. 38, 34, 31).

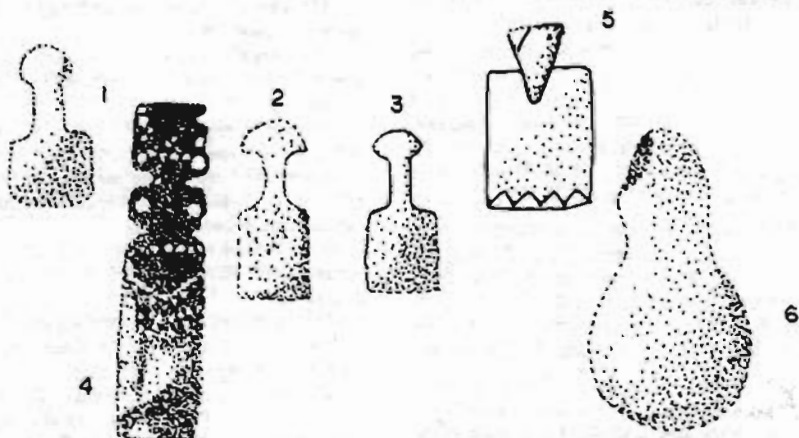


Figura 20. 1. Idolo del Egeo (Museo de Atenas). 2 y 3. Idolillos de Troya (Museo de Ankara). 4. Idolillo de hueso de Sultana (Museo Nacional de Bucarest). 5. Idolo de los Milares (Almería). 6. Idolillo de El Garcel, Bronce Hispánico I.



Figura 22. «Dama de Cehegin», hallada en el paraje de «Cantalobos».

(1) Vázquez Hoys, A. M.: «Aspectos mágicos de la antigüedad» II. en *Boletín A. E. A. A.* 19, junio 1984, páginas 50-54.

(2) Vázquez Hoys, A. M.: «Aspectos mágicos de la antigüedad II. Los espejos mágicos». En *Boletín A. E. A. A.* 20, diciembre 1984, págs.; en general: Rivière, J.: *Amuletos, talismanes y pantáculos*. Barcelona, 1974 (Payot, París, 1924).

(3) Audollent, A.: *Defixionum tabellae*. París, 1904. Las *tabellae defixionum* contenían al principio solamente los nombres de las personas que se entregaban a los dioses (s. V a.C.) y luego fueron complicándose para llegar a contener al fin gran cúmulo de palabras y frases, símbolos e imágenes de valor puramente mágicos (s. III-IV d. C.).

(4) Gaffiot, F.: *Dictionnaire illustré Latin-Français*. París, 1934, s.v. *defixio*. Cf. también De Ruggiero y Pauly-Wissowa *cits.* en nota 13. *infra*.

(5) IX, 31, 4.

(6) *NH* XIII, 69.

(7) IX, 5.

(8) *Multiervm virivtes*, 254 D.

(9) *Esiratagemas*, III, 13, 7.

(10) De Hoz, J.: «Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos» en *AEA*, 1979, págs. 233-235. Las notas anteriores sobre las fuentes clásicas las hemos tomado de este artículo.

(11) De Hoz, J.: *op. cit.*, pág. 235.

(12) Almagro Bachs, M.: *Monografías ampuritanas II. Las inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y romanas*. Barcelona, 1952, página 169, núm. 120: Cuchara de plomo con inscripción; núm. 121: Cuchara de plomo idéntica a la anterior; núm. 122: Estampilla de plomo fundido. Cf. Botet y Sisó, J.: *Not. His. y Arq. de la antigua ciudad de Emporion*. Madrid, 1879, pág. 117 y *CIL* II, suppl. 6250, 2.

(13) De Ruggiero, E. Cardinali, G.: *Dizionario epigrafico di Antichità romane*. I (1886), II (1818), III (1922), IV (1924), y a partir de 1946, vol. II, 2-3, 1561; Pauly, A.-Wissowa, G.-Kroll, W.: *Real Encyclopädie der Klass. Altertumswissenschaft*. Stuttgart, 1894, col. 2373-77.

(14) I. *Tabellae defixionum* de Ampurias. Almagro, M. en *MMA*, VIII, 1947, 124, figura 20; id. *Monografías ampuritanas II. Las inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y romanas*. Barcelona, 1952, págs. 161-172; Gómez Moreno, M.: *Misceláneas. Historia, Arte, Arqueología*. Madrid, 1949, págs. 331-335; id. *Misceláneas*, Madrid, 1949, páginas 331 y ss.

Mallon, J.: *Paléographie romaine*. Madrid, 1952, pág. 62; Vives, J.: *Inscripciones latinas de la España romana*. Barcelona, 1971. Núm. 5916.

Plomo núm. 1: Laminilla de forma paralelogramática, sin decoración. Grueso apenas apreciable. Escrito por una sola cara. Las letras S se doblan acusadamente por la parte superior. Encontrada en una calle de Ampurias, por casualidad.

Plomo núm. 2: Laminilla de plomo escrita al revés, pero no todas las letras.

Plomo núm. 3: Laminilla de plomo semejante a las anteriores, escrita también al revés como el plomo núm. 2. Los personajes son los mismos. Cf. Ripoll Perelló, E. en *Perennius*, 1983.

Plomo núm. 4: Como los anteriores. Escrito al revés, también tiene letras escritas al derecho. Todas estas defixiones las fecha Almagro en el siglo I a.C. Para Gómez Moreno son del siglo II d.C. Según Pflaum, cit. por Ripoll, *op. cit.* son del siglo I d.C.

Plomo núm. 5: También de Ampurias. Su grafía es curiosa, con algunas letras como la D en forma griega, o la S de *paupertatis*, que está al revés.

Plomo núm. 6: Lo mismo que las anteriores, de plomo. Está recortada con seguridad después de haberla escrito. Algunas de sus letras están escritas hacia arriba (V por A, W por M).

Plomo núm. 7: Pequeña plaquita de plomo, con un agujero en su ángulo superior izquierdo, para clavarla en el sepulcro. Los números 2, 3 y 4 se encontraron en una tumba. Los demás, no.

II. Plomos de Córdoba. Encontrados en una necrópolis.

Navascués J. M.: en *AEArq.* 10, 1943, páginas 59 y ss.; Vázquez Hoys, A. M.: en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma* núms. 9-10 (aunque por desgracia, con numerosas erratas de imprenta en la reproducción de las inscripciones latinas); Vives 5913 (el de Dionisia, sierva de Denatia).

Plomo núm. 8: Es una torta de plomo. La inscripción está muy bien conservada.

Plomo núm. 9: Cuadrilátero irregular. Apareció doblado. Este rito de magia a veces se completaba atravesando el plomo con un clavo, como en el siguiente plomo de Córdoba.

Plomo núm. 10: Lámina circular que, después de haber sido escrita, se atravesó con un clavo de hierro.

III. Plomos de Itálica.

Plomo núm. 11: Encontrado en una casa, pero puede provenir, por arrastre, de otro sitio. Gil, J.-Luzón, J. María, en *Habis* 6, 1975, págs. 117-133.

IV. Tabla de mármol de Mérida.

Audollent, A.: *Defixiones tabellae*, 1904, núm. 122; *CIL* II, 462; Vázquez Hoys, A.: *La Religión romana en Hispania*, 1982, cap. I (Proserpina); id. *Hispania Antiqua*, VII, 1977, cap. I. La noticia de su hallazgo moderno ya que se había perdido, la da Álvarez Sáenz de Buruaga, en *AEArq.* XXX, 1957.

(15) Bugde, W. *Amulets and Supersitions*. London, 1930, *passim*. cit. por Rivière, *op. cit.*, página 99, que reproduce el dibujo de la tablilla, con la traducción del nombre de la estrella a la que se asocian los meses babilónicos y su equivalencia académica moderna.

(16) Smith, G. en *North British Review*, enero, 1970. Según la tablilla de la Biblioteca de Nínive que traduce, había siete grandes dioses que tenían sus correspondencias numéricas.

(17) Doute, E.: *Magie et Religion dans l'Afrique du Nord*. Argel, 1908, *passim*. El núm.

9 aparece también como número mágico en Roma, cf. Ovidio, *Fast.* V, págs. 224 y ss.

(18) Rivière *op. cit.*, págs. 136 y ss.

(19) Rivière *op. cit.*, págs. 152 y ss.

(20) Almagro Bachs, M.: *Monografías ampuritanas*, cit. pág. 167.

(21) Cumont, F.: *Lux Perpetua*. París, 1949, Capítulo I: Las viejas creencias.

(22) Vázquez Hoys, A. M.: «La serpiente en las religiones mediterráneas» en *Boletín A. E. A. A.* 14, según la cita de Plinio, *NH* XVI, 44, 234 y LIVIO XXXVIII, 53.

(23) Elieno, *HA* I, 151; Plinio, *NH* X, 188; Ovidio, *Met.* 389-90.

(24) Cumont: *op. cit.*, págs. 19 y ss. La propiedad por los Manes de la tumba está recogida en el Digesto XI, 7, 4.

(25) *Met.* III, 17 y IX, 29.

(26) Cumont: *op. cit.*, pág. 56.

(27) Vázquez Hoys, A. M.: «Cultos y ritos de fecundidad: Las aguas en la Hispania Antigua» en *Universidad y Sociedad* I, 1981, páginas 3-27.

(28) Vázquez Hoys, A. M.: «La serpiente» *passim*.

(29) Vázquez Hoys, A. M.: «La serpiente» cit. *passim*, asimismo Toynbee, J. M. C.: *Animals in the Roman life and Art*. 1977, pág. 223: Snakes.

(30) Aparece ya como mágico en el Imperio Medio Egipcio, cf. Lange, M.-Hirne, M.: *L'Egipte*. París, 1968, láms. 88 y ss.

En general cf. Eliade, M.: «Le dieu lieur et le symbolisme des noeuds» en *Rev. Hist. Rel.* CXXXIV, 1954, págs. 22 y ss.

(31) *NH* XXIV, 6, 17. Las defixiones también se utilizan para evitar el buen desarrollo de los partos, entorpeciendo los. Cf. Daremberg-Saglio, pág. 88.

(32) Grimal, P.: *Diccionario de la Mitología griega y romana*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 1982, s. v. *Galinitas*.

(33) Cf. Vázquez Hoys, A. M.: «Las *tabellae defixionum* en Hispania», en *Gerion* 3, 1986, núm. 55.

(34) Plinio, *NH* XXVIII, 63.

(35) Livio, VII, 3.

(36) Babelon: *Guide illustré au Cabinet des Médailles*. cit. por Rivière, *op. cit.*, pág. 342.

(37) Vázquez Hoys, A. M.: *op. cit.*, en *Gerion* 3, núm. 59.

(38) Vázquez Hoys, A.: «Aspectos mágicos de la Antigüedad» en *Boletín A. E. A. A.* 19, pág. 51.

(39) Sobre los papiros mágicos y sus curiosas variaciones de letras, cf. Nock, A. D.: *Essays on the Religion and the Ancient World*. Oxford, 1973, págs. 176-194, con abundante bibliografía sobre el tema.

(40) Cf. Rivière, M.: *Amuletos, talismanes y pantáculos*, Barcelona, 1972 (París, 1924), página 229.

(41) La misma forma tienen algunas de las paletas de Val Camonica. Cf. Anati, en *Valcamonica Symposium* 72, págs. 263 y ss.

(42) Massonneau, E.: *La magie dans l'Antiquité romaine*. París, 1934; Daremberg-saglio, *op. cit.* s. v. *main*; Boyance, P.: «La main de Fides» en *Col. Latomus* LXX (Hom. a Jaen Bayet), Bruxelles, 1964, págs. 89-100. Con la mano izquierda se hace la «higa» y con ella sujetan el espejo de la diosa siria

Maia Severa y las mujeres que vemos en las escenas «de tocado» cf. Vázquez Hoys, *espejos mágicos*, cit.

(43) Sobre los usos prohibidos de la mano izquierda y el pie izquierdo, cf. Deonna, W.-Renard, M.: *Croyances et superstitions de table dans la Rome Antique*. Col. Latomus XLVI. Bruxelles, también Guilandré: *La droite et la gauche dans les poèmes homériques*, 1934, págs. 469 y ss.; sobre los papiros mágicos cf. Preisendanz, K.: *Papyri Graecae Magicae*, II, 1931. G. Ruiz, E.: «Estudio lingüístico de las defixiones latinas no incluidas en el *Corpus de Audollent*» en *Emerita*, 35, 1967, págs. 55-247.

(44) Una completa bibliografía en Cypselia, IV, 1982, pág. 131, al término del artículo de Riuro, F. sobre el plomo con epigrafía ibérica del Poblat del Castell (Palamós).

(45) Cf. Maluquer, J.: *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*. Barcelona, 1968, páginas 128 y 35.

(46) Gil, J.-Luzón, J. M.: en *Habis*, 6, 1975, págs. 117-133, p. 125.

(47) Cuadrado, E.: «El plomo con inscripción ibérica de El Cigarralejo» (Mula, Murcia), en *Cuadernos de H.ª Primitiva*, año V, Madrid, 1950, también id. en *Informes y Memorias de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas* núm. 21, 1950, figs. 169-71.

(48) Frazer, J. G.: *El folklore en el Antiguo Testamento*. Madrid. México-Buenos Aires, 1981, págs. 215 y ss.

(49) Sobre el plomo de Alcoy y otros plomos ibéricos, cf. Maluquer, J.: *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*. Barcelona, 1968. Sobre los materiales trata en la pág. 50; sobre las inscripciones sobre plomo, en la página 128; del plomo de Alcoy en la pág. 135 y de El Cigarralejo en la misma página 135. Sobre la estela de Bensafim, la lámina XIX, etcétera; id. «Sobre el plomo ibérico de Ampurias» en *Hom. al Profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961-2.

(50) Cf. nota anterior.

(51) Según Jerphanion, G. de: en *Recherches de Sciences Religieuses* XXV, abril, 1935, páginas 188 y ss. También se ha encontrado en Mesopotamia, Egipto y Pompeya. Este autor piensa en un origen judío y Cumont ve en él un cuadrado cabalístico sobre la gran visión de la rueda de Ezequiel. Sobre esta fórmula, cf. Riviére, J.: *Amulets, talismans y pantáculos*. Barcelona, 1974, págs. 169 y ss. Las letras invertidas se encuentran en los papiros mágicos, cf. Nock, A. D.: *Essays on Religion and the Ancient World*. Oxford, 1972, 9: Greek Magical Papyri, págs. 176-194, con abundante bibliografía anterior. También Brashear, Wm.: «Ein Berliner Zauberpapyrus». *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 33, 1979, págs. 261-278 y Le Glay, M.: «Magie et sorcellerie à Rome», *Mel. J. Heurgon*, 1976, pág. 548, núm. 95.

(52) Vázquez Hoys, A. M.: artículo cit. sobre los espejos mágicos, *Boletín A. E. A.*, 20, 1985.

(53) Sobre las prohibiciones, cf. Mac Mullen, R.: *Enemies of the Roman Order Treason, unrest and alienation in the Empire*. Cambridge, 1966, *passim*.

(54) García Iglesias, L.: «Paganismo y

Cristianismo en la Hispania romana», en *Symposio sobre la Religión romana en Hispania*. Madrid, 1979, págs. 363-380. Sobre las antiguas comunidades judías en Roma, cf. Muñoz Valle, L.: «Las comunidades judías en la Roma Imperial» en *Cuadernos de Filología Clásica*, 5, 1973, págs. 151-163.

(55) Le Glay op. cit. pág. 549. Tienen el efecto de dejar mudo al adversario, como hace la hechicera Titinia que cita Cicerón en *Brunus*, 217.

(56) Riviére op. cit., págs. 342, 156.

(57) Riviére op. cit., págs. 158, 159, 341-342, 222, etc.

(58) cit. por Buisson, M.: *La magia*, págs. 115 y ss.: El poder mágico de la escritura. Barcelona, 1976.

(59) La fórmula de *tabula ansata* ha persistido en las *tabellae defixionum* como en la citada en el *Dic. de Arch. Chret.* col. 1841. de Museo de Aviñón. Se trata de una fórmula de imprecación contra el granizo. Cf. también Silva Neto, S. en *Humanitas*, 2, 1948-49, páginas 72-78 o la inscripción profiláctica en una cruz africana de *AEArq.*, 1939, págs. 45-46.

(60) Cf. sobre la Dama de Cehegin, Lillo, A.-Melgares Guerrero, J. A. en *Papeles del Museo de Murcia. Arqueología*, 1. Cuentan que lleva un espejo en la mano.

(61) Audollent, A.: *Defixionum tabellae*. París, 1904; Balia, A.: «Defixiones ampuritanas» en *AEA*, 37, 1964, págs. 197-201; Besnier, M.: «Récents travaux sur les *Defixionum tabellae* latines (1904-1914)», en *Rev. Phil.*, 44, 1920, páginas 1-30; Blázquez, J. M.: *Diccionario de las religiones prerromanas en Hispania*, Madrid, 1975; Bloch, R.: *Les prodiges dans l'Antiquité classique* (Grèce, Etrurie et Rome. Coll. Mythes et Religions. París, 1963; id. «Liberté et déterminisme dans la divination romaine» Coll. *Latomus* LXX, Bruxelles, 1964, págs. 89-100; Booner, C.: «Studies in magical Amulets», *Ann. Arbor*, 1950, págs. 226 y ss.; Brashear, Wm.: «Ein Berliner Zauberpapyrus», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 33, 1979, Bonn, págs. 261-278; Bouché-Leclercq, A.: *Histoire de la divination dans l'antiquité* Reimp. Germany, 1978; Bloch, R.: *La divination dans l'Antiquité*, París, 1948; Budge, W.: *Amulets and Superstitions*. London, 1930; Buisson, M.: *La Magia*. Barcelona, 1976; Cagnat, M. R.: «La sorcellerie et les sorciers chez les Romains» en *Ann. Mus. Guimet* XV, 1903-4, págs. 134-175; Carabia, J.: «Les prodiges dans les vies des douze Césars de Suetone» *Actes du Congrès National des Sociétés Savantes*. Limoges, 1977, t. II, págs. 279-288; Ciaffii, V.: *La magia nella letteratura e nella vita di Roma antica*. Univ. Torino, 1962; Cuadrado, E.: «El plomo con inscripción ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)» en *Cuadernos de Historia primitiva* V, Madrid, 1950; id. «Excavaciones en el Santuario ibérico de El Cigarralejo», *Informes y Memorias C. E. Arq.* núm. 21, 1950; Cumont, F.: *Les religions orientales dans le paganisme romain*. París, 1929, capítulo VII: L'astrologie et la magie; id. *Lux perpetua*. París, 1949; Daremberg-Saglio-potier: *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, t. III, 2, 1904 s. v. magie; De Hoz,

J.: «Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos» en *AEA*, 1979, págs. 233-235; Derchain, Ph.: *Les intailles magiques gréco-égyptiennes*. París, 1964; Deruggiero, E. de: *Dizionario epigrafico di Antichità romane*. T. II, págs. 2-3, 1561 s. v. magia; Diringer, D.: *The alphabet*. Nueva York, 1948; Ernout, A.: «La magie chez Plinius l'Ancien», Col. *Latomus* LXX (*Hom. J. Bayet*), Bruxelles, 1964, páginas 190-195; Fernández Oxea, J. R.: «Lápidas sepulcrales de la Edad del Bronce en Extremadura» en *AEA* 80, 1950, págs. 293-318; Festugière, A. J.: *La révélation d'Hermès Trismégiste*, París, 1983, reimp.; Forcellini, A.-De Vit, V. de: *Lexicon totius latinitatis* I-VI. Prati, 1858-1875; Fletcher Valls, D.: Los plomos ibéricos de Játiva (Valencia), Trabajos varios del S. I. P. núm. 66. Valencia, 1980; Fletcher Valls, D.-Mesado Oliver, N.: «Nuevas inscripciones ibéricas de la provincia de Castellón de la Plana», Castellón, 1968; Fletcher Valls, D.: «Nuevas inscripciones ibéricas de la región valenciana» *Arch. Preh. Levant.* XIII, Valencia, 1972; id. «El plomo ibérico de Mogente». Valencia. Dip. Provincial, 1982; García Ruiz, E.: «Estudio lingüístico de las defixiones latinas no incluidas en el *Corpus de Audollent*» en *Emerita* 35, 1967, págs. 55-247; Gil, L.: *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico*; Gil, J.-Luzón, J. M.: «Tabella defixionis de Itálica» en *Habis* 6, 1975, pág. 117; Gómez Moreno, M.: *Miscelánea. Historia. Arte. Arqueología*. Madrid, 1949; id. *Escritura bastulo-turdetana*. Madrid, 1950; id. «De epigrafía ibérica: El plomo de Alcoy» en *Rev. Fil. Esp.* t. IX, 1922, cuad. núm. 1, págs. 359 y siguientes; González Wagner, C.: «Psicoactivos, misticismo y religión en el mundo antiguo», en *Gerion*, 2, 1984, págs. 31-59; Hopfner, T.: *Griechis. ägyptischer Offenbarungszauber*. Leipzig, 1921; Hubert, Th.: *Monumenta Linguae Ibericae*. Madrid, 1983; Jeanerret, M.: «La langue des tablettes d'exécration latines», en *Rev. Phil.*, 40, 1916, págs. 225-258; Lázaro Mengod, A.-Mesado Oliver, N.-Fletcher Valls, D.-Arregui Gasco, C.: *Materiales de la necrópolis ibérica de Orley (Vall d'Uxó, Castellón)*. Serv. Inv. Preh. Dip. Valencia, 1981; Le Glay, M.: «Magie et sorcellerie à Rome au dernier siècle de la République» *Mel. off. J. Heurgon*, vol. V, 1976, págs. 525-50; Maluquer, J.: *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*. Barcelona, 1968; Mallon, J.: *Paléographie romaine. Scripturae* III. Madrid, 1952; Navasques, J. M.: «Plomos romanos con inscripción mágica hallados en Córdoba» en *AEA Noticias* en 1934, págs. 51-60; MMAP XV-XVIII, 1954-57; NOCK, A. D.: *Essays on the Religion and the Ancient World*. I. Greek Magical Papyri. cap. I. Oxford, 1972; Pauly-Wissowa-Kroll: *Real Encyclopädie der Altertumswissenschaft*. Stuttgart, 1984, ss. col. 2373 s. v. defixio; Pericay, P. en *Symposio Col.* Barcelona, 1974, págs. 223-45; Preisendatz, K.: *Papyri Graecae Magicae*, 1931 (ed. anast., 1974, ind. en abrev. PGM); Ripoll Perelló, E., en *Perennitas*, 1980; Riviére, J.: *Amulets, talismans y pantáculos*. Barcelona, 1974; Sciaccia, S. co *Ko-kalos*, XXVIII-XXIX, 1982-83; Wuench, R.: *Defixionum Tabellae atticae*. Berlin, 1897.

NECROPOLIS DE «EL CIGARRALEJO». MULA (MURCIA)

Estudio Osteológico y Paleopatológico (primera parte)

Manuel SANTONJA ALONSO

Este estudio ha sido posible gracias a que don Emeterio Cuadrado pensó, a lo largo de los muchos años de su metódica excavación de la necrópolis, que tanto interés como el estudio de los ajuares y armas tenía el del soporte humano de quienes los poseyeron en vida, la única y pobre muestra de lo que un día fue vida con todas sus servidumbres y que, pasto del fuego, quedó en nada o en casi nada. Por ello, fue recogiendo, con el mayor respeto, los restos óseos de aquellos iberos que, por este rito de la Cremación, nos son tan desconocidos en su morfología.

Mi agradecimiento a su confianza, y a mis colegas, los doctores Knapp, Montero, Serrano Cepedano y López Varea, por su valiosa colaboración.

La bibliografía de estos últimos años ha puesto de manifiesto que el estudio de los huesos humanos procedentes de necrópolis de «cremación», impropiaamente conocidas como de «incineración», aportan datos de importancia para la Antropología física, siendo cada vez más frecuentes y detallados los informes sobre las mismas.

Aunque a veces estos fragmentos óseos proporcionen poca información, no hay duda de que, en interdependencia con los estudios sobre los metales y cerámicas de las tumbas, esta será de gran importancia, pues es posible que con ella se pueda llegar a establecer modelos de interpretación generalizables, dado que todos han surgido del mismo proceso y en similares circunstancias.

CONCEPTOS DE INCINERACION Y CREMACION

En Arqueología es corriente el confusiónismo de utilizar indistintamente los términos *incineración/cremación*, si bien parece habitual usar el de *cremación* cuando se refiere a la parte material del acto y el de *incineración* cuando se hace sobre el rito.

Estimamos que en la actualidad

debe utilizarse siempre el de *cremación* —«acción de quemar algo»— y olvidar en Arqueología el de *incineración* —«acción de reducir a cenizas»— que debe quedar para los casos en que se utilicen hornos apropiados para reducir un cadáver a cenizas sin ninguna mezcla, como se realiza modernamente en hornos de combustión a gas y en los que se alcanzan temperaturas de hasta 1.500 ° —Horno Siemens— reduciendo a cenizas un cuerpo de adulto en 30 minutos, o como en el instalado en «La Almudena» de Madrid, que a 1.200 ° reduce un cadáver a cenizas en una hora y diez minutos, dejando un residuo de 1 a 3 kg.

El acto funerario de la *cremación* debe exigir un lugar adecuado donde realizarla con libertad de movimientos, amplio para construir la pira y para la libre circulación de los que la cuidan y de los deudos y amigos, banquete funerario, etcétera.

Sin embargo, es frecuente leer en los informes de excavación que el cadáver se quema sobre la tumba en la que van a quedar depositadas las cenizas y estimo que se debe investigar esta afirmación con mayor rigor, puesto que carbones y huellas del fuego, aunque la pira sea de poco tamaño, deben dejar mayores huellas, tanto sobre el encanchado de la tumba

como sobre las más próximas que, además, serán un estorbo para el desarrollo del ritual.

Una pira, formada por ramaje seco y leños, debe tener como mínimo las medidas del cadáver más las del espacio necesario para construirla, como mínimo unos 3 × 2 m, espacio no muy fácil de conseguir entre las tumbas.

Por ello debe existir un espacio destinado a los Ustrinum en las proximidades, que en la necrópolis de El Cigarralejo, como en otras, aún no ha sido localizado.

Durante la *cremación*, los grados de la combustión son muy variables a causa de los distintos factores que influyen en la misma, como son la naturaleza de la pira —volumen y calidad de la leña— y la del cadáver —peso y gordura— todo lo cual altera el resultado final.

Las partes blandas —músculos y vísceras, piel y grasas— del cuerpo se queman, se oxidan y desaparecen. Las partes óseas sufren destrucción; del hueso quemado sólo queda la porción inorgánica —las sales minerales— en forma de cenizas o de trozos calcinados —fragmentos/esquirlas— que conservan la forma original del hueso, si bien pierde volumen, se endurece, se rompe, se cuarteas, se fractura o se pulveriza. La parte orgánica —cé-

lulas/fibras/proteínas— ha sido oxidada y desaparece. Estos son los restos de la cremación que, junto a carbones y cenizas, son recogidos e introducidos en las urnas cinerarias, operación en la que pueden sufrir nuevas fragmentaciones, así como en las de la excavación, si bien esto influye poco en la investigación, puesto que se romperían por las líneas de fractura.

En la Península este rito funerario ha sido constatado desde la «Cultura de los Campos de Urnas», generalizado entre Celtas e Iberos, pero se desconoce la fecha en que se abandona el rito de inhumación y se generaliza la Cremación, si bien se conocen necrópolis en las que coexisten.

El profesor Maluquer plantea la incógnita de si en la Península existían con anterioridad a los «Campos de Urnas» núcleos indígenas que cremaban a sus muertos. Lo cierto es, que tras una larga etapa de inhumar, se pasa con rapidez y extensión a cremar y nuevamente, con la romanización, se vuelve a la inhumación, quedando reservada la cremación para rendir homenaje a los muertos en combate o como acto de veneración y de conquista, como repetidamente nos narran las fuentes históricas.

Yo planteo otra incógnita y espero con interés la respuesta de los investigadores de las necrópolis con rito de Cremación.

Pienso que no todos los que morían en los poblados eran «enterrados» en estas necrópolis con este ritual, sino solamente la «élite» —Jefes, guerreros, sus deudos más directos, etcétera— y que el estado «llano» tendría otro lugar y un ritual más elemental.

Me baso en lo siguiente:

1.º La alta proporción de ajuar «ricos» en las tumbas excavadas.

2.º La baja proporción de «enterramientos», en relación con el dilatado tiempo de uso de las necrópolis.

3.º La edad, más bien joven, de los «cremados».

4.º La más alta tasa de mortalidad de aquellos pueblos, que no se corresponde con el número de tumbas.

METODO DE ESTUDIO

Una vez conocido el tipo de enterramiento y su entorno, deben te-

nerse presentes una serie de condicionantes:

a) Que sólo excepcionalmente dispondremos de «piezas anatómicas», ya que lo normal será trabajar sobre «fragmentos» y «esquirlas» (1).

b) Que éstos han sufrido la acción transformadora del fuego y del calor en distinto grado, dando lugar a deformaciones que habrán alterado las medidas y datos normales, a causa, principalmente, de las retracciones y polifracturas producidas.

El conjunto de restos de huesos procedentes de las tumbas deberá someterse a un proceso de limpieza y preparación que permita su manipulación y estudio. Para ello hemos realizado las siguientes operaciones:

— Cribar en cedazos de malla de 5 milímetros, para eliminar cenizas y tierras.

— Limpieza mecánica cuidadosa de las superficies de los fragmentos o piezas; la tierra fuertemente adherida se puede arrastrar con agua, sin presión. Si disponemos de lugar ventilado y soleado se pueden lavar sobre cedazo de malla de 2 mm y dejarlos secar al sol; en caso contrario, hacerlo en el Laboratorio, pieza a pieza, secándolos en fuente calorífica suave.

— En casos especiales puede ser necesario consolidar algún resto, sumergiéndole en un producto adecuado: emulsión acrílica, primal, etcétera.

— Por último, pesar el conjunto de restos y proceder a su clasificación, si bien el peso no tiene un valor específico, lo mismo que el número de fragmentos y esquirlas.

CLASIFICACION

Separar piezas, fragmentos y esquirlas, distribuyéndolos en los siguientes grupos:

Grupo C. Fragmentos y esquirlas de huesos del Cráneo (Calota y Esplacno cráneo o macizo facial).

Grupo T. Fragmentos y esquirlas de huesos del Tórax.

Grupo V. Fragmentos y esquirlas de huesos de la Columna Vertebral.

Grupo B. Fragmentos y esquirlas de huesos de las Extremidades Superiores.

Grupo P. Fragmentos y esquirlas de huesos de las Extremidades Inferiores.

Grupo ROV. Fragmentos y esquirlas de huesos de otros Vertebrados (R. O. V.).

Esta clasificación, una de las varias posibles, se ha revelado útil en la práctica, haciendo un grupo genérico, con subgrupos individuales de cada pieza anatómica y a su vez de cada lado, derecho o izquierdo.

Grupo C. CRANEO:

Se procederá a la identificación anatómica de fragmentos y esquirlas, describiendo el aspecto de la superficie (carbonizada, ennegrecida, calcificada, «eburneada») y las líneas de fracturamiento. En las láminas se observará si están soldadas o no (s/.) (s/s) o estalladas y en las suturas el aspecto de los dentellones (grandes, medianos, pequeños) de las soldaduras o sinostosis (s/.), sin soldar (s/s), soldadura iniciada en la cara interna (s/i.int.) o en la externa (s/i.ext.). Estos últimos factores son específicos para determinar o datar la edad y el sexo.

Los rebordes orbitarios se han dividido en finos o gruesos y las órbitas en grandes, medianas o pequeñas, puesto que la forma solamente se puede adivinar en parte. Las apófisis Mastoides, según su tamaño pueden ayudar a determinar el sexo.

Sobre la cara interna de los distintos fragmentos se observará la presencia de huellas o surcos de la arteria Meningea media, fosas, crestas, canales y protuberancias.

Se observará la presencia de peñascos, su tamaño y osificación, así como si existen restos del Esfenoides. En los Malares prestar atención al tamaño y al reborde orbital. Sobre los Maxilares superiores observar y medir velo del paladar, los bordes alveolares y dientes, especialmente útiles en las datas de edad y sexo. En la Mandíbula, medidas e índice de los cóndilos, de las ramas y del borde dentario, dientes y alvéolos, datos importantes para determinar número de individuos, edad y sexo, y de la sínfisis.

El grosor de (tabla externa/diploe/tabla interna) los huesos de la bóveda del cráneo, se debe tomar a

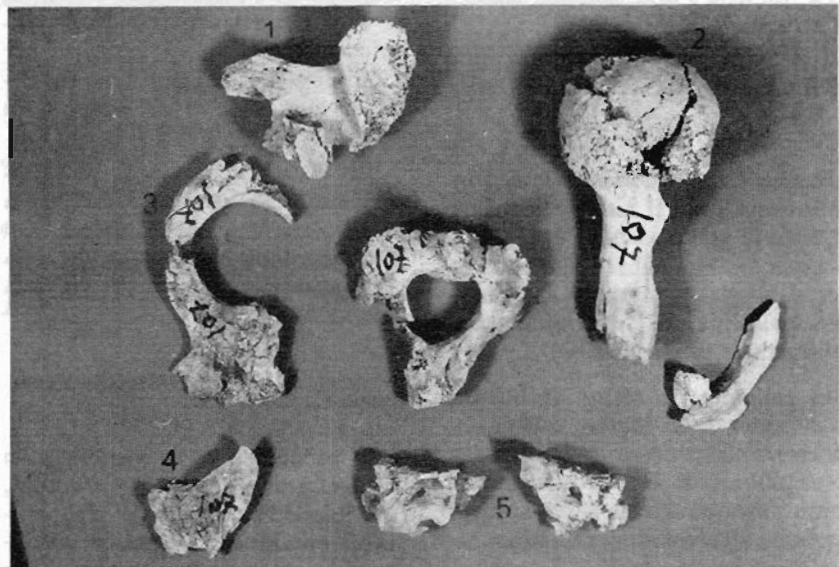


Foto 1.1. 1: Fragmento de apófisis vertebral. 2: Cabeza de Fémur. 3: Agujero Occipital. 4: Apófisis coronoides mandibular. 5: Fragmentos de Peñascos.

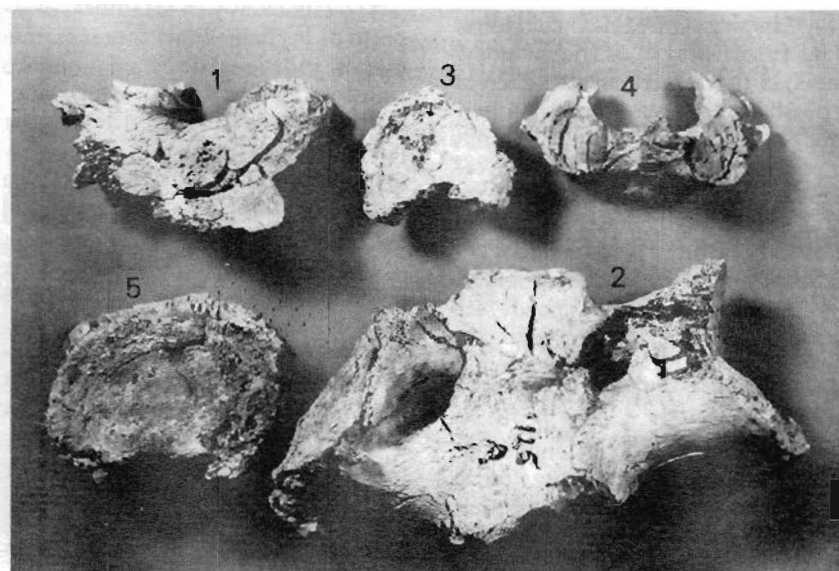


Foto 1.2. 1: Fragmento de Coxal. 2: Fragmento de Sacro. 3-4 y 5: Cuerpos vertebrales: Dorsal, Axis, Lumbar.

Foto 1. Diversas muestras de la fragmentación ósea resultante de la cremación.

distintos niveles, para hallar mínimos y máximos y en protuberancias y glabelas, con calibre.

Los dientes son muy importantes, como decimos más adelante.

Grupo T. TORAX:

Se determinará el número de fragmentos y esquirlas, identificándolos anatómicamente y describiendo el aspecto, midiendo con calibre el alto y

ancho y el estado de osificación de epífisis y carillas articulares de las costillas (datan la edad).

Grupo V. VERTEBRAS:

Anotar el número de fragmentos y esquirlas, identificando anatómicamente las vértebras específicas, especialmente las cervicales atlas y axis, que nos ayudan en la determinación de número de individuos y sexo. En

los cuerpos vertebrales describir el estado de las carillas articulares y la existencia de alteraciones patológicas. Medir con calibre los diámetros (el anteroposterior multiplicado por el trasverso, siempre que no se indique otro orden). Índices. Alturas de cara anterior y posterior. Canal raquídeo o medular: diámetros e índice. En el sacro, medidas y soldaduras datan edad y cantidad de individuos.

Es relativamente frecuente observar series de cuerpos de vértebras lumbares, que indirectamente pueden suministrar una orientación sobre la estatura del individuo.

Grupos B y P. EXTREMIDADES SUPERIORES E INFERIORES:

Como en los casos anteriores agrupar el número de fragmentos y esquirlas. En general, éstos suelen ser muy numerosos, a causa del fraccionamiento intenso de los huesos largos por las abundantes líneas de fractura producidas durante la «combustión», lo que da lugar a que nos encontremos con graves dudas para la identificación anatómica de las esquirlas, a veces incluso de fragmentos diafisarios. En general, los de fémur son fácilmente identificables, igualmente ocurre con las extremidades distales o epífisis.

En los fragmentos identificados anatómicamente, describirlos, señalar el aspecto de las superficies, líneas de fractura, deformidades y torsiones. En las epífisis, medir los diámetros e índices, estado de las soldaduras u osificación.

En las diáfisis medir el grosor de las láminas o compactas y los diámetros a nivel anatómico (a.n./a.).

En las carillas articulares-cavidades-glenoideas y cotiloideas y en las cabezas o bolas articulares medir los diámetros, alturas e índices. Comprobar el estado de las soldaduras epifisarias (s. a./t.) (s./s.) (s./i.). Forma o perfil de la escotadura ciática (abierta, redondeada) y del agujero oval (oval, redondeado) y aspecto de la carilla del pubis en las pelvis. Datos que pueden facilitar datos sobre edad y sexo.

En el recuento total de los restos óseos hemos utilizado la siguiente tabla para su individualización y estudio.

TABLA I

GRUPO	SUBGRUPO	Pieza anatómica o Fragmento/s y Esquirla/s.
C		CRANEO.
C	F	Frontal.
C	P	Parietales (P/d: derechos; P/i: izquierdos).
C	T	Temporales (T/d: derechos; T/i: izquierdos).
C	O	Occipital.
C	E	Esfenoides.
C	Et	Etmoides.
C	Ml	Malares (Ml/d: derechos; Ml/i: izquierdos).
C	Mx	Maxilares (Mx/d: derechos; Mx/i: izquierdos).
C	Md	Mandíbula o Maxilar inferior.
C	D	Dientes
C	I ¹⁻²	Incisivos superiores permanentes.
C	I ₁₋₂	Incisivos inferiores permanentes.
C	C ¹⁻²	Caninos superiores permanentes.
C	C ₁₋₂	Caninos inferiores permanentes.
C	Pl ¹⁻²	Premolares superiores permanentes.
C	P ₁₋₂	Premolares inferiores permanentes.
C	M ¹⁻²⁻³	Molares superiores permanentes.
C	M ₁₋₂₋₃	Molares inferiores permanentes. (los deciduales y alvéolos se representan con la misma signatura, en minúsculas).
T		TORAX.
T	C	Costillas (1. ^a a 12. ^a C/d: dchas.; C/i: izqdas.).
T	E	Esternón.
V		VERTEBRAS.
V	C	Cervicales (1. ^a , atlas; 2. ^a , axis; 3. ^a , 4. ^a , 5. ^a , 6. ^a , 7. ^a).
V	D	Dorsales (1. ^a a 12. ^a).
V	L	Lumbares (1. ^a a 5. ^a).
V	S	Sacro.
V	X	Coxis.
B		BRAZOS O EXTREMIDADES SUPERIORES.
B	C	Clavículas (C/d: derecha; C/i: izquierda).
B	O	Omóplatos (O/d: derecho; O/i: izquierdo).
B	H	Húmeros (H/d: derecho; H/i: izquierdo).
B	Cu	Cúbitos (Cu/d: derecho; Cu/i: izquierdo).
B	R	Radios (R/d: derecho; C/i: izquierdo).
B	M	Muñecas/Carpos (M/d: derecha; M/i: izquierda).
B	Mt	Metacarpianos (Mt/d: derecho; Mt/i: izquierdo).
B	F	Falanges (F/d: derecha; F/i: izquierda).
P		PIERNAS O MIEMBROS INFERIORES.
P	P	Pelvis o Coxal (P/il/d/i: Iliaco derecho, izquierdo). (P/is/d/i: Isquión derecho, izquierdo). (P/pb/d/i: Pubis derecho, izquierdo).
P	F	Fémures (F/d: derecho; F/i: izquierdo).
P	R	Rótulas (R/d: derecha; R/i: izquierda).
P	T	Tibias (T/d: derecha; T/i: izquierda).
P	U	Ulnas o Peronés (P/d: derecha; P/i: izquierda).
P	C	Calcáneos (C/d: derecho; C/i: izquierdo).
P	A	Astrágalos (A/d: derecho; A/i: izquierdo).
P	Ta	Tarsos (Ta/d: derecho; a/i: izquierdo).
P	Mt	Metatarsianos (Mt/d: derecho; Mt/i: izquierdo).
P	Fl	Falanges (Fl/d: derecha; Fl/i: izquierda).
R. O. V.		RESTOS OSEOS DE OTROS VERTEBRADOS

OBSERVACIONES:

Se reúnen en la TABLA todos los elementos Oseos Específicos del esqueleto humano (E. O. E. H.) ya sean piezas o fragmentos.

Otros conceptos que deben ser tenidos en cuenta a efectos estadísticos son:

N. I.: Número inicial previsto de individuos, que en una necrópolis puede corresponder al número de tumbas con restos o no; en las de «cremación», al número de urnas.

N. R. I.: Número real de individuos: la suma total de individuos de todas las urnas o tumbas con restos óseos.

N. M. I.: Es el número mínimo de individuos al que pueden corresponder los restos óseos estudiados, teniendo en cuenta para cada pieza/fragmento los criterios de similitud (derecha-izquierda) y número pertinente.

N. E. O. E.: Número de elementos óseos específicos total de elementos tabulados.

N. F. P.: Número de «fragmentos» de una pieza o elemento óseo específico. Aporta datos sobre la fragmentación o fracturamiento más frecuente de cada hueso, si bien la dificultad de interpretar muchas esquirlas falsea este dato.

N. I. Ed.: Número de individuos según su edad.

N. I. X.: Número de individuos según su sexo (V=Varón; H=Hembra).

N. I. T.: Número de individuos según su talla.

(La mayoría de estos conceptos son de difícil evaluación en necrópolis de Cremación, dados el estado de polifracturación de los huesos y la dificultad de individualizarlos.)

Otro Método de Clasificación, a efectos de su utilización con los medios electrónicos actuales, podría ser el indicado en la Tabla II.

COMENTARIOS GENERALES

En los fragmentos de los huesos del Cráneo, es frecuente observar separa-

TABLA II

GRUPO	SUBGRUPO	Pieza anatómica o fragmento/s y esquirla/s.
I		CRANEO.
I	1.	Frontal.
I	2.	Parietales (2/1. derecho; 2/2. izquierdo).
I	3.	Temporales (I-3/1. derecho; I-3/2. izquierdo).
I	4.	Occipital.
I	5.	Esfenoides.
I	6.	Etmoides.
I	7.	Malares (I-7/1. derecho; I-7/2. izquierdo).
I	8.	Maxilares Superiores (I-8/1. derecho; I-8/2. izquierdo).
I	9.	Maxilar inferior o Mandíbula.
I	10.	Dientes
		definitivos deciduales
I	10/1.	Incisivos superiores (I ¹ -I ¹) (i ¹ -i ²)
I	10/2.	Incisivos inferiores (I ₁ -I ₂) (i ₁ -i ₂).
I	10/3.	Caninos superiores (C ¹ -C ¹) (c ¹ -c ¹).
I	10/4.	Caninos inferiores (C ₁ -C ₁) (c ₁ -c ₁).
I	10/5.	Premolares superiores (P ¹ -P ¹) (p ¹ -p ¹).
I	10/6.	Premolares inferiores (P ₁ -P ₁) (p ₁ -p ₁).
I	10/7.	Molares superiores (M ¹ -M ² -M ³) (m ¹ -m ² -m ³).
I	10/8.	Molares inferiores (M ₁ -M ₂ -M ₃) (m ₁ -m ₂ -m ₃).
II		TORAX.
II	1.	Costillas (II-1/1. derechas; II-1/2. izquierdas).
II	2.	Esternón.
III		VERTEBRAS
III	1.	V. Cervicales (1. ^a Atlas; 2. ^a Axis a 7. ^a)
III	2.	V. Dorsales (1. ^a a 12. ^a)
III	3.	V. Lumbares (1. ^a a 5. ^a)
III	4.	Sacro (1. ^a a 5. ^a)
III	5.	Coxis
IV		EXTREMIDADES SUPERIORES.
IV	1.	Claviculas (IV-1/1. derecha; IV-1/2. izquierda).
IV	2.	Omóplatos (IV-2/1. derecho; IV-2/2. izquierdo).
IV	3.	Húmeros (IV-3/1. derecho; IV-3/2. izquierdo).
IV	4.	Cúbitos (IV-4/1. derecho; IV-4/2. izquierdo).
IV	5.	Radios (IV-5/1. derecho; IV-5/2. izquierdo).
IV	6.	Carpó.
IV	7.	Metacarpianos.
IV	8.	Falanges de la mano.
V		EXTREMIDADES INFERIORES
V	1.	Pelvis o Coxal (V-1/1 y V-1/2. Ilíon derecho e izquierdo). (V-1/3 y V-1/4. Isquión derecho e izquierdo). (V-1/5 y V-1/6. Pubis derecho e izquierdo).
V	2.	Fémures (V-2/1. derecho; V-2/2. izquierdo).
V	3.	Rótulas (V-3/1. derecha; V-3/2. izquierda).
V	4.	Tibias (V-4/1. derecha; V-4/2. izquierda).
V	5.	Peronés o Ulnas (V-5/1. derecho; V-5/2. izquierdo).
V	6.	Calcáneos (V-6/1. derecho; V-6/2. izquierdo).
V	7.	Astrágalos (V-7/1. derecho; V-7/2. izquierdo).
V	8.	Cuñas; esfenoides y cuboides.
V	9.	Metatarsianos.
V	10.	Falanges del pie.

ción de las láminas o tablas, bien por no estar aún terminada la osificación o soldadura de las mismas, lo que facilitaría su separación, o por su estallido a causa del calor, de las torsiones y deformidades causadas por las altas temperaturas.

Cuando las superficies de estos huesos aparecen ennegrecidas, «carbonizadas», apenas se observan líneas de fracturas y deformaciones; por el contrario, en aquellos casos en que las superficies se presentan blanquecinas, como con manchas de cal, se acentúan las líneas de fractura, las deformaciones y retracciones que alteran la curvatura normal de estos huesos, fenómenos indudablemente relacionados con las altas temperaturas alcanzadas en la «cremación», bien por la calidad de las maderas o por el volumen y disposición de la pira funeraria. En estos huesos y especialmente en los de las extremidades, por la acción de altos grados de la combustión, se compactan, se calcifican, alcanzando un aspecto marfileño que hemos denominado «eburnación».

Los huesos de las extremidades se presentan casi siempre muy fraccionados, incluso astillados en pequeñas porciones («esquirlas») de los que sólo es posible obtener datos probables, deducibles por simple inspección. Al igual que los del cráneo, aquellos que están ennegrecidos o carbonizados, presentan la superficie lisa, con líneas de fractura paralelas, que se cortan. La carbonización en sus primeros grados, afecta a la esponjosa, que se ennegrece, mientras que las láminas presentan una capa media negra envuelta por dos capas blanquecinas corticales.

Entre los restos es frecuente hallar dientes, por la resistencia que presentan al fuego. En general suelen aguantar hasta los 1.000°, presentando alteraciones por encima de los 150° y estallidos alrededor de los 400°, y a mucha mayor temperatura, si existen caries por la fácil expansión de los gases. La reducción del tamaño puede alcanzar un 20 por 100. Todos estos fenómenos pueden quedar modificados por diversas causas. En un caso hemos observado que la corona ha desaparecido por fusión, quedando sobre el diente una especie de escoria negra brillante, de lo que se puede deducir que la destrucción del diente ha

estado más relacionada con el alto grado de la combustión que con el tiempo de la misma.

Otra alteración observada es la desaparición, a veces total, de la sustancia esponjosa de las epífisis, especialmente en los húmeros, quedando aparentemente como aplastadas una lámina contra otra. En otros casos, como en la T-112, las deformaciones y torsiones han dado lugar a un cambio de orientación en el cuello del fémur, que en lugar de su inclinación normal se estira quedando casi vertical, con las láminas llenas de fracturas rectas y semilunares, con aspecto de uñadas que los cortan y hacen saltar fácilmente, líneas de fractura que se aprecian perfectamente en las radiografías (fotografía radiológica número 8).

Con más frecuencia que en los huesos craneales, las superficies se presentan con manchas blanquecinas, el hueso duro y compacto, aunque cuarteado y resquebrajado por grandes estrías, las cuales facilitan la polifractura en picos de flauta o en arcos, con la compacta endurecida y «eburneada».

Hay que destacar también la presencia, en la muestra estudiada, de fragmentos del esfenoides, hueso extremadamente frágil por la delicadeza de su estructura laminar y que se presenta con un aspecto casi normal, algo más endurecido y calcificado, fenómeno que puede ser debido a su protegida situación en la base del cráneo.

En los cuerpos de las vértebras, y especialmente en las apófisis, hemos observado como estallidos y deformidades que, en algún caso, han aumentado exageradamente su volumen.

En las vértebras, los fragmentos más frecuentes corresponden a cuerpos, especialmente lumbares. En algunos, destaca la presencia en los bordes de las carillas articulares de una deformación semejante a las causadas por enfermedades reumáticas, alteraciones patológicas que actualmente se observan con mayor frecuencia en personas de la tercera edad y con menor incidencia en personas jóvenes, presentándose como «osteofitos», «sindesmofitos», «placas calcificadas» a veces de gran tamaño, «picos de loro», que sueldan unos a otros los

cuerpos vertebrales (fotografías 4, 5 y 6).

Hay casos, como en la T. 125-B, en que estas alteraciones recaen también sobre las vértebras cervicales, ofreciendo un aspecto semejante al de una materia cérica o plástica derretida por la acción del calor (fotos 4.2 y 4.3).

Alteraciones, en cierto modo semejantes, de menor tamaño, hemos observado en un caso sobre cabezas de fémur, T-382-II, en la unión cabeza-cuello, sobre el borde articular en su cara inferior, dando una impresión se-

mejante al caso de las vértebras, como si una sustancia cérica se hubiese derretido y formado bandas, «sindesmofitos». Igualmente hemos observado estas alteraciones en un cóndilo mandibular, T-390

En resumen se puede concluir que:

a) Deformaciones y torsiones muy manifestadas, con polifracturas semilunares y en pico de flauta, serían consecuencia de una alta temperatura en una gran pira funeraria, correctamente aireada o con mejor calidad de las maderas.

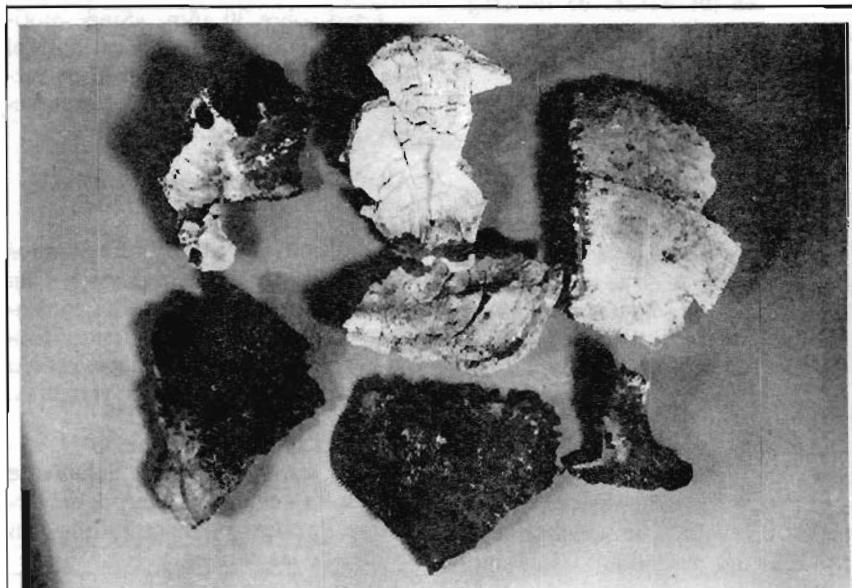


Foto 2.1. Diversos aspectos de las superficies: blancas-calcinadas, quemadas y negras brillantes (huesos craneales).

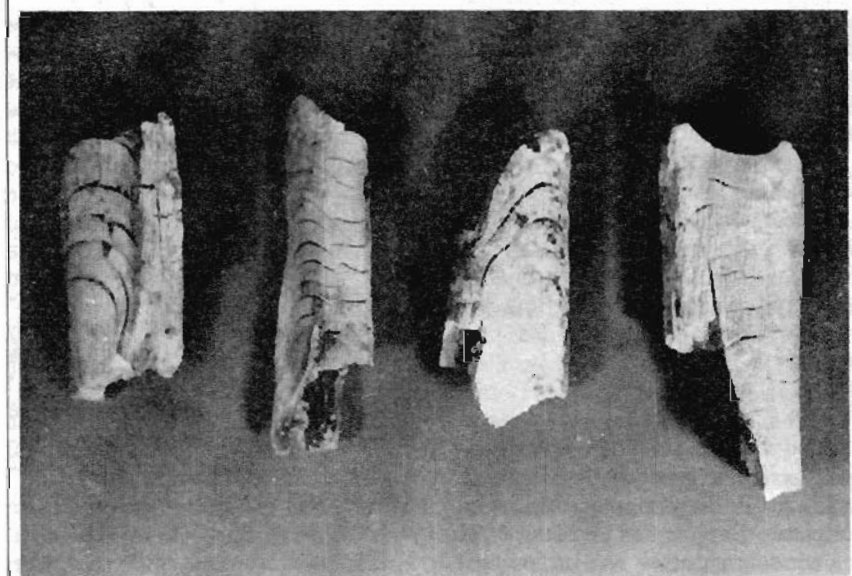


Foto 2.2. Diversos tipos de líneas de fracturas en huesos de miembros.

b) Las superficies ennegrecidas o carbonizadas y las fracturas lineales y en escalera, estarían en relación con menores grados de temperatura y piras funerarias menos combustibles.

PALEOPATOLOGIA

VARONES

Alteraciones sobre vértebras lumbares

T-22

Edad entre 14 y 18 años. «Sindesmofitos» en los bordes de los fragmentos de cuerpos de tres vértebras lumbares. No hay restos de otros cuerpos vertebrales.

T-125-A

Edad sobre 20 años. «Sindesmofitos» en ambas carillas de un cuerpo de vértebra lumbar. Hay fragmentos de cuerpos de vértebras cervicales y dorsales en los que no se aprecian «sindesmofitos». En los fragmentos de apófisis lumbares se observa una gran deformidad y aumento del volumen.

T-196

Edad más de 30 años. «Sindesmofitos» grandes en un fragmento de cuerpo de vértebra lumbar. Hay fragmentos de cuerpos de vértebras dorsales que no presentan «sindesmofitos».

T-236

Edad de 20 a 25 años. «Sindesmofitos» de pequeño tamaño en fragmentos de más de una vértebra lumbar. Hay fragmentos de vértebras dorsales y de cervicales que no presentan «sindesmofitos».

T-308

Edad sobre 20 años. «Sindesmofitos» de pequeño y mediano tamaño en varios cuerpos de vértebras lumbares. Hay fragmentos de vértebras cervicales y dorsales que no los presentan.

T-382

Edad más de 30 años. «Sindesmofitos» en dos cuerpos de vértebras lumbares; no hay fragmentos de más vértebras. Fragmentos de una vértebra cervical y dorsal, que no los presentan. «Escrescencias» en cabeza de Fémur.

T-399

Tumba doble, niño/a y varón adulto. «Sindesmofitos» en el fragmento de vértebra lumbar, no hay más fragmentos lumbares, y otros tres de cuerpos de vértebras cervicales y dorsales que no los presentan.

T-400

Edad sobre 30 años (o más). «Sindesmofitos» de tamaño grande en fragmentos de cuerpos de vértebras lumbares. No hay fragmentos de otras vértebras.

T-413

Edad sobre 30 años. «Sindesmofitos» en los bordes de las carillas del fragmento de un sólo cuerpo de vértebra lumbar. No hay más fragmentos de vértebras.

Alteraciones sobre vértebras dorsales

T-128

Edad sobre 20 años. 14 fragmentos de apófisis espinosas, deformes. Una muy voluminosa, como se ha constatado en otros casos. «Sindesmofitos» en cuerpos de vértebras dorsales. No hay fragmentos de otras vértebras.

T-298

Edad más de 20 años. Solamente existen fragmentos de cuerpos de vértebras dorsales. «Sindesmofitos» en bordes de las carillas.

Alteraciones sobre vértebras dorso-lumbares

T-92

Edad más de 20 años. «Sindesmofitos» sobre cuerpos (bordes de las carillas) de vértebras dorsales y lumbares. Alteraciones de estallidos y aumentos de volumen en los pedículos. No hay fragmentos de cervicales.

T-118

Edad 20/25 años. Tumba doble, con restos craneales de un niño/a. «Sindesmofitos» grandes en los bordes de los cinco fragmentos de dorsales y de uno sólo de los cinco cuerpos lumbares; en la cara inferior de la 2.^a lumbar un gran sindesmofito que se corresponde con otro de la cara superior de la 3.^a. No hay restos de vértebras cervicales.

T-s/n

En dos tumbas sin número de signatura, se han observado «Sindesmofitos» sobre vértebras dorsales. No

había fragmentos de otras vértebras. Edad adulta.

Alteraciones sobre vértebras cervicales-dorsales-lumbares

T-125 B

Edad sobre 30 años. Sobre fragmentos de cuatro cuerpos de vértebras cervicales se observan «sindesmofitos» y «osteofitos», dando una imagen semejante a la que presentaría una sustancia cérea sometida al calor. Sobre fragmentos de cinco cuerpos de vértebras dorsales, abundantes «sindesmofitos» y en otros que corresponden a la serie completa de cinco vértebras lumbares también se presentan «sindesmofitos», grandes, en todas las carillas, que han estado soldados. También se ha observado la deformación y aumento de volumen de apófisis y pedículos.

Otras manifestaciones patológicas de etiología similar

T-382

En estos restos, examinados anteriormente por presentar «sindesmofitos», se han observado unas «escrescencias» en el borde de la cabeza femoral, lesiones que están íntimamente relacionadas con la evolución de la enfermedad E. A., como ocurre con el caso siguiente.

T-390

Edad sobre 25/30 años. «Escrescencia» a modo de pequeño fleco, sobre el borde de la superficie articular del cóndilo mandibular derecho, único que se conserva. Lesión muy semejante a la del caso anterior, si bien en este no se puede afirmar ni negar la localización de «sindesmofitos», porque en los fragmentos de vértebras no se han observado, pues éstos eran escasos y pequeños.

HEMBRAS

Alteraciones sobre vértebras lumbares

T-343

Edad adulta. Sólo había un fragmento de vértebra lumbar, que presenta «sindesmofitos» en ambas carillas, mayor el de la cara inferior, por tanto tendría también en la vértebra lumbar siguiente «sindesmofito». Ningún fragmento de otras vértebras.

T-411

Edad sobre 25 años. «Sindesmofitos» en los bordes de las carillas de 2.^a-4.^a y 5.^a-3.^a parcialmente destruida. Hay otros fragmentos de dorsales solamente.

Alteraciones sobre vértebras dorsales

T-158

Edad sobre 25 años. Anatómicamente varón y por el ajuar hembra. «Sindesmofitos» en los bordes de los cuatro cuerpos de vértebras dorsales, que estuvieron soldados. Existían algunos fragmentos de vértebras cervicales sin alteraciones.

En una de las cabezas femorales, incompleta, se apreciaba una huella penetrante, testigo de una posible herida por arma inciso-punzante, que se describe más adelante.

T-298

Tumba doble, de varón y hembra adultos jóvenes, en los que se diferenciaban con dificultad los fragmentos y esquirlas que pertenecen a cada uno, al ser fragmentos pequeños. En los de vértebras, sólo hay de las dorsales, que presentan «sindesmofitos» en las carillas. Por el aspecto general de sus alturas y tamaños deducimos que son de la hembra.

Otras alteraciones

T-159

Zona de destrucción de la lámina externa y de trabéculas de la esponjosa y parte de la pared alveolar del primer molar del maxilar superior izquierdo, en individuo varón sobre 30 años. Fístula por absceso dentario.

T-400

Pequeño nódulo sobre periostio de la cara interna, ¿Epulis?

Herida por arma blanca

T-158

Individuo adulto, anatómicamente parece corresponder a varón, pero su ajuar es de hembra, según opinión de Emeterio Cuadrado.

En un fragmento de la cabeza femoral, en la que es difícil determinar a qué lado corresponde (a causa de la pérdida de sustancia de la superficie articular y del agujero redondo y de gran parte del cuello), se apreciaba una

DATOS ESTADÍSTICOS (de las tumbas estudiadas hasta hoy)

N. I. T.: (número inicial de tumbas)	146
N. R. I.: (número real de individuos)	166
N. F. P.: (número de fragmentos de una pieza)	
V. cervicales	62
V. dorsales	152
V. lumbares	116
V. sacro	25
N. I. Pt.: (número de individuos con patología de E. A.)	20 (12,04 % del total)
N. I. Pt-V: (número de individuos con patología E. A. - varones)	16 (9,63 % del total)
N. I. Pt-H: (número de individuos con patología E. A. - hembras)	4 (2,40 % del total)

De estos 20 casos, tenemos con localización en:

V. lumbares	11 (55 %)
V. dorsales	6 (30 %)
V. dorso/lumbares	2 (10 %)
V. cérvico/dorso/lumbares	1 (5 %)

Nota: Abreviatura E. A.: Espondilitis Anquilopoyética.

hendidura de contorno triangular, de bordes limpios, poco profunda, que fácilmente hace pensar en que es el testigo de una herida penetrante causada por un objeto punzante y cortante, en la que no se apreciaba reacción cicatrizal, con mayor probabilidad por falcata, dado que el molde de la hendidura se corresponde con la punta de una falcata más que con la de una lanza, y causante de la muerte, por penetrar en abdomen.

Si admitimos, por el contenido del ajuar, que se trata de una hembra adulta, las conjeturas se complican, ¿herida en riña?, ¿herida de guerra?, en esta segunda probabilidad, cuántas sugerencias...

La radiografía con Scanner pone de manifiesto claramente el carácter de herida penetrante, y las líneas de fractura y estallido ponen de manifiesto la causa del desprendimiento de un «gajo» de la bola articular (foto 10).

COMENTARIOS AL ANALISIS ESTADÍSTICO

El número total de fragmentos y esquirlas de vértebras, que han dado las cremaciones de los 166 individuos estudiados, ha sido de 1068.

De ellos son: fragmentos, con datos, 355; esquirlas, sin datos, 713.

Estos 166 individuos tenían en sus esqueletos: Vértebras Cervicales, 1162, han dado 62 fragmentos (5,33 por 100); Vértebras Dorsales, 1992, han dado 152 fragmentos (7,63 por 100); vértebras lumbares, 830, han dado 116 fragmentos (13,97 por 100); vértebras sacras, 830, han dado 25 fragmentos (3,01 por 100).

Entre las vértebras cervicales hay un claro predominio de restos de la 2.^a cervical, el axis, quizá por la protegida situación y contextura.

El mayor número de fragmentos de vértebras lumbares debe estar en re-



Foto 3.1. 1 y 2: Articulaciones Coxo-femorales. 3: Articulación Tibio-astragalina.

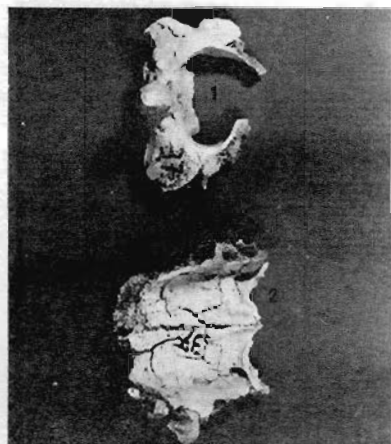


Foto 3.2.
1: Vértebra cervical (Axis).
2: Velo del paladar
y borde dentario en maxilar.

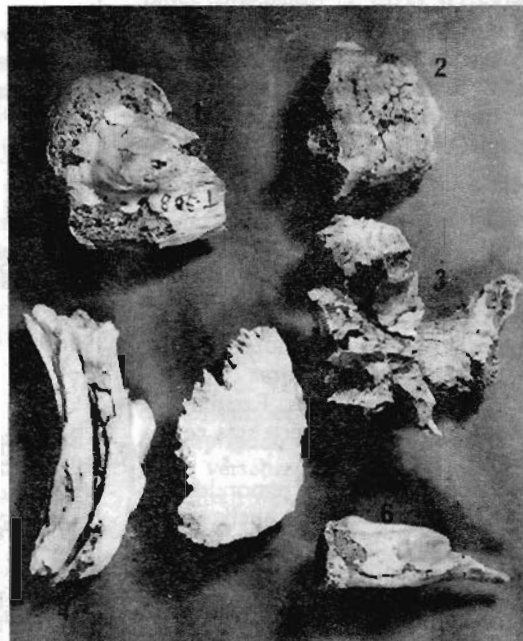


Foto 3.3. 1: Cabeza de Húmero. 2: Tróclea Astrágalo. 3: Sutura Esfeno-basilar, soldada. 4: Fragmentos de costillas. 5: Occipital. 6: Cabeza de Radio.

Foto 4.2.
Cara anterior
de V. Cervicales
deformadas
y con lesiones
reumáticas
(T-125 B).

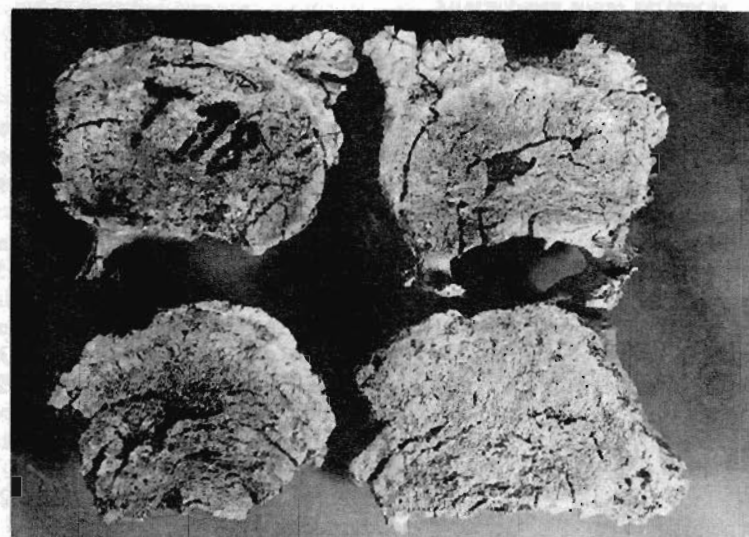
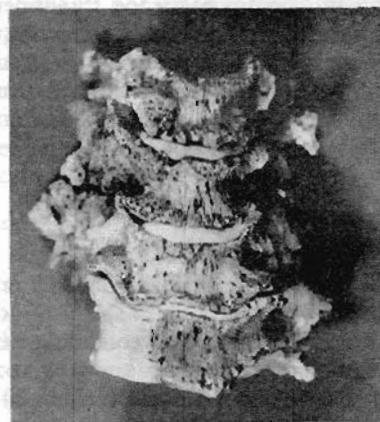


Foto 4.1. Aspecto de cara superior
e inferior de dos V. Lumbares
y detalle de sindesmotito concordante.

Foto 4.3.
Cara lateral
de la misma
serie Cervical
(T-125 B).



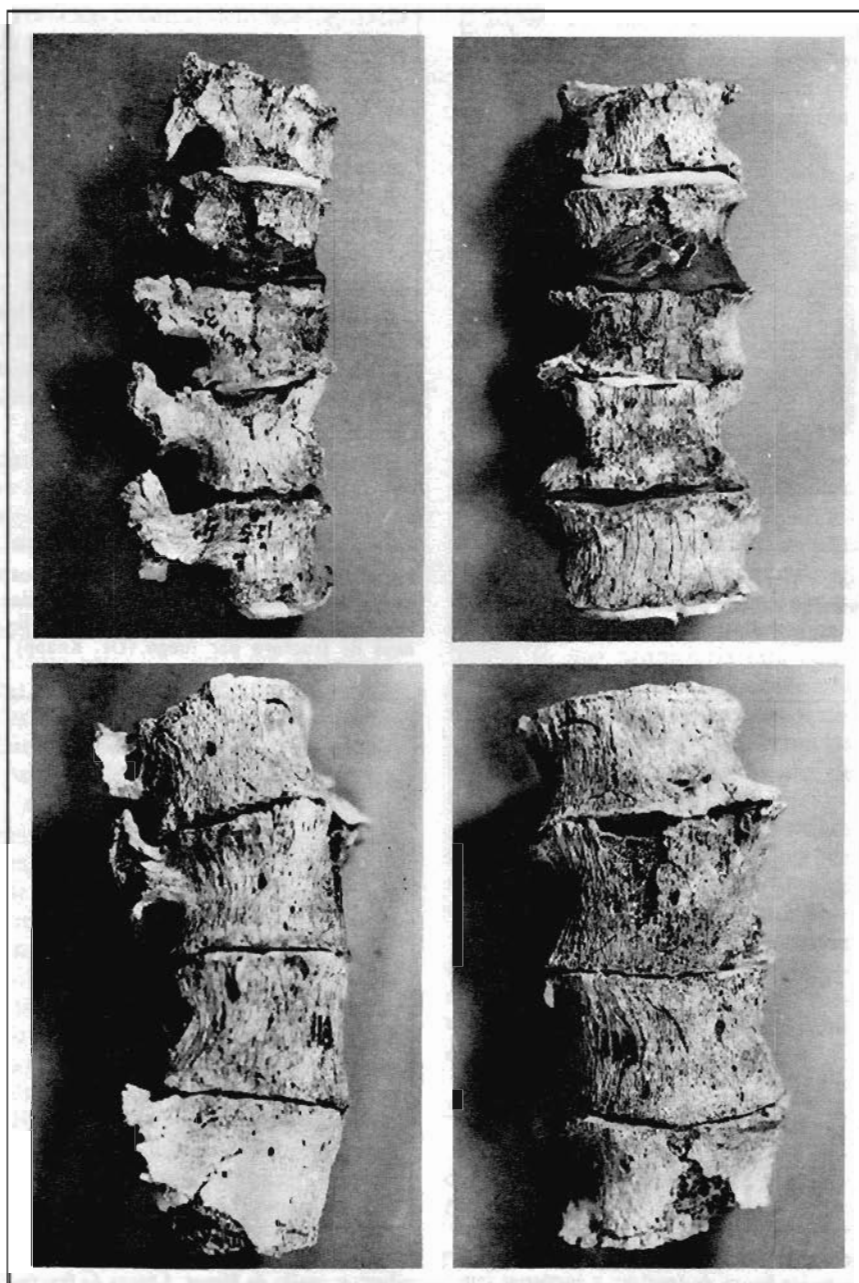


Foto 5. Dos conjuntos de V. Lumbares (cara anterior y lateral) con sindesmofitos concordantes en los bordes (T-125 B y T-113).

lación con su mayor tamaño y situación en la pira funeraria. Los cuerpos vertebrales, incluso enteros, dominan claramente en la fragmentación de las vértebras, probable consecuencia de su tamaño y textura. Apófisis y pedículos aparecen muy fragmentados o faltan.

La fragmentación de los huesos de las extremidades es tan intensa, que estimamos poco importante su recuento a efectos estadísticos.

CONCLUSIONES Y DIAGNOSTICO DIFERENCIAL

En principio llama la atención que la localización de las lesiones patológicas recaen en mayor número sobre las vértebras lumbares. Puede ser que este dato resulte falseado, a causa de que, entre los restos óseos examinados, se encuentre una menor proporción de fragmentos de vértebras dorsales y cervicales, pero aun así, esta mayor

proporción de lesiones en vértebras lumbares es la que se observa en la actualidad.

Al describir las lesiones vertebrales estamos utilizando dos términos médicos —«sindesmofitos», «osteofitos»— a los que no suelen estar habituados los arqueólogos. Igual ocurre con el de «alofiso», que empleamos cuando nos referimos al sexo del individuo cremado y no podemos identificarlo con seguridad como varón o hembra.

Sindesmofitos: lesiones de las artritis, que se presentan como proliferaciones calcificadas paravertebrales, que pueden seguir como molde de los ligamentos, llegando a formar «puentes» entre los cuerpos vertebrales, cuya estructura la forman una corteza o capa externa e interna, con sustancia esponjosa entre ambas.

Osteofitos: lesiones características de las artrosis, son proliferaciones o excrescencias óseas, formadas a espensas del periostio, también llamadas «picos de loro», que raramente llegan a unirse.

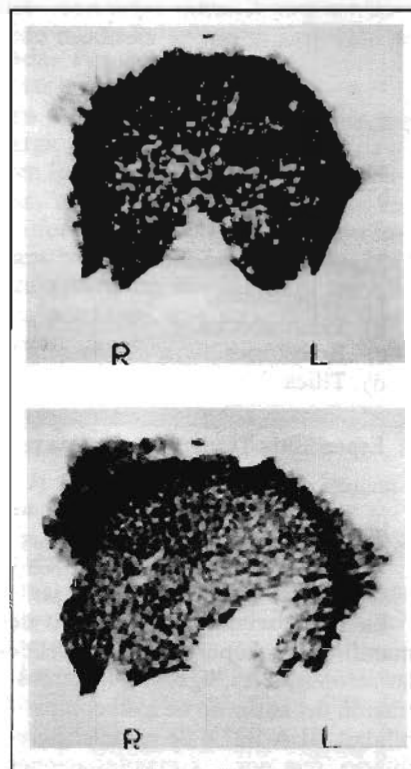


Foto 6. Vista de dos planos con Scanner de un cuerpo de V. Lumbar con sindesmofitos (Dr. Knapp).

Alofiso, del griego *allos*, «otro/a» y *phisis*, «naturaleza», por extensión: «sexo».

Los huesos, que procedentes de las cremaciones llegan a manos del Paleopatólogo, son el armazón de sales minerales que servían de soporte al tejido óseo vivo; en cierto modo se trata del «molde» del hueso, ya que del hueso quemado sólo queda la parte inorgánica —sales minerales— en forma de cenizas o de trozos calcinados que conservan, más o menos deformes, la forma original del hueso. La parte orgánica —células/fibras/proteínas— se han oxidado y desaparecido (2). Por tanto, de los diversos estados patológicos que como consecuencia de las alteraciones de la irrigación del hueso se manifiestan, como a) hueso descalcificado; b) hueso esclerótico, neoformado; c) hueso necrótico, solamente tenemos en nuestros casos, los de los dos últimos grupos.

Estimamos que las manifestaciones patológicas halladas se deben incluir dentro del amplio capítulo de los «Reumatismos» y en concreto en el de las **espondilitis**, enfermedad que se caracteriza por lesiones específicas de las vértebras, y que se clasifican en:

1. Espondilitis Reumáticas

- a) Anquilopoyética (E. A.)
- b) Reumatoide (E. D.)

2. Espondilitis Infecciosas

- a) Tuberculosa.
- b) Estafilocócica.
- c) Brucelósica.
- d) Tífica.

3. Espondilitis Traumáticas

1. Espondilitis o Espondilartritis Anquilopoyética (E. A.)

En la actualidad se ha puesto de manifiesto un importante grupo, el de las seronegativas, ligadas a la demostración del antígeno de histocompatibilidad HLA-B27 y de carácter hereditario, que por sus manifestaciones clínicas y patológicas podría ser la enfermedad que atacó a este grupo humano; dada la alta proporción de ca-

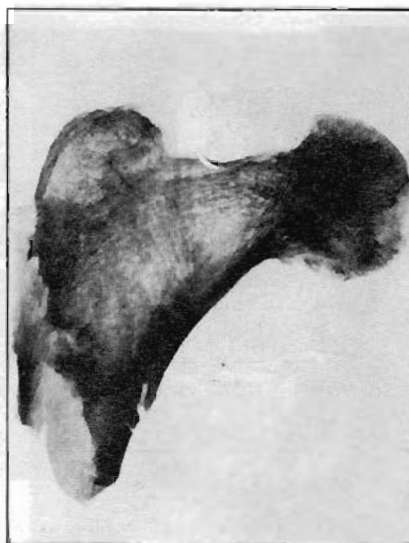


Foto 7.1. T-141. Detalle del sistema trabecular de cabeza de fémur. Líneas de fracturas en las corticales (Dr. Knapp).



Foto 7.2. T-141. Vista por la cara superior de la misma cabeza de fémur. Se aprecia la soldadura epifisaria en vía de soldar y líneas de fractura por fuego (Dr. Knapp).



Foto 8.1. T-112. Plano que pone de manifiesto las líneas de fractura y torsiones que ha sufrido, provocando un enderezamiento del cuello femoral (Dr. Knapp).

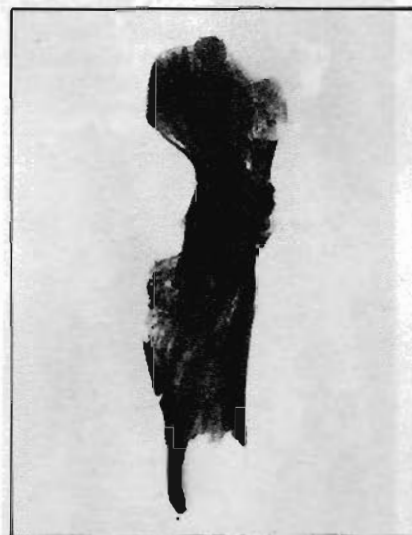


Foto 8.2. T-112. Plano medio posterior de cabeza y cuello de fémur. Líneas de fracturas que provocan el enderezamiento del cuello (Dr. Knapp).

sos que en El Cigarralejo se presentan, hace pensar que esta población de El Cigarralejo formaba un núcleo cerrado con alta tasa de consanguinidad, dado que entre las 169 tumbas estudiadas se han encontrado alteraciones patológicas —siempre en el supuesto de la Espondilitis— en 16 varones y en cuatro hembras. Esta incidencia es característica también actual, al igual que con la edad, pues se manifiesta desde edades muy jóvenes, como sucede en nuestros casos que

van desde uno sobre los 18 años a otro sobre los 35, edad que para aquellos tiempos no sería considerada como juvenil.

Descartamos la Espondilitis Reumatoide o Anquilosante, pues aunque las lesiones anatomopatológicas son notoriamente parecidas, su estrecha vinculación al desgaste orgánico y al envejecimiento, originando alteraciones de desgaste de los cartílagos intervertebrales, osteoesclerosis, «osteofitos», hernias discales, picos de loro y

evolución crónica, deformante, hacia la incapacidad total, son caracteres claramente diferentes.

La E. A. ataca principalmente a las articulaciones vertebrales, con escasas lesiones periféricas sólo localizadas en los extremos proximales de los miembros y muestra preferencia por los varones.

Existe una variante, la enfermedad de Still, de presentación en la infancia, cuya manifestación principal es, también, la aparición de sindesmitos que sueldan los cuerpos vertebrales.

La E. A. ataca a las articulaciones cartilaginosas del tronco vertebral evolucionando hacia la formación de tejido fibroso, neoformación que se calcifica dando lugar a la formación de excrescencias —Sindesmofitos— que ciñen la periferia del disco vertebral —carillas—, formando como un puente entre las vértebras yuxtapuestas, que incluso puede dar lugar a la fusión. Otras veces se puede desarrollar una periostitis —osteitis-osteofitosis— y deformidad.

Actualmente se conoce que también pueden estar afectadas otras articulaciones, la coxo-femoral (complicación que se presenta en uno de nuestros casos, el de la T-382) y en la temporo-maxilar (otro de nuestros casos, T-390, si bien entre los restos de esta tumba no se localizaron alteraciones vertebrales por carencia de fragmentos). También se sabe que resulta afectado el sistema cardio-circulatorio y el pulmonar, lo que es de suma importancia en la sobrevivencia en aquellas remotas épocas, por la carencia de medicación apropiada.

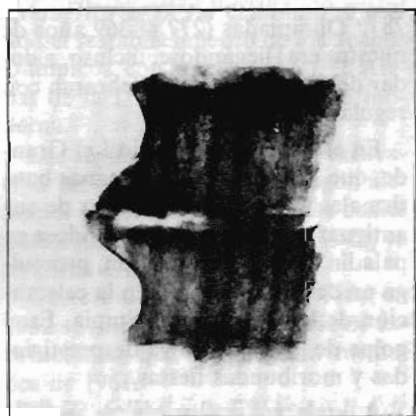


Foto 9.1. Detalle radiológico de sindesmofito (Dr. Knapp).

2. Espondilitis Infecciosas

Descartamos, por los tipos de lesión encontrados, las de etiología Tuberculosa o Mal de Pott, y examinamos como posibles las demás.

La Espondilitis Estafilocócica, por su frecuencia en varones y localización preferente sobre las vértebras lumbares, se podría tomar en cuenta; sin embargo, por las lesiones que producen de pinzamiento discal, destrucción ósea con rápida regeneración y aumento de la densidad vertebral, creemos que se debe descartar.

La Espondilitis Melitocócica (Brucelosis, Fiebres de Malta) no se puede descartar, dado que entonces sería enfermedad endémica; considerándose que casi en un 10 por 100 se presenta esta complicación y tomando en cuenta que la curación espontánea se presentaría después de una larga evolución, lo que propiciaría esta complicación. No obstante hay que tomar en cuenta que los estudios clásicos demuestran que solamente se afectan las vértebras lumbares y nunca más de tres, con evolución hacia la curación.

La Espondilitis Tifoidea tiene un cuadro bastante parecido, aunque quizá la lesión puede ser distinta al existir una mayor esclerosis ósea.

Otras Espondilitis Infecciosas como la Sifilitica, la Equinocócica, etcétera, parecen ser más raras, al menos así se afirma en investigación clínica clásica.

3. Espondilitis Traumáticas

Actualmente, se ha puesto en evidencia la importancia de los pequeños y repetidos traumatismos en el de-

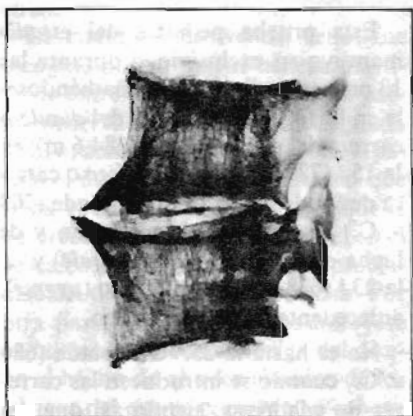


Foto 9.2. T-118. Detalle radiológico de un sindesmofito en vértebras lumbares (Dr. Knapp).

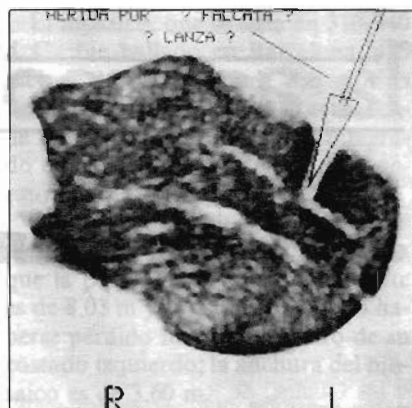


Foto 10. T-158. Huella de herida por arma blanca. Se aprecian los bordes limpios sin reacción cicatrizal y las fuertes estrías en la esponjosa por acción de la cremación. Por una de ellas ha saltado un «gajo» de la superficie de la cabeza del Fémur y por eso no se aprecia la forma esférica de la misma (Dr. Knapp).

sarrollo de estas lesiones, gracias a la masiva utilización de las modernas técnicas radiológicas, Scanner, etcétera, que han permitido poner de manifiesto el gran número de personas que presentan «sindesmofitos», «picos de loro», etcétera, y que paradójicamente su sintomatología dolorosa o de limitación de movimientos es poco acusada. Principalmente se encuentran estas lesiones en trabajadores sometidos desde muy jóvenes a trabajos de carga y descarga, durante los que sufren lesiones microtraumáticas repetidas, que al actuar sobre tejidos en neoformación causan alteraciones inflamatorias y neoformativas que se van agravando con los años. Etiología, por tanto, que no se puede descartar.

NOTAS

(1) Para evitar malentendidos, denominamos, en el subgrupo:

Pieza, a cada hueso entero de los que componen un esqueleto humano.

Fragmento, a las partes de un mismo hueso o pieza que permita la identificación, medidas, etcétera.

Esquirla, a un pequeño fragmento no susceptible de facilitar ningún dato individualizado.

(2) F. Serrano Cepedano. «Acción del tiempo y la naturaleza sobre restos humanos». Con microfotografías de cortes histológicos óseos. *Rev. Esp. de med. Legal*, año 9.º, número 30/31, páginas 79 a 82.

la arqueología en la filatelia



Juegos Olímpicos Antiguos

Elías ALVARO BOBADILLA

• La última serie con motivos arqueológicos, que ha sido emitida en España, fue la dedicada a los Juegos Olímpicos Antiguos.

Se compone de cuatro sellos, registrados con los números 2768 al 2771 en el *Catálogo Edifil*, y con los 2383 al 2386 en el *Catálogo Yvert et Tellier*.

Los valores faciales de los respectivos sellos son los de 1, 2, 5 y 8 pesetas, con tiradas de 8.000.000 de ejemplares los dos primeros y de 5.000.000 los de 5 y 8 pesetas, presentados en pliegos de 80 sellos, estampados en huecograbado a cinco colores, sobre papel estucado engomado.

Las dimensiones de los sellos son: 40,9 x 28,8 mm, en disposición horizontal el primero y tercero, y vertical los otros dos. El dentado es el 13 1/4.

Esta serie apareció en 27 de julio de 1984, para conmemorar los Juegos que se iban a celebrar en Los Angeles, escogiendo motivos artísticos de los Juegos Antiguos, y relacionando así la Historia y el Arte con el deporte actual.

• Un hecho transcendental en el mundo moderno fue el renacer del espíritu olímpico, tras el redescubrimiento de los restos arqueológicos de la ciudad de Olimpia, centro religioso del Peloponeso (Élida), ubicado al pie del monte Cronos, en la margen derecha del Alfeo.

El deporte, que se nos aparecía como algo nuevo, recuperó, merced a aquellas excavaciones, la raíz que lo ligaba a la cultura universal, después de un olvido de quince siglos.

En la Grecia antigua, las carreras de carros, el lanzamiento de la jabalina, la lucha, las carreras de velocidad, etcétera, debieron constituir un entrenamiento cotidiano, como pre-

paración para el habitual trance de la guerra, pero con el tiempo llegaron a ser más importantes aún, para demostrar, durante la gran fiesta de Zeus, en Olimpia, que se era el mejor entre los mejores.

Con la declaración de Olimpia como «territorio inviolable», tras el tratado del 884 a. C., entre los etolios de Élida, los aqueos de Pisa y los espartano-dorios de Laconia, comenzó la época gloriosa de Olimpia, a donde los peregrinos iban a entregar sus ofrendas al gran dios Zeus, y celebrar las competiciones *agonísticas*, durante las fiestas que eran efectuadas en su honor, anualmente.

Sin embargo, hasta el año 776 a. C. no aparece el primer registro en las tablas de *olimpiónicos*: la victoria del corredor Corebo de Élida, sobre la distancia de un *estadio* (192,3 m actuales). Había nacido un nuevo sistema de medición cronológica: el espacio cuadrienal, que a partir del 776 a. C. (1.ª Olimpiada) iría separando los sucesivos Juegos de Olimpia, ya históricos.

Esta prueba pedestre del *estadio* mantuvo su exclusividad durante las 13 primeras olimpiadas, añadiéndosele en la 14.ª (724 a. C.) la del *diaulo* o carrera del doble *estadio* (384,6 m); en la 15.ª (720 a. C.) la del *dólico* o carrera de fondo; en la 18.ª Olimpiada (708 a. C.) las pruebas de pentatlón y de lucha con manos abiertas (*palè*) y en la 23.ª (688 a. C.) el pugilato (*pygmé*), antecedente del actual boxeo.

No es hasta la 25.ª Olimpiada (680 a. C.) cuando se introducen las carreras de cuadrigas, siendo así que debieron ser las primeras, y acaso las únicas, protagonistas de la época prehistórica de los Juegos.



La equitación y el pancracio (antecedente de la actual lucha libre) se agregan al celebrarse la 33.ª Olimpiada (648 a. C.).

Tras los siglos de esplendor de la época helenística y la serie de altibajos sufridos durante el periodo en que Grecia fue una más de las provincias del Imperio romano, llega el año 267 d. C., en que con la invasión de los Hérulos comienza el principio del fin de la larga, gloriosa y a la vez accidentada historia del Santuario de Zeus y de las Olimpiadas habidas en su honor. No se sabe con certeza histórica lo ocurrido desde la 264.ª a la 287.ª Olimpiadas (277 al 369 años de nuestra era) llegándose, incluso, a dudar de que aquéllas se celebraran con regularidad.

En el año 393, Teodosio I el Grande, que había recibido las aguas bautismales en el 380, abjurando de sus antiguas creencias y convirtiéndose en paladín de su nueva religión, promulga un decreto prohibiendo la celebración de los Juegos de Olimpia. Es el golpe de gracia a las ya desprestigiadas y moribundas fiestas.

A lo largo de los siglos, aquella gran Olimpia estuvo olvidada, sus restos fueron cubriéndose de tierra y llegó a perder hasta el nombre, cono-



ciéndose como Serviana, y también como Andilalo, denominación con que aparece en un mapa veneciano de 1516.

Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, los restos de la antigua Olimpia despiertan el interés, esporádicamente, de teólogos y arqueólogos —franceses, alemanes y británicos— hasta que, en mayo de 1829, recién liberada Grecia de la dominación turca, que había durado más de tres siglos, comenzó la excavación de la «Expedición científica de Morea», que constituyó la primera de las excavaciones que habían de volver a la luz a la ciudad de Olimpia.

Desde octubre de 1875 hasta 1881, se suceden las seis primeras campañas de excavación llevadas a cabo por los arqueólogos alemanes.

En 1896, el batallador Barón de Coubertin logra ver cumplido su sueño del restablecimiento de los Juegos Olímpicos, con la celebración, en Atenas de la I Olimpiada de la era moderna.

Las segundas campañas de excavación las inician los arqueólogos alemanes en el otoño de 1936, las cuales duran hasta la primavera de 1942, ya en plena Guerra Mundial.

Concluida la conflagración, en 1952 se inicia una tercera serie de excavaciones, que duran hasta mediados de 1961.

El 22 de junio de 1961, dentro de los actos organizados con motivo de la entrega protocolaria, por parte del Gobierno Alemán al de Grecia, de la

serie de objetos extraídos en las varias campañas de excavación, tuvo lugar nuevamente, en el reconstruido antiguo Estadio de Olimpia, la prueba de *diaulo* con los atletas Milka Sind y Spencer, que habían participado en la recientemente celebrada XVII Olimpiada de la era moderna (Roma, 1960). Habían transcurrido 2.685 años desde que la primera prueba de *diaulo* tuviera lugar en aquel Estadio.

- El primero de los sellos de la serie representa la prueba de la carrera de cuadrigas.

La viñeta reproduce una de las cuadrigas del famoso mosaico romano que se conserva en el museo Arqueológico de Barcelona, montado en la actualidad sobre un muro de una de sus salas, y que recoge con todo detalle una carrera de cuadrigas en el circo.

La cuadriga motivo del sello, fue escogida por su mayor belleza plástica de entre las que componen la parte conservada, aunque es la segunda en el orden de llegada a la meta. Aparece el auriga en el momento en que frena el carro, mientras que el que le ha precedido en la llegada se ve, en el mosaico, ya saludando tras la proclamación de la facción victoriosa. Por otra parte, es probable que influyese en la elección de la cuadriga del diseño el hecho de que sea el único de los aurigas del que se conserva su cabeza original, ya que las de los restantes forman parte de los sectores desaparecidos del mosaico.

El mosaico, que se data en 310-340 d. C., fue hallado en Barcelona, a 3 metros de profundidad, con motivo de efectuar unas obras en la actual calle de la Condesa Sobradiel, integrado en el suelo de una pieza de *hypocausto*.

El mosaico original debió medir algo más de los 9 m de longitud, ya que la parte conservada actualmente es de 8,03 m y se estima que pudo haberse perdido más de un metro de su costado izquierdo; la anchura del mosaico es de 3,60 m.

En el estado actual, el mosaico está muy restaurado, ya que fueron muchas las zonas desaparecidas, entre ellas todo el sector izquierdo del mismo, así como gran parte de las tercera y cuarta cuadrigas. En la restauración se han conservado los espacios vacíos, de tal forma que, a la vez que se proporciona la sensación del conjunto, nos es fácil reconocer las partes rehechas.

- El segundo sello de la serie se dedica al, posiblemente, más antiguo de los deportes practicados por el hombre: la natación.

La viñeta copia una figurilla en bronce, de comienzos del siglo V a. C., que representa a un nadador preparado para saltar al agua, y que se conserva en el Staatliche Antikensammlungen, de Munich.

Precisamente, la natación es la práctica deportiva de los griegos de la que menos detalles nos han llegado, por lo que la serie de competiciones acuáticas, que debieron tener lugar dentro del deporte griego antiguo, nos son, por el momento, casi desconocidas.

Igualmente, es de reseñar que no debió constituir nunca la natación



prueba olímpica entre los griegos, en ninguna de sus modalidades, en contraste con la gran participación que proporcionalmente representa dentro de los Juegos Olímpicos Modernos.

- El tercer sello es dedicado a la modalidad luctatoria conocida como pancracio (*pankration*).

El grupo recogido en el sello corresponde a una copia en mármol de un original en bronce, efectuada hacia el 300 a. C., que se expone en el Museo de los Oficios, de Roma.

El pancracio, a pesar de su inclusión como prueba olímpica, nunca llegó a tener el arraigo que tuvieron las otras modalidades de lucha: el pugilato (*pygme*) y la lucha pura (*palé*).

En la práctica del pancracio se permitían todos los recursos para vencer al adversario, siendo probable que incluso careciese de la correspondiente reglamentación.



No debió alcanzar su mayor preferencia hasta la época helenística, en la que es posible que llegara a ser una de las pruebas más apreciadas por los espectadores. Ello nos demuestra el grado de decadencia a que había llegado ya el olimpismo, dadas las características inhumanas y antideportivas de los combates de pancracio, en los que era lícito todo, excepto introducir los dedos en los ojos, u otros orificios de la cabeza, aunque sí era permitida toda clase de golpes y llaves, patadas, torceduras, y hasta el mismo estrangulamiento del contrincante.

Por todo ello, no debió ser considerado como un deporte puro, ni gozar del prestigio de las demás pruebas, durante los cuatro primeros siglos de su presencia en los Juegos Olímpicos, aunque sí debió agradar, de una manera muy especial, a los espectadores de los tres últimos siglos

anteriores a nuestra era, aunque, aun entonces, contra su práctica se alzaban las voces sensatas, tachándola de «lucha de cerdos y de machos cabríos».

- El último sello de la serie recoge práctica del lanzamiento de disco.



Para ello se ha escogido la figura del conocido discóbolo de Mirón, copia en mármol de un original griego en bronce, del 450 a. C., la cual se halla en el Museo Vaticano.

Con este motivo sí creemos que se ha acertado, pues el lanzamiento del disco se consideró siempre, tanto en la antigüedad como actualmente, una de las pruebas más representativas del atletismo, y posiblemente aún más en los Juegos Antiguos que ahora, ya que en aquéllos el tiro del disco se basaba únicamente en la elasticidad y rapidez del movimiento.

En el lanzamiento de disco (*disco-balia*) no se admitían los principales factores de la actual modalidad, como son la potencia muscular del atleta y la fuerza centrífuga, incrementada ésta por la progresiva y vertiginosa rapidez de los dos giros que el lanzador efectúa, antes de producir el tiro. En el antiguo lanzamiento de disco, el atleta, después de haber llegado en su movimiento preparatorio a la posición que registra el Discóbolo de Mirón, actuaba en una vertiginosa y progresiva incorporación y extensión de piernas, lanzando el disco, apoyándose para ello principalmente en el doble trabajo de brazo y cadera.

- Como conclusión, nos permitimos indicar que, a nuestro juicio, la idea de escoger motivos de los antiguos

Juegos Olímpicos fue muy buena, por lo que ya dijimos al principio, pero poco acertada en la realización de la misma, por los modelos artísticos recogidos en la serie.

Creemos que el llamado «saltador» de natación no debió haberse incluido, ya que no consta su práctica entre las pruebas de los antiguos Juegos Olímpicos.

Asimismo, la modalidad de lucha «pancracista», al parecer poco prestigiada entre el propio olimpismo de la época, pudo muy bien haber sido sustituida por alguna representación de pugilato o de lucha pura, de muchísima mayor aceptación y representatividad de la idea olímpica.

Respecto de la cuadriga romana de Barcino, sinceramente no la vemos muy encajada dentro del contexto de la serie, pues consideramos que, limitada la serie a representaciones escultóricas, y a poder ser todas de origen griego, hubiera tenido mayor homogeneidad. Posiblemente, hubiera sido más acertada la sustitución de la cuadriga del mosaico barcelonés, por ejemplo, por el Auriga de Delfos, y haber dejado el motivo del mosaico para ser incluido en una gran serie, impulsora de la idea de la Olimpiada de 1992 para Barcelona.

- Por otra parte, nos permitimos sugerir, que en esa hipotética serie debiera reservarse un hueco a L. Minicus Natalis, primer «olimpiónico» nacido en Iberia (en Barcino), al que podemos considerar por tanto, nuestro primer campeón olímpico. Su hazaña, llevada a cabo en la 227.^a Olimpiada (129 a. C.), fue el triunfo en la carrera de cuadrigas, tras el cual se erigió en Olimpia la escultura de una cuadriga, de la que se conserva la base con la inscripción. ¿Podría ser esta inscripción merecedora de figurar en un sello olímpico?

Agradecemos a don Conrado Durantez, miembro de esta Asociación, la ayuda prestada en la redacción de este artículo, a la vez que nos complace destacar que parte de los datos que se recogen en el mismo proceden del libro *Olimpia y los Juegos Olímpicos Antiguos*, del que es autor.



TOLEDO, SANTA MARIA DE MELQUE, CASTILLO Y VILLA DE MONTALBAN (10 de marzo de 1985)

Partida en nuestro autobús, madrugadora y posible, por decisión caminera a compás de vuelos de alondra, para llegar a punto... a pesar de la huelga general en la locomoción habitual. En aquel 8.30, instante de salida, el plenifunio clavaba su pandero mortecino en el mástil del Banco fronterero.

Apenas sosegado el grupo completo, sin reposo mental, ahí estaba en cada mano el programa bien predispuerto, con las comprensivas ilustraciones de portada, para abrir con apatencia sus páginas de texto itinerante, con planos, esquemas, gráficos, y un horario de acordeón, por cierto bien armonizado.

Enseguida, Toledo. El grupo espera en la solana cara a las ruinas del circo romano, donde pronto llega a la cita nuestro amable mentor, don Francisco-Javier Sánchez Palencia, director de las recientes excavaciones, consejero mantenedor del yacimiento arqueológico. Tras el recorrido periférico, alargado según los cánones, se revisan en su ámbito, desfigurado por el parque, los graderíos del ala moeniana, los cárceles, el alba línea, la espina y la situación de la meta. Todo ello ambientado con la cumplida información dentro de su propio ambiente.

Al alejarnos del lugar daba pena ver, entre tanta ruina, los apuntalados muros y arquerías con pies de madera, ofreciendo un espectáculo de gigantes lisiados apoyados en muletas; quizá en espera de ser sustituidas por muretes de sillarejo o mampuesto, a tono con lo que resta de la edificación romana desollada a fuerza de arrancar sus paramentos.

Tras la lección colectiva, desbandada. Museos, talleres artesanos, urbanismo, reconstrucción de monumentos, etc., daban pábulo a esta diversidad profesional y técnica, con el denominador común asociativo.

Libertad total de acción y encuentros de diligentes transfugas en las an-

gostas encrucijadas. A la hora del yantar surgían grupos de reencuentro y definidores del momento, que acertaron con sus satisfactorias ilustraciones de mantel, «para seguir hablando de estética».

Sólo una consigna empezó a inquietarnos: hora 15, rotunda, inapelable, pero efectiva para la puntual salida hacia otro de nuestros grandes objetivos del día.

Santa María de Melque. En camino, un breve margen de reposo; desfile de pueblos cargados de historia, torres monumentales y paisajes evocadores.

Con nosotros Angeles Espinosa, galardonada por su reciente libro sobre Melque, cuyo resumen figura en el programa, como anticipo de su voz documentada que, desde el micrófono, va a ofrecernos lo más significativo de la histórica monumentalidad de Melque.

La inspirada conferencia de nuestra colega nos predispuso para observar, ver o imaginar cuanto cabía ante la presencia de tan controvertido y singular monumento, confundido entre el visigotismo, lo bizantinizante y lo mozárabe, por ser numerosas las facetas que contribuyen a crear la indefinible atmósfera de misterio e irrealidad que rodea la complejidad arquitectónica de este desconcertante recuerdo del pasado, actualmente en fase de restauración y de estudio estratigráfico en sus fundamentos.

Seguidamente reclama nuestro itinerario la visita al Castillo de Montalbán. Sorprendente impresión cuando, de súbito, aparece dominando el valle y la llanura desde su recortado espolón, asiento totalmente ganado para la función defensiva de la residencia señorial. Todo un tratado de arquitectura marcial, recorrida mano a mano con la cumplida información de Juan Ramos Ruano, recogida como opúsculo en nuestro programa.

Luego, La Puebla de Montalbán. Solar de hidalgos, monumental, con barrios pintorescos de sabor popular. La plaza mayor, ungida por la tradición, ostenta en los porches del Ayun-

tamiento, la placa homenaje a Francisco de Rojas, aludiendo a su condición de hijo de la villa, y a su célebre tragicomedia *La Celestina*, que resume tradiciones de la época; «libro divino si escondiese más lo humano», como diría Cervantes.

Atardecía y emprendíamos con la noche a cuestas nuestro regreso a Madrid. Buena jornada, tal como correspondía al itinerario programado a todo evento, por el infatigable Antonio Higuera, con resultado de plena eficacia cultural, amén de placentero y cordial.

T. O.

CLUNIA, SANTO DOMINGO DE SILOS, QUINTANILLA DE LAS VIÑAS, SAN PEDRO DE ARLANZA, COVARRUBIAS Y PEÑARANDA (15-16 de junio de 1985)

Cuando pensamos en esta ambiciosa excursión, tan compleja como apetejada, nos asaltaba un espejismo inalcanzable por el volumen y calidad de los valores, conjugados entre la tradición secular y la realidad histórico-arqueológica, cuyo alcance requería tiempo y tiempo, si acaso vacacional. Pero dos días siquiera de pleno solsticio, podían realizar el milagro. Se aceptó de modo explícito el itinerario, que iba a dar satisfacción a cuantos asociados y afines, esperaban este recorrido por la Vieja Castilla.

En marcha puntual ganamos la tierra burgalesa por Aranda de Duero, centro regional agrícola y de abastecimientos, sorprendido en un día de mercado ferial rebosante, testimonio de su vitalidad como centro comarcal de producción y abastecimiento. En el recodo de una calle vetusta, hemos dado con la traza monumental de la Iglesia de Santa María; admirable ejemplar del gótico castellano con su sabor y ritmo propio, en fase isabelina, matizado ya de influencias renacentistas.

Desviados, de la vía principal, hacia nuestros objetivos, cruzamos llanuras cerealíferas, valles y montes; pinares

y masas de encinas enmarcando los viñedos... así hasta un alto obligado.

Santo Domingo de Silos. No hay espacio capaz para glosar la magnificencia de los claustros románicos de esta Abadía, de reconocido valor universal. Sólo la retina nos ayuda a retener tanta maravilla para propio deleite. Se achican a su lado otros recuerdos medievales amorosamente conservados; si acaso, sólo se crece el ciprés del claustro, señor del recinto, silencioso y altivo, tantas veces cantado, y ahora doliente y enfermo, perecedero.

Santa María de Lara, en Quintanilla de las Viñas. No desmerece la reciedumbre de esta joya visigótica; pasma su ornamentación orientalizante de un lado, de tradición hispano-romana de otro. En suma, un fenómeno simbiótico de proliferación específica en tierras del Duero. Son ejemplarios de intención iconográfica las franjas en bajorrelieve que luce el ábside rectangular, donde entre los espacios circulares formados por cordones ondulados figuran aves, roleos vegetales, y raramente monogramas que guardan su secreto informativo. Muy notables y bien conocidas las esculturas que decoran el interior, el arco de herradura del ábside, con aves, racimos y temas vegetales recogidos entre ondulados vástagos. En otros relieves aparecen la glorificación de Cristo, la Presentación del Sol mediante ángeles tenantes, Cristo aureolado bendiciendo. Temas y estilo acreditan su bárbara estirpe. Su contacto con lo hispano-romano mejoró las técnicas ornamentales, que hicieron paralela fortuna en esta Iglesia de fundación monástica, y en la más ostentosa de San Pedro de la Nave, por tierras zamoranas.

San Pedro de Arlanza. Aquí topamos de lleno con la fundación de Fernán González, cuyos pasos hemos advertido en los avatares de Reconquista, y en la secuencia monumental de aquel primer monasterio erigido en el crestón vigilante del valle, origen de esta posterior y monumental edificación de mejor acceso, que significó durante siglos, firme baluarte defensivo y rectoría espiritual de la espiritual Castilla.

Las ruinas conservan todavía la

grandiosidad arquitectónica románica desposeída de fastos; pero con sus piedras venerables rezumando historia.

Covarrubias. La ilustre capital del Infantazgo, creado en el último cuarto de la décima centuria. Imaginamos en escena a su fundador el Conde Garci Fernández, y a doña Urraca, su hija. Como telón de fondo, el vetusto torreón, mutis y cobijo de trágicas e infundadas leyendas. La Colegiata, cumbre emocional de la Villa, de preciosa antigüedad, breviario heráldico en sus naves, arcosolios suntuosos y sarcófagos de las Santas Infantas de Castilla. Reutilizados, procedentes de Clunia, los de Fernán González y doña Sancha, liberados de su yacimiento entre las ruinas del Monasterio de Arlanza. También el sepulcro, que resume la gesta romántica y desgraciada de la princesa Cristina de Noruega, casada en 1234 con el Infante don Felipe de Castilla.

Claustro, Museo iconográfico religioso, con el maravilloso tríptico de la Adoración por los Reyes Magos, obra de Gil de Siloe; el cuadro de La Virgen del Libro de Van Eyk, y la tabla de Berruguete. Todo esto, y mucho más, relacionado con las Artes menores, se completa con sus valiosos fondos bibliográficos y documentales.

En la madrugada dominguera, cuando apenas las golondrinas del «Archivo del Adelantamiento de Castilla» habían organizado su algarabía mañanera, valía la cita ante este singular monumento renacentista fundado por Felipe II con esquema de novedad herreriana, montado en su integridad majestuosa sobre una de las puertas de la Villa.

Clunia. Pronto enfilamos animosos hacia uno de los principales objetivos arqueológicos de la excursión. Sonoros y gloriosos nombres de gesta figuran en la ruta, luego los caminos carreteriles y, al fin, Clunia, acusada en la altimeseta abierta a todos los vientos. Ciudad sugente de larga historia, soterrada en sus ruinas, que van alumbrando su ser desde que Blas Taracena inició su estudio en profundidad. Palol, con recursos importantes y varias campañas por delante, va ampliando las excavaciones durante las que ha obtenido los sensacionales

hallazgos que cabía esperar de esta ciudad augustea, cabeza de un convento jurídico de la Tarraconense, punto de vital importancia en la vía Astúrica-Cesaraugusta y literariamente famosa, a través de los textos clásicos.

Hemos agotado largas horas discurriendo por las extensas ruinas: estructuras clásicas de urbanismo ciudadano, foro, templos, edificios públicos, termas, palacios, sorprendente riqueza musivaria y situación de la galería subterránea donde tenían lugar los misteriosos rituales de purificación por las aguas. El Museo *in situ*, anticipo del ya construido con la requerida dignidad, es una muestra eloquente del rico potencial arqueológico de Clunia, acorde en tantos testimonios con las populosas ciudades de la Hispania romana.

Fue un desahogo el corto paseo de regreso hasta el teatro de gran aforo, ajustado a la concavidad de la pendiente, bien visible todavía su descarnada cávea, escena y bajas dependencias. Hacia el Sur, se recorta en el horizonte el otero denominado Alto del Cuerno, donde tuvo asiento la primitiva Clunia celtibérica, antecedente de la ciudad romana del mismo nombre.

Al regreso, en ruta, nos acoge Peñaranda, la del buen yantar, a la que hicimos cumplidos honores, no sin antes saturarnos en la contemplación de los primores de su Palacio Condal, renacentista, salvado de la ruina inminente y convertido en Museo, síntesis de la arquitectura y del arte plateresco, y exponente histórico de la vida local.

Frente a frente, se impone la monumental fábrica eclesial, cuya fachada ornamentada nobles piedras clunienses y retratos en mármol, de época imperial,

Enhiesto en el ángulo frontero, queda el celebrado rollo gótico, que despedimos, una vez más, al caer la tarde de esta jornada pletórica.

Se ha cumplido el programa itinerante sin prisa y sin pausa, donde hemos visto realizado el milagro de ganar tiempo al tiempo, sólo posible por la inteligente capacidad organizativa de Antonio Higuera, que hace honor a la Vocalía de Excursiones que representa en la Directiva de nuestra Asociación.

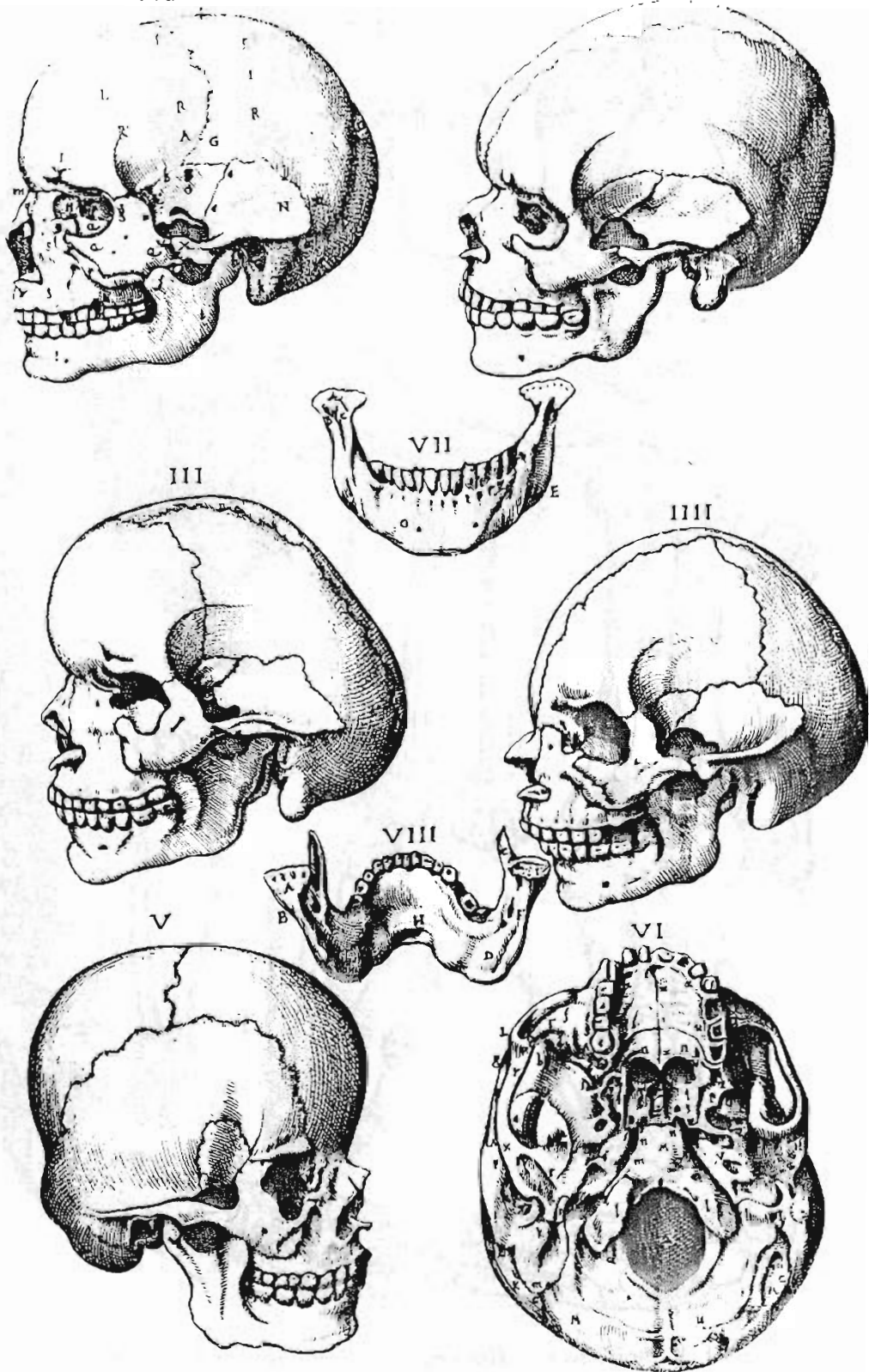
T. O.

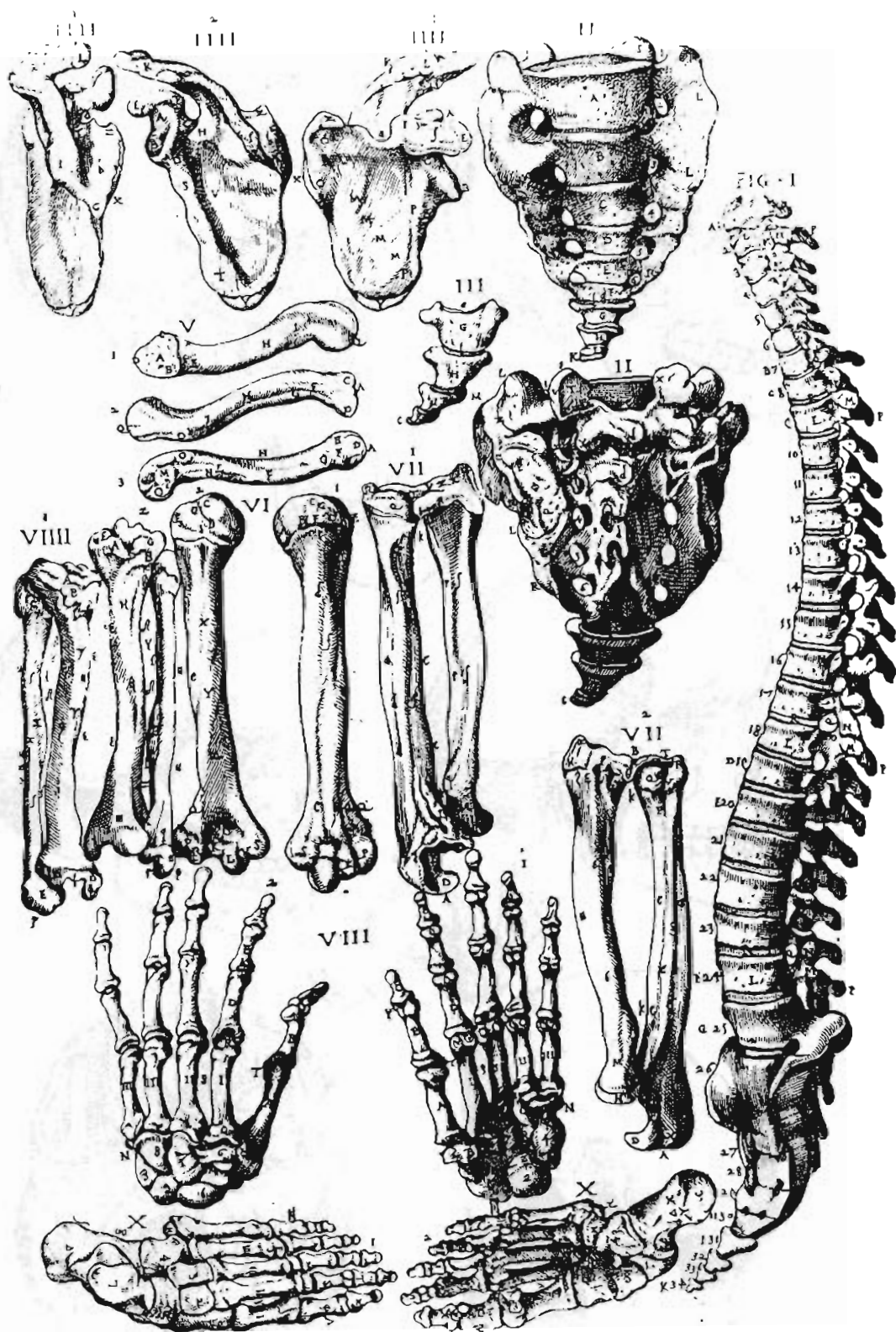


Hoja anexa al artículo NECROPOLIS IBERICA DEL
CIGARRALEJO (Mula, Murcia), del que es autor
Manuel Santonja Alonso,
correspondiente al número 22 del
BOLETIN INFORMATIVO DE AMIGOS DE LA
ARQUEOLOGIA

Diciembre 1985 - Junio 1986

11





J. V. de Hamusco: Historia de la composición del cuerpo humano